

ALMANAQUE ROSA

PARA 1926

Publicado por LA NOVELA ROSA



12 NOVELAS DE AUTORES ESPAÑOLES, ARTÍSTICAMENTE ILUSTRADAS.
NOTAS CÓMICAS, POESÍAS, MÚSICA Y PASATIEMPOS

Concurso de pala- **2.000** Ptas. en
bras cruzadas con premios



ENFERMOS DESESPERADOS!

NO DESALENTAD!...

adoptando el maravilloso método de curación **completamente vegetal** descubierto por un Sacerdote, os **CURAREIS DEFINITIVAMENTE.**

Las Veinte Curas Vegetales del ABATE HAMON

curan la **Diabetes**, la **Albuminuria**, los **Bronquios**, (tos, bronquitis, asma), los **Reumatismos**, los **Males del Estómago** (calambres, **malas digestiones**, pesadez ácida, etc.) las **Enfermedades de los Nervios del Corazón** (palpitaciones, etc.) de los **Riñones del Hígado de la Piel**, de la **Sangre**, las **Úlceras Varicosas** las **Úlceras del Estómago**, el **Estreñimiento**, el **Paludismo**, las **Fiebres Intermitentes**, etc.

MILES DE TESTIMONIOS QUE POSEEMOS LO DEMUESTRAN

ENTREGAMOS o enviamos, **gratis y sin compromiso** el método descriptivo completo. Dirijase a los

LABORATORIOS BOTANICOS Y MARINOS

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 6. Departamento núm.

BARCELONA



ALGARINE HARINA ALIMENTICIA, SANA Y NUTRITIVA

Enriquece la sangre

Desarrolla los músculos

Fortalece los nervios

Ronda Universidad, 6, tienda.

BARCELONA

ALMANAQUE ROSA

PARA

1926

PUBLICADO POR LA NOVELA ROSA

S U M A R I O

El año religioso, astronómico y político. — *Los reyes suben, suben...* (cuento de Reyes), por María Luz Morales. — *Seducción*, por Armando Palacio Valdés. — *Las vidas trágicas: María Estuardo*. — *Metemuerdos*, por Juan F. Muñoz Pabón. — *Corona de espinas*, por Alberto Marín Alcalde. — *Florilegio de poesías de amor*. — *Ramón se justifica*. Novela por Juan Aguilar Catena. — *Las tres Reinas Magas*, por Mauricio López Roberts. — *En la noche africana*, por Andrés Cegarra Salcedo. — *La vida estéril*, por Miguel Toledano. — *El joven de la corbata azul*, por José Baeza. — *Las dos casonas*, por Alejandro Frías Giraud. — *Cuentos de pasión*, por Carlos Rahola. — *Palabras cruzadas*, por María Luz. — Caricaturas del año. Selección de las mejores caricaturas publicadas en 1925 en las más populares revistas: *The Humorist*, *The Passing Show*, *Le Rire*, *London Opinion*, *Gaiety*, *Punch*, *Life*, *The Merry Magaz-*
zine, *Judge*, *Meggendorfer Blatter*.

Gran concurso de palabras cruzadas.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Provenza, 216, y Aribau, 107 y 109 - BARCELONA

LA NOVELA ROSA

PUBLICACIÓN QUINCENAL



LA NOVELA ROSA es una publicación económica que los días 1 y 15 de cada mes pone a la venta preciosas novelas de buena literatura. Todas las obras de esta publicación se dan íntegras y han sido cuidadosamente seleccionadas para que puedan estar en todas las manos.

LA NOVELA ROSA se ha impuesto la tarea de dar a conocer, entre todas las clases sociales, a los maestros de la literatura contemporánea. Junto a las mejores obras de los novelistas extranjeros figuran escogidas novelas de autores españoles, que nos han honrado con su cooperación, autorizándonos a publicar en nuestra colección económica novelas que hasta ahora únicamente se habían vendido en la clásica y usual edición de 5 pesetas.

LA NOVELA ROSA pone al alcance de todos los bolsillos obras escogidísimas de la misma extensión y de los mismos autores, cuyas novelas se venden corrientemente a 5 pesetas.

NUEVOS TÍTULOS DE «LA NOVELA ROSA» QUE APARECERÁN DE OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1925

N.º de orden	TÍTULO	AUTOR	FECHA
43	La princesa de los clowns	por I. J. FRAPPA	1.º Octubre
44	La muchacha que era demasiado bonita	por BERTA RUCK	15 Octubre
45	Los Cauces	por R. MANUEL DE MORA	1.º Noviembre
46	El ensueño blanco	por HENRI ARDEL	15 Noviembre
47	Los orgullosos Chantenay	por ANDRÉE VERTIOL	1.º Diciembre
48	La loca aventura	ANDRÉE LICHTENBERGER	15 Diciembre

CADA NOVELA 1'50 PESETAS

VÉASE EN LA PÁGINA DE ENFRENTA LA LISTA DE TÍTULOS
YA PUBLICADOS EN «LA NOVELA ROSA»

VOLUMENES YA PUBLICADOS EN «LA NOVELA ROSA»
Y COLECCIÓN «AVENTURA»

JUAN AGUILAR CATENA 10.—Herida en el vuelo	GUY CHANTEPELURE 4.—Almas femeninas	F. MUÑOZ PARÓN 26.—Templo de acero
MATILDE ALANIC 16.—Errores del corazón 21.—Deber de hijo 28.—La solterona	GOURARD D'ABLANCOURT El drama de Maison Dieu	FRANCK L. PACHARD De ahora en adelante
PIERRE ALCIETTE 20.—La Novela de Madaya	G. DIAZ CANEJA 6.—El vuelo de la dicha	ARMANDO PALACIO VALDÉS 3.—José
HENRI ARDEL 2.—Sola 18.—La señorita Ortils	CLEMENT D'OTHE 35.—¿Cuál de los dea?	J. PIN Y SOLER 32.—Alicia
FLORENCIA L. BARCLAY 1.—Al séptimo día 41.—El Rosario	CARLOS FOLEY 23.—El parque de los pájaros azules	ALICIA PUJO 14.—Compromiso de honor
S. BLANDY 12.—La hermana menor	JORGE GIBBS 5.—Abnegación	BERTA RUCK 13.—La muchacha que se declaró
PAUL BOURGET 19.—Las dos hermanas	HENRY GREVILLE 11.—La princesa Ogheroff	31.—La simpática Arabela 36.—Yo... no era yo
BRADA 33.—Desaparecido	PETER B. KYNE El valle de los gigantes	«SAPPER» El capitán Drummont
JEAN DE LA BRÈTE 9.—Un vencido	EVELINE LE MAIRE 8.—El novio desconocido 25.—El sueño de Antonia	T. TRILBY 27.—Una muchacha moderna
CHAMPOL 7.—Caso de conciencia 15.—El marido de Aurora	ANDRÉ LICHTENBERGER 22.—La hermanita de Trott	40.—Un carácter de mujer
JAMES OLIVER CURWOOD Corazones de hielo	G. LIVINGSTON HILL 34.—La casa encantada	C. TROUSSERT 30.—¡Ceguedad! 37.—La triste viajera
JEANNE DE COLOMB 42.—El bosque maravilloso	M. LÓPEZ ROBERTS 17.—El novio	EDITH WHARTON 29.—La señalada aventura
	A. MARÍN ALCALDE 37.—El secreto de Julio Godoy	JEAN WEBSTER 38.—Papaio, piernas largas
		WILLIAMSON 24.—El diario de la novia La dama del aire

Las novelas *El Rosario*, por Florencia L. Barclay, *La loca aventura*, por Lichtenberger y *El diario de la novia*, por Williamson, tienen mayor número de páginas y se venden excepcionalmente a 2 pesetas volumen.

CADA NOVELA 1'50 PESETAS

Se admiten suscripciones a LA NOVELA ROSA, por seis meses y por un año, servidas en las siguientes condiciones:

PRECIO: España y posesiones.	} Un semestre 18 ptas.
» América.	} Un semestre 20 »
» Extranjero.	} Un semestre 22 »

ENVÍO: Franco de portes y de embalaje.

PAGO: Al hacer la suscripción, por giro postal o en cheque.

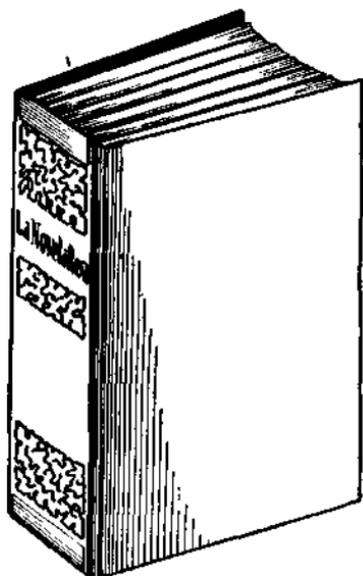
La suscripción puede empezar en cualquier número.

Estos libros se venden en las librerías y en los kioscos importantes

Si no se encuentra en su localidad, puede dirigirse a los editores *Editorial Juventud, S. A.*; calle Provenza, 214, *Barcelona*, quienes le enviarán cuantos volúmenes desee comprar contra envío de su importe en sellos de correo o por giro postal.

PARA EL AMANTE DEL LIBRO BELLO

Hermosas tapas para encuadernarse uno mismo los libros



**SOLIDEZ
ELEGANCIA
PERFECCION**

PARA

La Novela Rosa

Sencilísimo sistema patentado para encuadernarse uno mismo seis tomos de LA NOVELA ROSA, con poco gasto.

Pueden desencuadernarse con la misma facilidad para colocar otros tomos. De este modo pueden llevarse cómodamente de paseo o de viaje las novelas preferidas.

El ingenioso sistema permite encuadernar con la misma solidez uno, dos, tres, hasta seis tomos.

Un niño puede hacerlo.

Fuera de la adquisición de las tapas, no hay ningún otro gasto, ni requiere la encuadernación la ayuda de ninguna herramienta.

Precio: 3 pesetas cada juego de tapas, más o'20 por gastos de correo.

Las tapas, sistema patentado, están hechas de cartón piedra, imitación piel, de un hermoso acabado, con adornos y títulos en oro.

Por su elegancia y su comodidad, no debe faltar en la biblioteca de ninguno de los lectores de LA NOVELA ROSA.

Pedidos a EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - Provenza, 216 - BARCELONA

El año religioso, astronómico

❀ ❀ y político ❀ ❀

EPOCAS CÉLEBRES

Del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el	1926
De la venida de Nuestra Señora a Zaragoza, el	1886
De la invención de la imprenta, el	486
Del descubrimiento de la América por Colón, el	434
De la corrección Gregoriana, el	345
De la muerte de San Vicente de Paúl, el	266
De la elección de María por Patrona de España en el misterio de su Inmaculada Concepción, el	106
De la fundación de las Conferencias en Francia, el	93
De la fundación de las Conferencias en España, el	77
De la fundación de las Conferencias en Cataluña, el	70
De la definición dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen, el	72
De la publicación del Almanaque de las Conferencias de San Vicente de Paúl, el	36
Del Pontificado de S. S. Pío XI, el	5

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO

Aureo número	8
Epacta	XVI

Ciclo solar	3
Indicción romana	IX
Letra dominical	c
Letra de Martirologio romano.	v

FIESTAS MOVIBLES

El Santísimo Nombre de Jesús, 3 de enero.	
La Sagrada Familia, 10 de enero.	
Septuagésima, 31 de enero.	
Sexagésima, 7 de febrero.	
Quincuagésima, 14 de febrero.	
Miércoles de Ceniza, 17 de febrero.	
Primer Domingo de Cuaresma, 21 de febrero.	
Domingo de Pasión, 21 de marzo.	
Los Dolores de Nuestra Señora, 26 de marzo.	
Domingo de Ramos, 28 de marzo.	
Pascua de Resurrección, 4 de abril.	
Domingo de Cuasimodo, 11 de abril.	
La Divina Pastora, 18 de abril (segundo Domingo después de Pascua).	
Solemnidad de San José, 21 de abril.	
Nuestra Señora de los Desamparados, 9 de mayo.	
Letanías mayores, 10, 11 y 12 de mayo.	
Ascensión del Señor, 13 de mayo.	
Pascua de Pentecostés, 23 de mayo.	
Santísima Trinidad, 30 de mayo.	
Santísimo Corpus Christi, 3 de junio.	
Sagrado Corazón de Jesús, 11 de junio.	

Purísimo Corazón de María, 12 de junio.

Nuestra Señora de la Consolación, 4 de septiembre.

Nuestra Señora de la Cinta, 5 de septiembre.

Nuestra Señora del Remedio, 10 de octubre.

El Patrocinio de Nuestra Señora, 14 de noviembre.

Primer domingo de Adviento, 28 de noviembre.

Las Dominicas después de Pentecostés, son XXVI.

CUATRO TÉMPORAS

I. 4, 6 y 7 de marzo.

II. 3, 5 y 6 de junio.

III. 16, 18 y 19 de septiembre.

IV. 16, 18 y 19 de diciembre.

VELACIONES

Están cerradas: de 25 febrero a 12 abril y de 29 noviembre a 25 diciembre.

DÍAS DE INDULGENCIA PLENARIA

Natividad del Señor; Jueves Santo; Dominica de Pascua de Resurrección; Ascensión del Señor.

DÍAS DE INDULGENCIA PARCIAL

En las cuatro Dominicas de Adviento. En la vigilia y noche de la Natividad del Señor y Misa de la Aurora.

En los días de San Esteban, San Juan Evangelista y los Santos Inocentes.

En la Circuncisión del Señor y en la Epifanía.

En las Dominicas de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima.

En todos los días de Cuaresma, desde el de Ceniza inclusive.

En los días de la Octava de Pascua de Resurrección hasta la Dominica "in Albis" inclusive.

En el día de San Marcos y en los tres que preceden a la Ascensión del Señor.

En el sábado anterior a la Dominica de Pentecostés y en la misma Dominica, y en los días siguientes infraoctava hasta el sábado inclusive.

El miércoles, viernes y sábado de las cuatro Témperas del año.

Los que, habiendo tomado la Bula, hagan la visita de iglesia o altar en la forma acostumbrada en los cuatro días de la Natividad del Señor, Jueves Santo, Pascua de Resurrección, Ascensión del Señor, ganan indulgencia plenaria, pero hay necesidad de confesar y comulgar.

Los que, habiendo tomado la Bula, hagan debidamente la visita de altar o iglesia en los días en que se gana indulgencia parcial, pueden elevar a plenaria esta indulgencia parcial siempre que, además de hacer la visita dicha, confiesen y comulguen.

Así estas indulgencias, como todas las de la Bula, se pueden aplicar en sufragio de las benditas almas del Purgatorio.

ADVERTENCIAS

El Código de la Iglesia, can. 1,247, párrafo 1, establece que el precepto de oír Misa y abstenerse de trabajar queda en vigor únicamente para los días siguientes: domingos y festividades de Navidad, Circuncisión, Epifanía, San José, Ascensión de Nuestro Señor, Corpus Christi, Inmaculada Concepción y Asunción de María Santísima, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de Todos los Santos. Para España, por concesión particular, Santiago el Mayor, y para la ciudad de Barcelona también el 24 de septiembre. La fiesta de la Na-

tividad de San Juan Bautista se celebrará el día 24 de junio sin ser de precepto.

Si alguna de las fiestas de precepto que quiere el Papa queden en vigor cae en día de abstinencia o de ayuno, el Padre Santo dispensa, excepto durante la Cuaresma, de las dos obligaciones.

La "Bula de la Santa Cruzada" se llama así porque en ella se conceden indulgencias y gracias semejantes a las que Urbano II e Inocencio III concedieron a los que iban a recuperar la Tierra Santa, y que, por llevar una cruz roja por divisa, se llamaron cruzados. La expresada "Bula" fué concedida a los reyes católicos y legítimos de España, por el Papa Julio II, el año 1509. Otros Papas la concedieron después, siempre por tiempo limitado.

El año se cuenta desde el día de la publicación anterior hasta el día en que deba hacerse la nueva publicación.

Los indultos concedidos por la Santa Sede a la nación española deberán publicarse anualmente.

Los Sumarios adquiridos por los fieles valen para su uso durante todo el referido año. Pero para mayor comodidad de los fieles, se entiende siempre que los indultos se prorrogan por un mes completo, después de terminado el año de su publicación.

De los indultos disfrutan todos los que residen en territorio español o en cualquiera otro territorio sujeto a la jurisdicción española, si adquieren los Sumarios. Del indulto relativo a la ley de la abstinencia y del ayuno, podrán hacer uso en España y fuera de España, siempre que se evite el escándalo.

Para usar lícita y válidamente de los indultos, basta adquirir los Sumarios. No es necesario inscribir en ellos el nombre y el apellido. Tampoco es necesario llevarlos consigo o conservarlos.

Fases de la Luna

ENERO

Ultimo cuarto,	día 7,	a las 7 h.	22 m.
Luna nueva,	día 14,	a las 6 h.	35 m.
Primer cuarto,	día 20,	a las 22 h.	31 m.
Luna llena,	día 28,	a las 21 h.	35 m.

FEBRERO

Ultimo cuarto,	día 5,	a las 23 h.	25 m.
Luna nueva,	día 12,	a las 17 h.	20 m.
Primer cuarto,	día 19,	a las 12 h.	36 m.
Luna llena,	día 27,	a las 16 h.	51 m.

MARZO

Ultimo cuarto,	día 7,	a las 11 h.	50 m.
Luna nueva,	día 14,	a las 3 h.	20 m.
Primer cuarto,	día 21,	a las 5 h.	12 m.
Luna llena,	día 29,	a las 10 h.	0 m.

ABRIL

Ultimo cuarto,	día 5,	a las 20 h.	50 m.
Luna nueva,	día 12,	a las 12 h.	56 m.

Primer cuarto,	día 19,	a las 23 h.	23 m.
Luna llena,	día 28,	a las 0 h.	17 m.

MAYO

Ultimo cuarto,	día 5,	a las 3 h.	13 m.
Luna nueva,	día 11,	a las 22 h.	55 m.
Primer cuarto,	día 19,	a las 17 h.	48 m.
Luna llena,	día 27,	a las 11 h.	49 m.

JUNIO

Ultimo cuarto,	día 3,	a las 8 h.	9 m.
Luna nueva,	día 10,	a las 10 h.	8 m.
Primer cuarto,	día 18,	a las 11 h.	14 m.
Luna llena,	día 25,	a las 21 h.	13 m.

JULIO

Ultimo cuarto,	día 2,	a las 13 h.	2 m.
Luna nueva,	día 9,	a las 23 h.	6 m.
Primer cuarto,	día 18,	a las 2 h.	55 m.
Luna llena,	día 25,	a las 5 h.	13 m.
Ultimo cuarto,	día 31,	a las 19 h.	25 m.

AGOSTO

Luna nueva,	día 8,	a las 13 h.	49 m.
Primer cuarto,	día 16,	a las 16 h.	39 m.
Luna llena,	día 23,	a las 12 h.	38 m.
Ultimo cuarto,	día 30,	a las 4 h.	40 m.

SEPTIEMBRE

Luna nueva,	día 7,	a las 5 h.	45 m.
Primer cuarto,	día 15,	a las 4 h.	27 m.
Luna llena,	día 21,	a las 20 h.	19 m.
Ultimo cuarto,	día 28,	a las 17 h.	48 m.

OCTUBRE

Luna nueva,	día 6,	a las 22 h.	13 m.
Primer cuarto,	día 14,	a las 14 h.	28 m.

Luna llena,	día 21,	a las 5 h.	15 m.
Ultimo cuarto,	día 28,	a las 10 h.	57 m.

NOVIEMBRE

Luna nueva,	día 5,	a las 14 h.	34 m.
Primer cuarto,	día 12,	a las 23 h.	2 m.
Luna llena,	día 19,	a las 16 h.	21 m.
Ultimo cuarto,	día 27,	a las 7 h.	15 m.

DICIEMBRE

Luna nueva,	día 5,	a las 6 h.	12 m.
Primer cuarto,	día 12,	a las 6 h.	9 m.
Luna llena,	día 19,	a las 6 h.	9 m.
Ultimo cuarto,	día 27,	a las 4 h.	59 m.

Eclipses

Eclipse total de Sol. — 14 enero. Invisible desde España y América. Pasará la centralidad por el Africa, Arabia, India, China, Japón, Océano Indico, islas de la Sonda y Australia. La duración máxima de la totalidad será de 4^m 11^s.

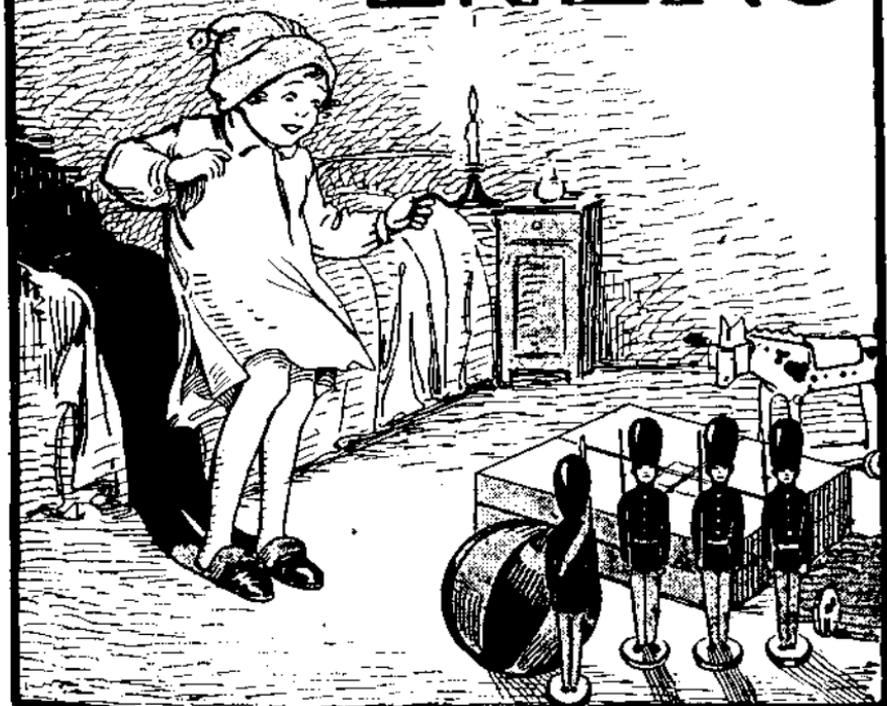
Eclipse total de Sol. — 14 enero. Invisible desde España. Pasará la centralidad por la China, Japón, Filipinas, Nueva Guinea, Australia, Océano Pacífico, Norte de América y América central.

Fiestas oficiales y días de gala

Enero, 23. — Santo de S. M. el Rey.
 Mayo, 10. — Cumpleaños de S. A. R. don Alfonso, Príncipe de Asturias.
 Mayo, 17. — Cumpleaños de S. M. el Rey.
 Julio, 21. — Cumpleaños de S. M. la Reina madre.

Julio, 24. — Santo de la Reina madre.
 Octubre, 24. — Cumpleaños de S. M. la Reina Victoria.
 Diciembre, 23. — Santo de S. M. la Reina Victoria.

ENERO



- 1 V. *La Circuncisión del Señor.*
- 2 S. Stos. Martiniano e Isidoro, obs. y Macario, ab.
- 3 D. *El Santísimo Nombre de Jesús.*
- 4 L. Stos. Rigoberto y Tito, obs.
- 5 M. Stos. Telesforo y Eduardo, rey y Santa Emiliana.
- 6 M. *La Epifanía del Señor.*
- 7 J. Stos. Luciano, phro. y Julián, m.
- 8 V. Stos. Teófilo y Eladio, mrs. y Luciano, ob. y mr. Teodoro, monje.
- 9 S. Stos. Julián y Marcelino, ob.
- 10 D. *La Sagrada Familia.*
- 11 L. Stos. Higinio y Alejandro, ms.
- 12 M. Stos. Arcadio y Victoriano.
- 13 M. Stos. Gumersindo y Servodeo.
- 14 J. Stos. Hilario y Malaquías.
- 15 V. Stos. Mauro y Macario, abs.
- 16 S. Stos. Marcelo y Bernardo.
- 17 D. Stos. Antonio y Diodoro.
- 18 L. La Catedral de San Pedro.
- 19 M. Stos. Canuto y Mario, mrs.
- 20 M. Stos. Fabián y Sebastián, ms.
- 21 J. San Pablo y Santa Inés.
- 22 V. Stos. Vicente y Anastasio.
- 23 S. Stos. Raimundo de Peñafort e Ildelfonso, arzobispo de Toledo.
- 24 D. Stos. Timoteo y Tirso.
- 25 L. La Conversión de San Pablo.
- 26 M. Stos. Policarpo y Teógenes, obispos y mártires.
- 27 M. Stos. Juan Crisóstomo, ob.; y Mauro, ab.
- 28 J. Stos. Flaviano y Julián, ob.
- 29 V. Stos. Francisco de Sales y Valerio, ob.
- 30 S. Stos. Hipólito y Félix y Santa Martina.
- 31 D. Stos. Pedro Nolasco y Julio.

SE HA PUBLICADO RECIENTEMENTE

EL SECRETO DE JULIA GODOY

por ALBERTO MARÍN ALCALDE



El notable escritor y periodista Marín Alcalde nos da en esta obra una prueba palmaria de su talento de novelista. «El secreto de Julia Godoy» tiene una trama interesantísima, y ésta está desarrollada con un bello estilo lleno de naturalidad y sabor español.

Un volumen, 1'50 pesetas

MAXIMAS CELEBRES

Muchas veces es valor el conservar la vida.

El beneficio que a todos se hace, a nadie se hace.

Desdichado es el que por tal se tiene.

Las buenas costumbres se conforman unas con otras, y por eso duran.

Doble valor tendrá el beneficio que otorgues sin que te lo hayan pedido.

Dos veces vence el que en la victoria se vence a sí.

Buena es la riqueza si la manda la razón.

Tanto más crece el esfuerzo, cuanto más consideramos la grandeza de lo emprendido.

Debe tomarse consejo conforme al día, y si es posible, conforme a la hora.

Cruel es quien al afligido reprende.

El peligro que no se teme, viene más presto.

La mujer virtuosa manda a su marido obediéndole.

Merece salir engañado el que al hacer un beneficio, tenía cuenta con la recompensa.

Cuando alguna parte del todo cae, la que queda no está segura.

El que desee vencer, prepárese para la guerra de mucho tiempo.

EL TIEMPO ES ORO



El (muy fogoso). — ¡Señorita, la amo a usted con toda el alma y necesito que me dé inmediatamente el sí!

Ella (indecisa). — ¡Pero si acabamos de conocernos!...

El. — Ciertó; pero tenga usted en cuenta que voy a estar muy pocos días en esta playa.

BUENAS NOVELAS

FLORENCIA L. BARCLAY

LA ESCRITORA MÁS DELICADA, DE MÁS SENTIMIENTO, DE MÁS HABILIDAD NOVELÍSTICA DENTRO DEL GÉNERO DE LA NOVELA BLANCA, QUE HAN PRODUCIDO LOS TIEMPOS MODERNOS. SI QUIERE USTED PASAR RATOS DE GOCE ESPIRITUAL SUPREMO, SI QUIERE USTED CONOCER LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS QUE HAN DE PODERSE LEER EN MUCHO TIEMPO, LEA ESTA AUTORA.



Publicadas en LA NOVELA ROSA

EL ROSARIO

Precio: 2 Pesetas.

AL SÉPTIMO DÍA

Precio: 1'50 Pesetas.

Publicadas en la COLECCIÓN NOVELAS HOGAR,
espléndidamente encuadernadas

PARED POR MEDIO

EL ROSARIO

LA CASTELLANA

DE SHENSTONE

EN PREPARACIÓN:

Las Damas Blancas de Worcester



El volumen, 5 pesetas

Para pedidos dirigirse a LA NOVELA ROSA - Provenza, 216 - BARCELONA

FEBRERO



- 1 L. Stos Ignacio y Cecilio, mrs., y Severo, ob.
- 2 M. *La Purificación de Nuestra Señora*.
- 3 M. Stos. Blas y Laurentino, mrs.
- 4 J. Stos. Andrés Corsino, ob., y Donato, mr.
- 5 V. Stos. Felipe de Jesús y Avito.
- 6 S. Stos. Teófilo y Silvano, mrs.
- 7 D. *Sexagésima*. Stos. Romualdo y Teodoro, mr.
- 8 L. San Juan de Mata, cf. y fd.
- 9 M. Stos. Alejandro y Nicéforo, mártires y Sta. Apolonia.
- 10 M. Stos. Silvano y Guillermo.
- 11 J. Nuestra Señora de Lourdes.
- 12 V. San Damián y Santa Eulalia.
- 13 S. Stos. Benigno y Agabo.
- 14 D. *Quincuagésima*. Stos. Valentín, Cirión y Vidal, mrs.
- 15 L. Stos. Faustino y Jovita, hermanos, mrs.
- 16 M. Stos. Onésimo y Julián, mrs.
- 17 M. *de Ceniza*. Stos. Faustino y Alejo y Santa Beatriz, vg.
- 18 J. Stos. Simcón, Flaviano y Eladio, obs.
- 19 V. Stos. Gabino y Conrado.
- 20 S. Stos. Zenobio, mr. y León, cf.
- 21 D. Santa Ercantrudis, vg.
- 22 L. La Cátedra de San Pedro en Antioquía.
- 23 M. Stos. Damián, Ordoño y Florencio, cfs.
- 24 M. Stos. Matías y Edilberto.
- 25 J. Stos. Félix y Sebastián.
- 26 V. Stos. Nestor, ob. y Víctor, cf.
- 27 S. Stos. Leandro y Basilio.
- 28 D. Stos. Rufino, mártir, y Román, abad.



Colección "AVENTURA"

es el título de la publicación que, con el mismo tamaño y la misma presentación que LA NOVELA ROSA, pone a la venta el día 10 de cada mes, una preciosa novela, de misterio y de aventuras.

COLECCIÓN "AVENTURA"

da a conocer a los maestros de ese nuevo género literario que sabe reunir lo emocionante con lo sentimental sin que el conjunto deje de ser una buena obra literaria.

COLECCIÓN "AVENTURA"			
Volúmenes correspondientes al 2.º semestre de 1925			
N.º de orden	TÍTULO	AUTOR	FECHA
7	El Canal	HANS RICHTER	10 julio
8	Un legado original	FRANCIS LYNDY	10 agosto
9	Un viaje extraordinario	PAUL D'IVOI	10 septiembre
10	El gran cataclismo	HENRI ALLOGE	10 octubre
11	Los compañeros del Loto Blanco	PAUL D'IVOI	10 noviembre
12	Cielo contra tierra	HENRI ALLOGE	10 diciembre

EL VOLUMEN, 1,50 PESETAS

Vea la lista de títulos ya publicados en Colección «AVENTURA» y LA NOVELA ROSA en la página número 3

Editores: EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - Calle Provenza, 216 - BARCELONA

MAXIMAS CELEBRES

Ingrato es el que sólo en secreto es agradecido.
 El que desca hacer una injuria, ya la hizo.
 Más alegre cosa es granjearse un amigo, que tenerlo.
 De torpes deleites no queda sino el arrepentimiento.
 El conocimiento del vicio es principio de virtud.
 Es verdadera felicidad la que con nuestros deseos se mide.
 Flaqueza es temer mal que nunca nos alligió.
 Mal se vive entre gentes sospechosas.
 Desagradecido es el que, agradeciendo, tiene ojo a otro segundo beneficio.
 Mejor se guarda lo que con trabajo se guarda.
 No es grave el mal que admite consejo.
 Menos duran los deleites que su memoria.
 Ligera es la desgracia que puede sufrirse; la que no se puede sufrir, breve.
 Todo es posible a quien no teme los trabajos.
 Nadie puede ganar sin que otro pierda.
 No tiene perfecto amor el que sufre ver morir al ser amado.
 Más ama el que con mayor peligro se pone a menos provecho.
 Mal se agradece lo que mal se dió.

QUIEN DA LO QUE TIENE...



—De momento no tengo libre ninguna pieza. Pero, si quieren los señores, les pondré una cama en el corral, y, como hace tanto calor, estarán como en su casa.

Obras de Palacio Valdés



El Señorito Octavio. - Marta y María. - El Idilio de un enfermo. Aguas Fuertes (novelas y cuadros). José. - Riverita. - Maximina (segunda parte de *Riverita*). - El cuarto Poder. - La Hermana San Sulpicio. La Espuma. - La Fe. - El Maestrante. El origen del pensamiento. - Los Majos de Cádiz. - La alegría del Capitán Ribot. - La aldea perdida. Tristán o el pesimismo. - Semblanzas literarias. - Papeles del Doctor Angélico. - La novela de un novelista. - La hija de Natalia.

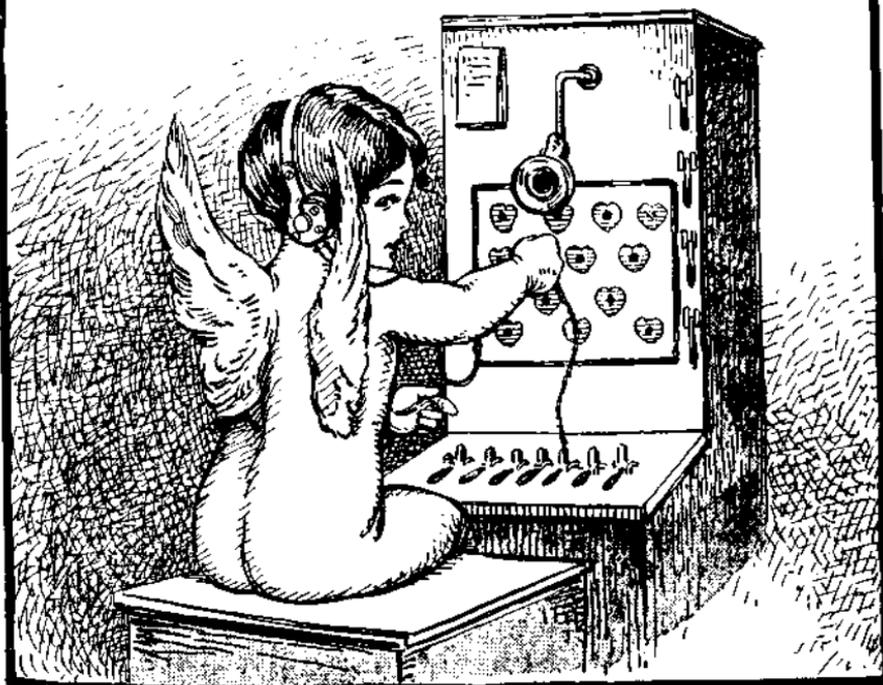


Las dos últimas obras se venden a **5** pesetas. Las demás, a **4** pesetas. - Todos los libros arriba anunciados están en venta en la librería de

LA NOVELA ROSA

Provenza, 216 y Aribau, 107 y 109 :: Barcelona

Marzo



- 1 L. Stos. Rosendo y Albino, obs.
- 2 M. Stos. Simplicio y Ceadas y Santa Jenara.
- 3 M. Stos. Asterio, Emeterio y Celedonio, mrs.
- 4 J. Stos Casimiro, Lucio y Basilio.
- 5 V. Stos. Eusebio y Adrián, mrs.
- 6 S. Stos. Victor, Victoriano, Claudio y Zenón, mrs.
- 7 D. Santo Tomás de Aquino.
- 8 L. Stos. Juan de Dios y Julián.
- 9 M. Stos. Paciano y Gregorio, obs.
- 10 M. Stos. Melitón y compañeros.
- 11 J. Stos. Eulogio y Eutimio, mrs.
- 12 V. Stos. Gregorio el Magno y Maniliano, mr.
- 13 S. Stos. Rodrigo y Salomón. mr.
- 14 D. Stos. Pedro, Afrodísio, Patricio y comps., mrs.
- 15 L. Stos. Raimundo y Zacarías.
- 16 M. Stos. Patricio e Hilario, obs.
- 17 M. San José de Arimatea y Santa Gertrudis, vg.
- 18 J. Stos. Cirilo y Eduardo.
- 19 V. *San José, Esposo de Nuestra Señora.*
- 20 S. San Ambrosio de Sena.
- 21 D. *de Pasión.* San Benito.
- 22 L. Stos. Pablo y Epafrodito, obs.
- 23 M. San José Oriol, pbro. y cf.; Fidel, mr.
- 24 M. San Gabriel Arcángel.
- 25 J. *La Anunciación de Ntra. Sra.*
- 26 V. *Los Dolores de Ntra. Sra.*
- 27 S. Stos. Alejaulro y Fileto, mrs.
- 28 D. *de Ramos.* Santa Esperanza.
- 29 I. *Santo.* Stos. Pastor y comps.
- 30 M. *Santo.* San Juan Climaco, ab.
- 31 M. *Santo.* Stos. Amós, prof., y Benjamín, diácono.

LEA LAS NOVELAS DE BERTA RUCK

La autora de gracia y amenidad imponderables. Todas sus novelas, por su trama interesante, por su gracioso estilo, por su ingenio, por su abundante acción, una vez comenzadas retienen nuestra atención hasta llegar a la última página, a la última frase.



PUBLICADAS EN

“LA NOVELA ROSA”

La muchacha que se declaró

La simpática Arabela

Yo... no era yo

La muchacha que era demasiado bonita

CADA NOVELA 1'50 PESETAS

PUBLICADAS EN LA

“COLECCIÓN NOVELAS HOGAR”

Corazones que no se encuentran.

Novia oficial

Cada novela de esta colección forma un bonito volumen, elegantemente encuadernado y con preciosa cubierta en colores. Son un verdadero adorno en cualquier librería o biblioteca.



EL VOLUMEN, 5 PESETAS

Para pedidos dirigirse a LA NOVELA ROSA - Provenza, 216 - BARCELONA

MAXIMAS CELEBRES

La buena mujer es triaca para su marido; la mala, veneno.
 Lo que se pone en consulta se ha de resolver por lo menos peligroso, porque es imposible asegurar y librarse de todos los inconvenientes.
 Para ser bueno el consejo, los principios, los medios y los fines han de ser lícitos y honestos.
 El que empeña su palabra confiada en la que otro le da, cuelga su reputación de voluntad ajena.
 De los grandes beneficios se forman las grandes ingratitudes.
 Muy necesario es que tema a la justicia el que ha de administrar.
 El que da en presumir mucho, siempre para en saber poco.
 No es segura compañía la del león, por manso que sea.
 Suele ser la afectación el lastre de la grandeza.
 La perfección ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en olvido los demás.
 Quien mire al qué dirán, es esclavo.
 Más vale sufrir al enemigo poderoso, que provocarle, desesperado.
 En tiempos desdichados, más peligro corre la fama honesta que la ruin.

A DIOS ROGANDO...



—Prepárate, mamá; estoy rogando a Dios que me envíe por los angelitos una bicicleta.

NOVELAS ESCOGIDAS

LA QUE
TODOS
LE EN



Y TODOS
PUEDEN
LEER

Intensidad dramática : Argumento rápido y emocionante
Amenidad deliciosa : Profundidad y elevación de sentimientos : Moralidad intachable : Lecturas para todos

TÍTULOS PUBLICADOS

ANITA (La Hija de aventureros), por *M. Dolly*. — 8.^o edición.
EL REY DE LOS ANDES, por *M. Dolly*. — 4.^o edición.
RUINAS EN FLOR, por *Guy Chantepleure*. — 1.^o edición.
AMOR QUE TODO LO VENCE, por *Juan de la Brète*. — 5.^o edición.
LOS TERRORS DE LADY SUSANA, por *Clara de Chandeneux*. — 3.^o edición.
EL SUEÑO DE SUZY, por *Henri Ardel*. — Agotada.
A LOS DIECIOCHO AÑOS, por *M. Aigueperse*. — Agotada.
ROSA PERRIN, por *Alice Pujol*. — 2.^o edición.
AMOR ES VIDA, por *Matilde Alania*. — 2.^o edición.
LA PROFESORA DE PIANO, por *Florence O'Noll*. — 2.^o edición.
EL MAL PASO, por *Jacques des Gachons*. — 2.^o edición.
KITTY, por *K. Tynan*. — 2.^o edición.
LA MARQUESA, por *A. Dourliac*. — 2.^o edición.

UN CUENTO AZUL, por *Henri Ardel*. — 2.^o edición.
NINÓN, por *Guy Wirta*. — 2.^o edición.
SILENCIO HEROICO, por *Jean de la Brète*. — 1.^o edición.
AMADA EN EL DOLOR, por *René Star Star*. — 2.^o edición.
EL SECRETO DE KERNIC, por *Paul Segonzac*. — 2.^o edición.
LA PALOMA DE RUDSAY MANOR, por *M. Dolly*. — 2.^o edición.
LA DOBLE FARSA, por el comandante *G. de Wailly*. — 1.^o edición.
EL REY QUE TUVO UN SOLO AMOR, por *Juan Laguna Llitas*. — 1.^o edición.
HIJA DE HÉROES, por *M. Dolly*. — 1.^o edición.
DORIS, por *Curtis Yorke*. — 1.^o edición.
EL JURAMENTO DE LUCÍA, por *G. de Wailly*.
UN GRITO EN LAS TINIEBLAS, por *A. Flory*.
MOSQUITA MUERTA, por *M. Dolly*.

Tomos espléndidamente presentados con vistosa cubierta en colores, a Ptas. 4 en rústica y 5'50 en tela.

Se venden en todas las Librerías y en la **Unión Librera de Editores, S. A.** — Librería Subirana, Puertaferriosa, 14. Apartado 203. - BARCELONA

Al libro II



- 1 J. Santo. San Venancio, ob. y mr.
- 2 V. Santo. San Francisco de Paula.
- 3 S. Santo. San Pancracio, ob.
- 4 D. Pascua de Resurrección.
- 5 L. San Vicente Ferrer, dominico.
- 6 M. San Sixto I y Sta. Catalina.
- 7 M. Stos. Egesipo y Afrates.
- 8 J. Stos. Alberto el Magno y Dionisio, cfs.
- 9 V. Stos. Prócoro y Demetrio, mrs.
- 10 S. Stos. Ezequiel y Apolonio.
- 11 D. de Cuasimodo, San León, pp.
- 12 L. Stos. Julio I, p. y Víctor, mr.
- 13 M. Nuestra Señora de la Alegría.
- 14 M. Stos. Justino, Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs.
- 15 J. Stos. Marón, Victoriano, Crescente, Teodosio y otros mrs.
- 16 V. Stos. Toribio de Liébana, cf., Lamberto, Marcial y Urbano, mrs.
- 17 S. Stos Aniceto y Elías, pbro.
- 18 D. La Divina Pastora.
- 19 L. Stos. León y Hermógenes.
- 20 M. Stos. Sulpicio y Serviliano, m.
- 21 M. Solemnidad de San José.
- 22 J. Stos. Sotero y Cayo, mrs.
- 23 V. Stos. Jorge y Adalberto.
- 24 S. Stos. Gregorio y Honorio, cf.
- 25 D. Stos. Marcos, evangelista; Esteban, ob. y mr.
- 26 L. Nuestra Señora del Buen Consejo. San Cleto, mr.
- 27 M. Nuestra Señora de Montserrat. Stos. Anastasio y Toribio, cf.
- 28 M. Stos. Prudencio y Pánfilo, obs. y confesores.
- 29 J. Stos. Pedro de Verona, mr. y Roberto, conf.
- 30 V. Stos. Mariano, Amador, Pedro y Luis, mrs. de Córdoba.

SE HA PUBLICADO EN LA NOVELA ROSA

HERIDA EN EL VUELO

por Juan Aguilar Catena

autor de «Disciplinas de Amor»



Juan Aguilar Catena es un gran novelista. Hay en este escritor, solidez, observación escrupulosa, firmeza, emoción, delicadeza. El estilo da una fuerte impresión de tierra española.

Un volumen con notas biográficas del autor

1'50 pesetas

MAXIMAS CELEBRES

Riesgo grande de perder a un amigo, probarle mucho.
 El codicioso y el tramposo, presto se juntan.
 Dos amigos y una bolsa, el uno canta y el otro llora.
 Los muertos abren los ojos a los que viven.
 No hay majadero que no muera en su oficio.
 No hagas trampas en que caigas.
 No es villano el de la villa, sino el que hace la villanía.
 Ofrecer mucho a quien poco pide, es modo de negar.
 Amigo de todos y de ninguno, todo es uno.
 Antes di que digan.
 Cuando duda el que dice, presunción es de verdad.
 No te dejes caer, aunque la adversidad lo quiera.
 Falté la vida; pero no falte el esfuerzo.
 Las más veces se engañan los que mucho en sí confian.
 El que a los ignorantes se muestra sabio, a los sabios parece ignorante.
 No sabe tornar a casa la vergüenza que se fué.
 Torpeza es perder la esperanza de lo que se puede alcanzar.
 Damos por hecho lo que mucho deseamos.
 La más cruel de las muertes es la que el pueblo da.

CULTURA MUSICAL



El pianista afamado. — ¿Tiene usted algo de Bach?
 El vendedor (reflexionado). — ¿Bach?... Veremos si entre los fox-trots...



**A buenos libros,
buenas lecturas
A buenas lecturas,
buenos precios**

ESTA ES LA NORMA DE

LA NOVELA MENSUAL

(NUEVA COLECCIÓN ESMERALDA)

TÍTULOS PUBLICADOS

- | | |
|---|---|
| N.º 1. LA RAQUETA EMBRUJADA
1 Pta. Henry d'Asfeld. | N.º 7. JOCELYN
1'50 Ptas. A. de Lamratine. |
| N.º 2. TRENZAS DE ABRIL
1 Pta. Pulina Elman. | N.º 8. LA CASA DE LAS PULGAS
1 Pta. Abel Kings. |
| N.º 3. MURKS PREPARA SU BODA
1 Pta. Scherman. | N.º 9. EL GRAN AMOR
1'50 Ptas. Guy de Chantepleure. |
| N.º 4. VELEIDOSA
1 Pta. Enrique de Leguina. | N.º 10. NOVIOS SIN SABERLO
1 Pta. Tomás Orts-Ramos. |
| N.º 5. EL ERROR DE COLETTE
1'50 Ptas. Lúcelino Le Maire. | N.º 11. LA CONQUISTA DE LA DICHA
1'50 Ptas. Champol. |
| N.º 6. MAGDALENA
1 Pta. Julio Sandeau. | |

Importa a Vd. saber que LA NOVELA MENSUAL tiene en preparación originales de autores de tan justa fama como Guy Chantepleure, Le Maire, Ardel, Henry d'Asfeld, Nesmy, Abel Kings y otros igualmente célebres, así españoles como extranjeros.

Para pedidos en todas las librerías de España y América y en

Editorial LUX ARIBAU, NÚM. 26
BARCELONA



Representante en Madrid: Vda. de G. Pueyo, Arenal, 6.
» en Sevilla: Derri y Lozano, Corresponsales de Prensa
» en Cartagena: Tomás Cervantes Díaz.

MAYO



- 1 S. Stos. Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
- 2 D. Stos. Segundo y Atanasio, obs.
- 3 L. *La Invencción de la Santa Cruz.*
- 4 M. Stos. Silvano y coups, mrs.
- 5 M. La Conv. de San Agustín.
- 6 J. *San Juan Ante portam latinam.*
- 7 V. Stos. Benedicto y Estanislao.
8. S. La Apar. de San Miguel Arc.
- 9 D. *Nuestra Señora de los Desamparados.*
- 10 L. Stos. Gordiano y Epímaco, ms.
- 11 M. San Anastasio y Santa Felisa.
- 12 M. Santo Domingo de la Calzada.
- 13 J. *La Ascensión del Señor.*
- 14 V. Stos. Bonifacio, Poncio y Víctor, mrs.
- 15 S. San Isidro, Patrón de Madrid.
- 16 D. Stos. Ubaldo, Honorato, Domnolo y Posidio, obs. y cfs.
- 17 L. Stos. Pascual Bailón y Bruno.
- 18 M. Stos Potamió y Félix, mrs.
- 19 M. San Pedro Celestino, p y cf.
- 20 J. San Bernardino de Sena, cf.
- 21 V. Stos. Nicostrato y Antioco.
- 22 S. San Marciano y Santa Rita.
- 23 D. *Pascua de Pentecostés.*
- 24 L. La fiesta de Maria Auxiliadora.
- 25 M. Stos. Urbano y Gregorio, pps.
- 26 M. La Invencción del Cuerpo de San Ildefonso, arz. de Toledo.
- 27 J. Stos. Beda, dr. y Juan I, p.
- 28 V. Dedicación de la Catedral de Lérida.
- 29 S. Stos. Máximo y Maximino, obispos y confs.
- 30 D. *La Santísima Trinidad.*
- 31 L. Stos. Lucipino y Pascasio, diácono y conf.

LA VIOLETA

PERFUMERÍA

DE

JOSÉ VILAPLANA

PRODUCTOS A GRANEL

PRODUCTOS A GRANEL

PRODUCTOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

EXTENSO SURTIDO EN
COLONIAS : QUINAS : EXTRACTOS
LOCIONES : CREMAS : POLVOS
COLORETES : TINTURAS
JABONES, ETC., ETC.

29, Aribau, 29 - Barcelona

MAXIMAS CELEBRES

La fortuna teme a los valientes y avasalla a los cobardes.
 Hasta la desgracia se cansa.
 En los ancianos es ocasión de más constancia el estar cerca de su libertad.
 El fin de un trabajo es principio de otro.
 Tiénese por virtud la maldad que sucede bien.
 El que recibe lo que no puede pagar, engaña.
 Confiesa el delito el que huye del juicio.
 Lleva bien pequeños trabajos el que pasó por otros mayores.
 Con más dificultad comienzan los honores que prosiguen.
 Despreciable honra es la que en la ociosidad se granjea.
 El piloto muestra en la tempestad su saber y su valor.
 Halla en la desgracia consuelo el que lo prodigó en la prosperidad.
 Sin razón se queja del mar el que por su voluntad navega.
 Gravísima caída es de señor a esclavo.
 No tiene seguro el cetro un príncipe aborrecido.
 El ánimo inconstante, cuanto más procura saber, menos sabe.
 De los males posibles, ninguno peor que la opinión del vulgo.
 Débese guardar con más cuidado lo que no se sabe cuándo ha de faltar.

HONRADEZ PROFESIONAL



El señor. — ¿Que hace usted ahí?

El obrero. — Pruebo si he arreglado bien el termosifón.

OBRAS DE MUÑOZ Y PABÓN

Oro de ley, 4 ptas.; Mansedumbre, 4; Paco Góngora, 4; La millona, 4; Javier de Miranda, 4; Juegos Florales, 4; Temple de acero, 4; Delicias Veraniegas, 4; Justa y Rufina, 3; El buen paño, 4; Como me lo contaron, 4; Vividos y contados, 4; En el cielo de la tierra, 3; Cruz y Claveles, 3; De guante blanco, 3.

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE A _____

LA NOVELA ROSA

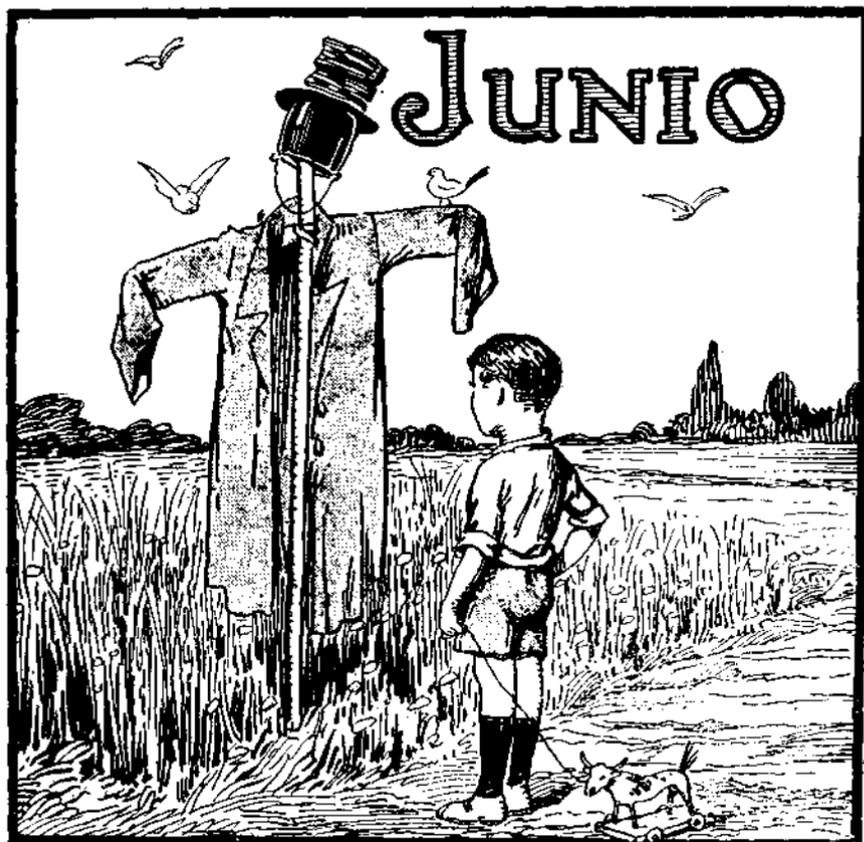
_____ Provéza, 216 - BARCELONA

DOCTORA T. CAMPAÑA CASSI

Membre de la Société de Médecine et d'Hygiène Tropicales de Paris
Ex interna de los Hospitales de S. Louis, Broca,
Hôtel-Dieu y Rothschild de Paris

ENFERMEDADES DE LA MUJER
PARTOS

Avenida de Alfonso XIII (Diagonal), 432, pral., 1.^a
BARCELONA



- 1 M. Stos. Juvencio y Segundo, mrs.
- 2 M. Stos. Erasmo y Fotino, obs.
- 3 J. *Corpus Christi*.
- 4 V. Stos. Quirino y Cleteo, mrs.
- 5 S. Stos. Bonifacio y Doroteo, obs.
- 6 D. Stos. Claudio y Norberto, obs.
- 7 L. San Pablo, ob. y Sta. Genivera.
- 8 M. Stos. Eutroquio y Guillermo.
- 9 M. Stos. Primo y Feliciano, mrs.
- 10 J. Stos. Timoteo, Crispulo y Restituto, mrs.
- 11 V. *El Sagrado Corazón de Jesús*.
- 12 S. *El Purísimo Corazón de María*. San León, p.
- 13 D. San Antonio de Padua y Santas Felícula y Aquilina, mrs.
- 14 L. Stos. Basilio y Eliseo.
- 15 M. Stos. Vito, Modesto, Esiquio, Julio y Dulas, mrs.
- 16 M. Stas. Julita y Justina, mrs.
- 17 J. La Dedicación de la Catedral de Tortosa.
- 18 V. La Dedicación de la Catedral de Menorca.
- 19 S. Stos. Gervasio y Protasio, mrs.
- 20 D. Stos. Silverio y Novato, cf.
- 21 L. San Luis Gonzaga.
- 22 M. Stos. Juan y Niceas, obs.
- 23 M. Stos. Juan y Félix, mrs.
- 24 J. La Natividad de San Juan Bautista. Santa Basilisa.
- 25 V. Stas. Orosia, Lucía y Febronia, vgs. y mártires.
- 26 S. Stos. Virgilio y Salvio, mrs.
- 27 D. Ntra. Sra. del Perpetuo Soc.
- 28 L. Stos. Paulo, Ireneo y Benigno.
- 29 M. Stos. *Pedro y Pablo, apóstoles*, Santa Benedicta, vg.
- 30 M. Stos. Marcial, ob. y cf.; Basíldes, mártir.

ACADEMIA COTS

PALACIO DE LA ENSEÑANZA MERCANTIL

CALLE DE ARCHS, 10

(PLAZAS DE SANTA ANA Y NUEVA)

Apartado 782 :: BARCELONA :: Teléfono 5041 A

FUNDADA EN 1879

FAVORECIDO CENTRO DE ENSEÑANZA PRÁCTICA Y RÁPIDA POR EL SISTEMA INTUITIVO APLICADO INDIVIDUALMENTE

Letra comercial - Cálculo mercantil - Teneduría de libros
Correspondencia mercantil española y extranjera - Correspondencia oficial y particular - Documentación mercantil
Clasificación y archivo - Taquigrafía - Mecanografía - Ortografía - Francés - Inglés - Alemán - Lenguáfonos y Máquinas de calcular

ALTOS ESTUDIOS COMERCIALES

Todas las asignaturas se explican en la **ACADEMIA COTS** individualmente, contando para ello con profesorado inteligente, muy práctico y activo.

TÍTULO DE TENEDOR DE LIBROS mediante examen por tribunal competente.

CERTIFICADOS DE ESTUDIOS

Aulas exclusivas para señoritas

PISO PRINCIPAL

Clases especiales para personas respetables

PISO PRIMERO

Clases generales Cuota módica

PISO SEGUNDO

Las más importantes y respetables entidades y comercios de Barcelona acuden a este especial centro de enseñanza mercantil y de idiomas, solicitando serios, probos e idóneos empleados prácticos.

CURSOS POR CORRESPONDENCIA

para las personas que residen fuera de Barcelona

MÉTODOS ESPECIALES DE EXCELENTES RESULTADOS PRÁCTICOS

Pídase el folleto explicativo C, que se envía gratuitamente

Textos propios para todas las asignaturas, editados especialmente por su sección **EDITORIAL CULTURA**

MAXIMAS CELEBRES

Mejor es tener a la verdad obligada que confiar en ella.
 Dar consejo es virtud de segundo orden.
 Muchas cosas tienen reputación, no por su valor, sino por flaqueza nuestra.
 De muchos riesgos nos excusaríamos siuviésemos siempre testigos.
 Más se aumenta el valor en competencia.
 Mucho puede la casualidad en nuestra vida, porque vivimos por casualidad.
 No es buena la causa que tiene necesidad de compasión.
 Malo se puede llamar el que solamente por su provecho es bueno.
 Con gran peligro se guarda lo que a muchos agrada.
 Más cuenta tiene con Dios el desdichado que el feliz.
 Grande es la elocuencia que place al que oye contra su voluntad.
 El peligro se ha de vencer con peligro.
 En grandes porfías la verdad se pierde.
 No hay cosa, por chica que sea, en que no quepa virtud.
 Cuanto mayor es la prosperidad, tanto menos se debe confiar en ella.
 No hay cosa honesta que no sea útil.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN



El comprador. — ¿Este mamarracho es un retrato?
El artista. — No, señor; es un espejo.

DEPILATORIO JOVINCELA

EXTIRPA EL VELLO DE RAIZ

CADA VEZ QUE SE APLICA REAPARECE

MENOR NUMERO DE PELOS

IGUAL QUE CON LA

DEPILACION ELECTRICA

De venta en todas partes



Fabrica: **I. BELLVE.** Apart 808. **BARCELONA.**

Se vende a 6 pesetas en las Perfumerías, Droguerías y Centros de Específicos bien surtidos

Se manda contra reembolso de 7 pesetas a todas las poblaciones que tengan establecido este servicio de correos

Bailes Modernos



de Salón



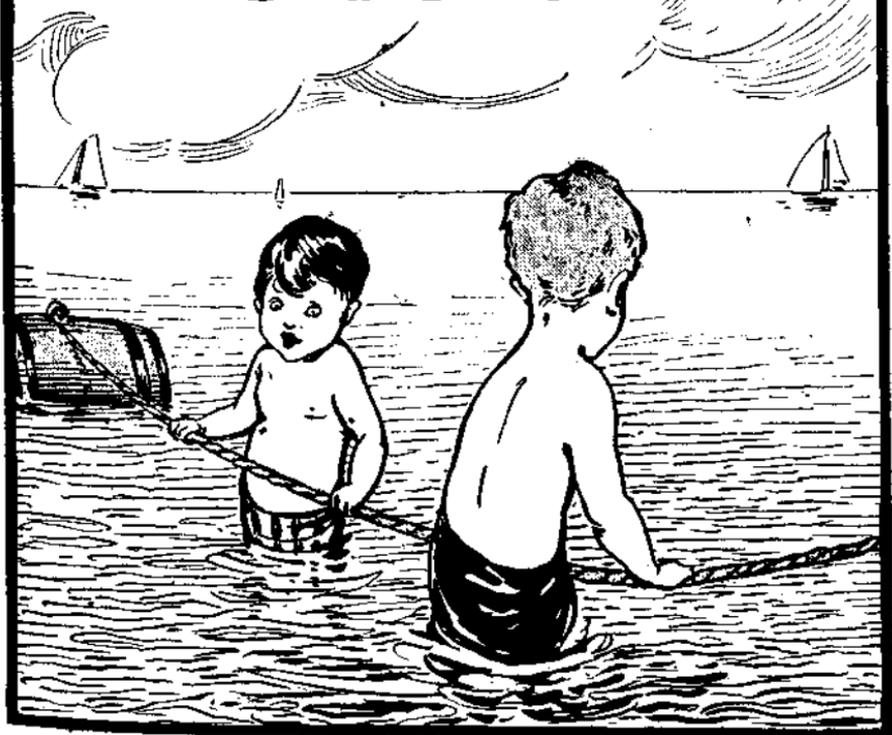
EMILIA TUTUSAUS



LECCIONES SÓLO PARA
SEÑORITAS

URGEL, 131 - BARCELONA

JULIO



- 1 J. *La Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.*
- 2 V. *La Visitación de Nuestra Señora.* Stos. Proceso y Martiniano.
- 3 S. San León II y Sta. Mustiola.
- 4 D. Stos. Flaviano y Elías, obs.
- 5 L. San Miguel de los Santos.
- 6 M. Stos. Isaías, pr. y Rómulo, ob.
- 7 M. San Benedicto XI y Sta. Edilburga, virgen.
- 8 J. Stos. Quiliano y Auspicio, obs.
- 9 V. *Nuestra Señora de la Paz.*
- 10 S. Stas. Felicitá, mr. y Amalia, v.
- 11 D. San Pío I y Santa Pelagía.
- 12 L. Dedicación de la Catedral de Orihucla.
- 13 M. Stos. Silas y Serapión, mrs.
- 14 M. Stos. Optaciano, Ciro y Heraclas, obs.; Justo, mr.
- 15 J. Stas. Bonosa, Julia y Justa, m.
- 16 V. *Nuestra Señora del Carmen.*
- 17 S. Stos. Eunodio y Teodosio, obs.
- 18 D. San Federico, ob. y mr.
- 19 L. *San Vicente de Paul.*
- 20 M. Stas. Librada y Margarita, m.
- 21 M. San Daniel y Santa Práxedes.
- 22 J. Stos. Teófilo y Platón, mrs.
- 23 V. Stos. Apolinar y Liborio, obs.
- 24 S. Stas. Niceta y Aquilina, mrs.
- 25 D. *Santiago el Mayor*, apóst. Patrón de España.
- 26 L. Santa Ana, madre de Nuestra Señora.
- 27 M. Stos. Pantaleón, médico, y Mauro, mártir.
- 28 M. Stos. Nazario y Celso, mrs.
- 29 J. Stas. Marta, Lucía y Flora, ms.
- 30 V. Stos. Abdón y Senén, mrs.
- 31 S. San Ignacio de Loyola, cf.; Calimerio, ob. y mártir.

MAXIMAS CELEBRES

Las cosas indispensables las hizo la Naturaleza fáciles.
 De hombres es sentir los males, y flaqueza es no sufrirlos.
 No hay cosa tan cara como la que con ruegos se compra.
 Doloroso es el tiempo que entre dudas se pasa.
 Lo necesario no falta en el destierro, y para lo superfluo no bastan reinos.

Carecemos de libertad para nacer a nuestro arbitrio.
 De ninguna suerte debemos fiarnos menos que de la buena.
 La prosperidad más duradera es la que vino despacio.
 Lo que más se ama, más veces corre peligro.
 Felicidad es no necesitar de ella.
 El que más pobre se ve, más pobre nació.
 Nadie se cree culpado si él es su mismo juez.
 El sabio no castiga por venganza de lo pasado, sino por remedio de lo venidero.
 No hagas juez de tu vida a la opinión popular, sino a tu conciencia.
 No es deshonor no alcanzar una cosa, sino cesar de poner los medios.
 No hace buenas obras el que contra su voluntad es útil.
 En ninguna parte está el que en todas esté.

UNA COCINERA RAZONABLE



—Juana, hoy tenemos invitados a comer.

—Muy bien, señora. ¿Quiere usted que queden contentos, o desea que no vuelvan en su vida?

COMODIDAD

EFICACIA



PELOS y VELLO

se destruyen
sin depilatorio
usando

AGUA AROMAS

HIGIENE

ECONOMÍA

Agosto



- 1 D. Stas. Fe, Esperanza y Caridad.
- 2 L. Nuestra Señora de los Angeles.
- 3 M. La Invención del Cuerpo del protomártir San Esteban.
- 4 M. Santo Domingo de Guzmán, cf.
- 5 J. Nuestra Señora de las Nieves.
- 6 V. La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo.
- 7 S. Stos. Cayetano y Alberto, cfs.
- 8 D. Stos. Ciriaco y Emiliano.
- 9 L. Dedicación de la Catedral de Segorbe.
- 10 M. Stos. Lorenzo y Fedlimido.
- 11 M. Stos. Rufino y Alejandro, mr.
- 12 J. Stos. Euplio y Erculano.
- 13 V. Stos. Casiano e Hipólito.
- 14 S. Stos. Marcelo y Calixto, mrs.
- 15 D. *La Asunción de Nuestra Señora.*
- 16 L. Dedicación de la Catedral de Astorga. — Stos. Joaquín y Roque.
- 17 M. Dedicación de la Catedral de Granada.
- 18 M. San Fermín y Santa Elena.
- 19 J. Stos. Timoteo y Agapio, mrs.
- 20 V. San Bernardo de Claraval, cf.
- 21 S. Stos. Euprepio y Cuadrato, m.
- 22 D. Stos. Hipólito y Atanasio, ms.
- 23 L. Stas. Fructuosa, Dononia y Teonila, mrs.
- 24 M. Stos. Ptolomeo y Román, ob.
- 25 M. San Luis, rey de Francia.
- 26 J. Sts. Ireneo, Abundio y Adrián.
- 27 V. La Transverberación del Cor. de Sta. Teresa de Jesús, vg.
- 28 S. Stos. Ermeto, Pelagio y Cayo.
- 29 D. *Nuestra Señora de la Consolación.*
- 30 L. Dedic. de la Cat. de Lugo.
- 31 M. Dedic. de la Cat. de Guadix.



Productos GEMO

SELECTÍSIMOS

Producción española

El Sobre Gemo, específico para el lavado de la cabeza, a base de huevo, limpia, aromatiza, suaviza, destruye la caspa, y el cabello se seca rápidamente una vez usado este lavado higiénico.

El Tubo Gemo alarga y aterciopela las pestañas. Es inofensivo para los ojos. Se aplica al acostarse, produciendo el desarrollo natural de las pestañas debido a su acción desinflamatoria y estimulante. No es tinte ni betún.

La Ampolla Gemo, delicada preparación en líquido para el lavado higiénico de la cabeza, especialmente para cutis que repudien champús y demás productos similares.

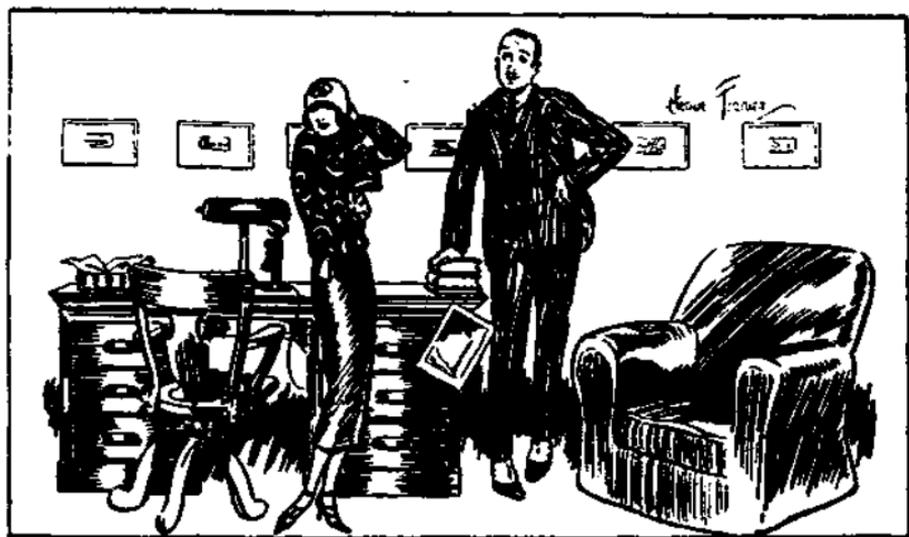
La Nieve Gemo, admirable preparación contra las afecciones de la piel, cutis grasiento, rojeces, granos, pecas, quemazones del sol, grietas, etc. Tonifica, nutre y refresca la piel. Comunica al cutis el matiz aperlado que distingue a las grandes bellezas.

Venta en Perfumerías y Farmacias

MAXIMAS CELEBRES

Ninguna desgracia es grande si es la última.
 Nunca es demasía publicar lo que es necesario que se sepa.
 No interesa el que leas muchos libros, mas interesa mucho el que sean buenos los que leas.
 No hay esclavitud más vergonzosa que la voluntaria.
 No consiste la felicidad de nuestra vida en vivir, sino en vivir bien.
 Nunca falta al avaro razón para negar.
 No debes exigir lo que tú debías negar.
 No es bueno el que se contenta con ser mejor que el malvado.
 No hay mayor causa para llorar que no poder llorar.
 Con dificultad se cree lo que después de creído ha de dar pena.
 Contumaz es toda pasión y mala de despedir.
 Bien acaba la virtud, si acaba primero la vida.
 Virtud es sufrir al ingrato hasta que sea agradecido.
 Parte es de beneficio negar con buena disculpa.
 Del tormento se libra quien fácilmente lo sufre.
 Doloroso es perder la patria; más doloroso merecer esta desgracia.
 De nada sirven las desgracias a aquel que no aprende en ellas.
 No es pesada la pobreza, sino para aquel que la tiene por pesada.
 Muy cerca está de negar el que tarda en conceder.

UNA BUENA EMPLEADA



- Y ¿por qué perdió usted su último empleo?
 —Porque me sorprendieron firteando con el director.
 —Queda admitida ahora mismo.



**UN LIBRO DE LECTURA ESTIMULANTE
PARA MUCHACHOS DE TODAS CONDICIONES Y CLASES**

HACE FALTA UN MUCHACHO

por **ARTURO CUYÁS**

Primer libro en este género escrito por un autor español para niños españoles. Declarado de utilidad pública por Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública. Adoptado en muchas Escuelas.

TÍTULOS DE LOS CAPÍTULOS

Llamamiento. — Consejos paternales. — La instrucción. — La educación. — Los libros. — El estudio. — Elección de carrera. Amigos y compañeros. — Religión. — Patria. — Cívismo. — La voluntad. — El carácter. — La honradez. — Los ideales. — El trabajo. — La pereza. — El tiempo. — El ahorro. — El comercio. — La higiene. — ¡Siempre adelante! — Los hábitos. — Descubrimientos e invenciones. — Las grandes obras de la Humanidad. — Notas curiosas. — Frases célebres.

Un tomo encuadernado, de unas 400 páginas de nutrida lectura, con gran número de grabados, 5 pesetas

Pídalo en las librerías o directamente a la Editorial, remitiendo el importe por giro postal o en sellos.

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
DIPUTACIÓN, 211 = BARCELONA :: VALVERDE, 21, DUP. = MADRID

Septiembre



- 1 M. Stos. Vicente y Leto, mrs.
- 2 J. San Antolin y Santa Máxima.
- 3 V. Stas. Dorotea, Tecla y Basilisa.
- 4 S. *Nuestra Señora de la Consolación*.
- 5 D. *Nuestra Señora de la Cinta*.
- 6 L. Stos. Onesiforo y Porfirio, m.
- 7 M. Stos. Anastasio y Nemorio, m.
- 8 M. *La Natividad de Nuestra Señora*.
- 9 J. Stos. Tiburcio y Severiano, m.
- 10 V. Dedicación de la Catedral de Valencia.
- 11 S. Stos. Proto y Jacinto, m.
- 12 D. *El Dulce Nombre de María*.
- 13 L. Stos. Felipe y Lígorio, mrs.
- 14 M. Dedicación de la Catedral de Zamora.
- 15 M. *Los Dolores gloriosos de María*.
- 16 J. Stos. Cornelio y Cipriano, m.
- 17 V. La impresión de las llagas de San Francisco de Asís.
- 18 S. Stas. Sofía e Irene, mrs.
- 19 D. La Dedicación de la Catedral de Santander.
- 20 L. Stas. Susana y Felipa, mrs.
- 21 M. Stos. Pánfilo y Eusebio, mrs.
- 22 M. Stas. Digna y Emerita, mrs.
- 23 J. San Lino, p. y mr.
- 24 V. *Nuestra Señora de la Merced*.
- 25 S. Dedicación de la Catedral de Cuenca.
- 26 D. Stos. Eusebio y Cipriano.
- 27 L. Stos. Cosme y Damián, mrs.
- 28 M. Stas. Eustoquia y Lioba, vgs.
- 29 M. La Dedic. de S. Miguel Arcángel.
- 30 J. Stos. Gregorio y Honorio, obs. y confesores.



RELOJ

ELECTION

HORA EXACTA



MARCA REGISTRADA

MAXIMAS CELEBRES

Si de alguna cosa tuvieres necesidad, pídetela prestada a ti mismo.
Siempre es peor el día siguiente.

El precio de la virtud es ella misma.

Yerra el que por odio del malo pone su inocencia en peligro.

El que, pudiendo, no favorece al que está en peligro, ayuda a matarlo.

Vilmente vive el que conforme a las costumbres del vulgo vive.

Nunca es tarde para vivir bien.

Si deseas ser amado, ama.

Yerra el que se aflige, porque en algún tiempo ha de tener aflicción.

No hay lugar tan estrecho donde no se pueda elevar el pensamiento al cielo.

Trata a tu inferior como desees ser tratado por tu superior.

El que no quiera vivir sino entre justos, viva en un desierto.

Pierde su autoridad la gravedad continua.

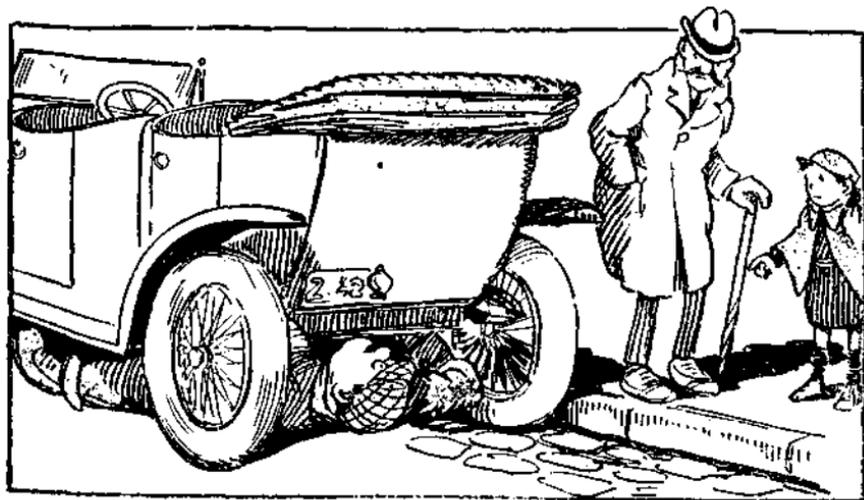
Yerra el que no principia a aprender por parecerle que ya es tarde.

Muchas veces es poco lo que se da, y mucho lo que de darlo se consigue.

Sencillos son los cuidados del bueno, y doblados los del malo.

Llevadera sería la desgracia, si no trajese consigo deshonra.

EL NIÑO CURIOSO



—¿Qué hace ese señor, papá?

—Averigua cuál de los cuarenta caballos le ha ocasionado la pana.



Colección Novelas Hogar

MÁS DE UN MILLÓN DE EJEMPLARES VENDIDOS EN ESTA COLECCIÓN

GUY CHANTEPLEURE

- Lil de los ojos color del tiempo 4 ptas.
 La aventura de Huguette. 4 ptas.
 La pasajera 5 ptas.
 El azar y el amor. 4 ptas.
 El castillo durmiente. 5 ptas.

HENRI GREVILLE

- Dosia 3 ptas.

CARLOS E. PEARCE

- Los ojos de Alicia. 5 ptas.

JORGE ISAACS

- María 4 ptas.

COLOMAN MIKSZATH

- El paraguas de San Pedro. 4 ptas.

JORGE GIBBS

- La puerta cerrada. 5 ptas.
 Juventud triunfante. 5 ptas.
 El camino prohibido. 5 ptas.

FLORENCIA L. BARCLAY

- El Rosario 5 ptas.
 La castellana de Shenstone 5 ptas.
 Pared por medio. 5 ptas.
 Las Damas blancas. (Dos tomos en un volumen) 6 ptas.

HENRI ARDEL

- Mi primo Gerardo 4 ptas.
 El verano de Guillermina 4 ptas.
 Al volver. 4 ptas.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

- La alegría del capitán Ribot. 5 ptas.

ÚLTIMOS ÉXITOS



Novia oficial BERTA RUCK

Séptimo

WILLIAM J. LOCKE

La última novela aparecida en español de este gran autor inglés, cuyas obras están siendo el gran éxito del año.

Todas las obras de la COLECCIÓN NOVELAS HOGAR pueden adquirirse en las buenas librerías o directamente de los editores, remitiendo en este caso por giro postal o sellos correo el importe de las que se desean.

GERMANA AGREMANT

- Las de los sombreros verdes. 5 ptas.

CHAMPOL

- La luna roja. 4 ptas.

BERTA RUCK

- Corazones que no se encuentran 5 ptas.
 Novia oficial. 5 ptas.

WILLIAM J. LOCKE

- La gloria de Clementina 5 ptas.
 Moordius y Compañía 5 ptas.
 Las divertidas aventuras de Aristides Pujol 5 ptas.

- Séptimo 5 ptas.
 El vendedor de felicidades 5 ptas.

JULIO DINIZI

- Las pupilas del señor Recor 5 ptas.
 La mayoraza de los Cañaverales. (Dos tomos en un volumen). 6 ptas.
 Los hidalgos de la casa morisca. (Dos tomos en un volumen) 6 ptas.

MATILDE ALANIC

- Esperanzas 4 ptas.

WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLOREZ

- La casa de la lluvia. 4 ptas.

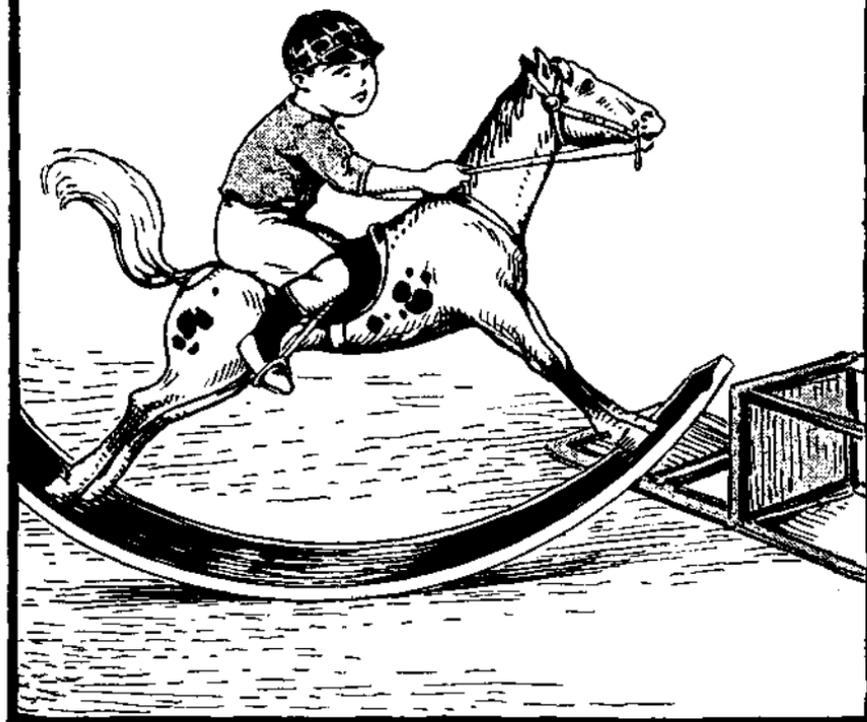
TIRSO MEDINA

- Invierno en primavera 4 ptas.

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, 211 - BARCELONA
 Valverde, 21, dup. - MADRID

Octubre



- 1 V. Dedic. de las Cat. de Almería, Oviedo y Gerona.
- 2 S. Los Stos. Angeles de nuestra Guarda.
- 3 D. Santa Florentina, mr.
- 4 L. San Francisco de Asís, cf. y fd.
- 5 M. Stas. Flavia y Cristina, mrs.
- 6 M. Stos. Saturnino y Primo, mrs.
- 7 J. *Nuestra Señora del Rosario*.
- 8 V. Dedic. de la iglesia metropolitana de Valencia.
- 9 S. Stas. Atanasia y Publia.
- 10 D. San Francisco de Borja.
- 11 L. Stos. Taraco y Probo, mrs.
- 12 M. *Nuestra Señora del Pilar*.
- 13 M. Stos. Fausto y Enero, mrs.
- 14 J. Stos. Carponio y Evaristo, ms.
- 15 V. Stos. Fortunato y Agileo, ms.
- 16 S. Stos. Ambrosio y Lulo, obs.
- 17 D. Stos. Eron, ob. y mar.; Víctor y Alejandro, mars.; Sta. Margarita María de Alacoque, vg.
- 18 L. Stos. Asclepiano y Atenodoro.
- 19 M. Dedicación de la Catedral de Mondoñedo.
- 20 M. Stas. Irene, Marta y Saula.
- 21 J. Stos. Asterio y Dasio, mrs.
- 22 V. Sts. Nunila, Córdula y Alodia.
- 23 S. Stos. Servando y Germán, ms.
- 24 D. San Rafael Arcángel.
- 25 L. Dedicación de la Metropolitana iglesia de Toledo.
- 26 M. Stos. Luciano y Florio, mrs.
- 27 M. Stas. Sabina y Cristeta, mrs.
- 28 J. Stas. Cirila y Anastasia, mrs.
- 29 V. San Narciso y Sta. Eusebia.
- 30 S. Stas. Eutropia y Cenobia, mártires.
- 31 D. Stos. Ampliato y Urbano, ms. y Sta. Lucila, vg.



LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Una serie de volúmenes de 120 a 180 páginas, donde se describen en estilo ameno y agradable, pero muy conciso, las más interesantes novelas, que, escritas en el modo literario antiguo, necesitarían varios tomos de muchas páginas. Este género es, en la novela, lo que en el teatro se llama *Guignol*. Todos los tomos van ilustrados con preciosas fotografías de las películas impresas por el modernísimo procedimiento de huecograbado.

Tenemos novelas de películas interpretadas por **Douglas Fairbanks, Mary Pickford, Jackie Coogan** (el niño prodigio), **Mia May, Constance Talmadge**, etc.

LEA V. LAS NOVELAS DE EMOCIÓN Y MISTERIO

Las dos niñas de París	2 ptas.	El capitán Kidd	2 ptas.
Judex	2 >	Los parias del amor	2 >
La nueva misión de Judex	2 >	Esposas frívolas	2 >
Barrabás	2 >	La dueña del mundo	2 >
La huertanita	2 >	La tragedia del correo de Lyon	2 >
Parlsette	2 >	El hijo de la parroquia	1'50 >
La coqueta irresistible	2 >	El signo del Zorro	2 >
El hombre de las tres caras	2 >	El milagro	1'50 >
Por la puerta de servicio	2 >	Ricardo Corazón de León	2 >
La amordazada	2 >	El huérfano de París	2 >
Pimentilla	2 >	El ladrón de Bagdad	1'50 >
El hijo del pirata	2 >	Dorotea Vernon	2 >

MUCHAS OTRAS EN PREPARACIÓN

Pídelas en las librerías y quioscos o a los editores, mandando el importe en sellos o por giro postal.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.-Diputación, 211, Barcelona.-Valverde, 21, d.º-Madrid



MAXIMAS CELEBRES

Tanto pierde la buena obra de valor, cuanto tuvo de tardanza.
 Trabajoso es deber a quien no querrías deber.
 Más se teme lo que más veces acontece.
 Tiene la razón poder mientras está libre de pasión.
 Torpe pérdida es la que por negligencia se padece.
 Vergüenza es en el viejo no saber más que lo que lee.
 El que callar no puede, hablar no sabe.
 Conviértanse en voluntad las palabras de que se usa.
 Tan cruel es perdonar a todos como no perdonar a ninguno.
 Querer morir y no querer morir: uno y otro es cobardía.
 Avergüenza ser curado con remedios vergonzosos.
 Amor de mujer casta, es perpetuo.
 Si quieres no temer ni esperar, da por pasada la vida.
 Peor se sufre el menosprecio que el cautiverio.
 Para nuestra avaricia, lo mucho es poco; y para nuestras necesidades, lo poco es mucho.
 Todo lo debemos consultar con el amigo, mas primero debemos consultar si lo es.
 Largo es el camino de los preceptos para llegar a la sabiduría, y corto el de los ejemplos.

EVA INOCENTE



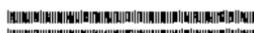
—No, no insista, buena mujer!... ;Digo que no!...
 —No se asuste, caballero, que no estamos en el paraíso.

COLECCIÓN OBRAS MAESTRAS

ha inaugurado su publicación con la hermosa novela

El bosque en llamas

por JAMES OLIVER CURWOOD

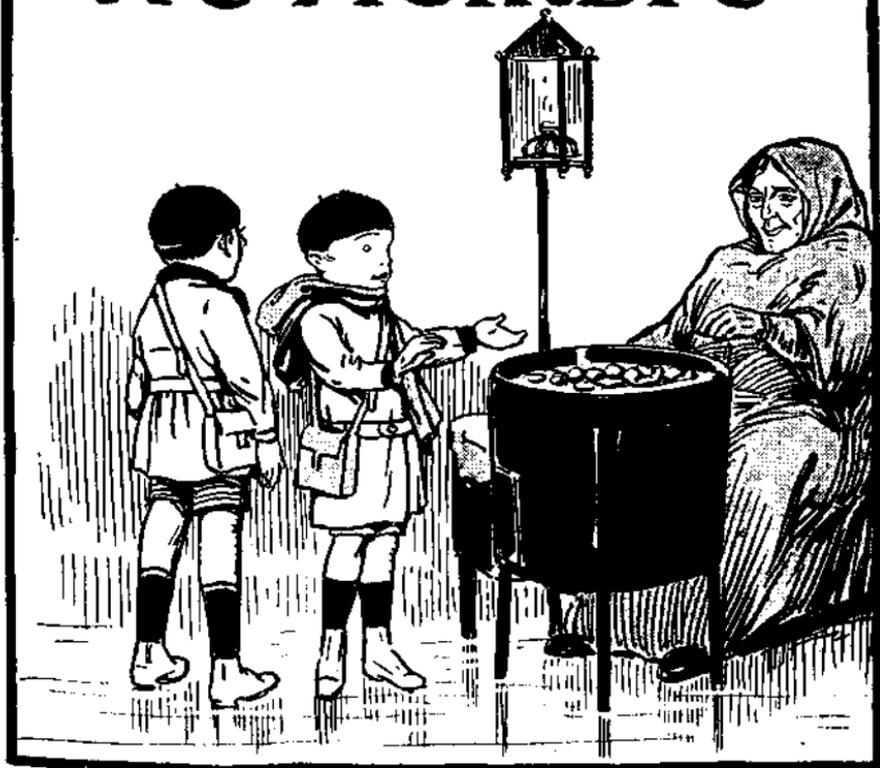


El formidable novelista norteamericano sitúa la acción de la novela en el Canadá, país por él tan conocido, y cuya vida ofrece tan extraordinarios e interesantes matices. Los héroes de la Real Policía Montada y la piratería allí reinante, son elementos con los que el maestro Curwood ha escrito esta magnífica novela en que el misterio y el amor son las notas predominantes ∞ ∞

Un volumen en 8.º, de más de trescientas páginas, con elegante encuadernación en tela y cubierta en colores,

3'50 PESETAS

Noviembre



- 1 L. *Fiesta de Todos los Santos.*
- 2 M. *La Commemoración de los difuntos.*
- 3 M. Stos. Valentín e Hilario, mrs.
- 4 J. San Carlos Borromeo, arz.
- 5 V. Stas. Isabel y Bertila, vg.
- 6 S. Stos. Leonardo y Félix.
- 7 D. Stos. Erculano y Engelberto.
- 8 L. Stos. Claudio y Nicostrato, ms.
- 9 M. Dedicación de la Basílica del Salvador en Roma.
- 10 M. Stos. Trifón y Respicio, mrs.
- 11 J. S. Bartolomé y Sta. Ernestina.
- 12 V. Dedicación de la Catedral de León.
- 13 S. Stos. Arcadio y Paulino, ms.
- 14 D. *Patrocinio de Nuestra Señora.*
- 15 L. Stas. Guria y Samona, mrs.
- 16 M. Stos. Rufino y Marcos, mrs.
- 17 M. Stos. Alfeo y Acisclo, mrs.
- 18 J. Dedicación de la Catedral de Barcelona.
- 19 V. Dedicación de la Catedral de Valencia.
- 20 S. Dedicación de la Catedral de Osma.
- 21 D. Stos. Honorio y Eutiquio, mr.
- 22 L. Stos. Filemón y Mauro, mrs.
- 23 M. Stas. Lucrecia y Felicitas, m.
- 24 M. Stas. Flora y Fermina, mrs.
- 25 J. Santa Catalina, vg. y mr.
- 26 V. *Los Desposorios de Nuestra Señora.*
- 27 S. Stos. Máximo y Virgilio, mrs.
- 28 D. Dedicación de la Catedral de Cádiz.
- 29 L. Dedicación de la Catedral de Tuy.
- 30 M. Stos. Cástulo y Euprepes, mártires.

MAXIMAS CELEBRES

El sabio debe caminar siempre por un sendero, mas no a un paso.
 Si te sabes aprovechar de la vida, larga es.
 Antes nos faltarán lágrimas que causa para verterlas.
 Por venganza tiene el magnánimo haber podido vengarse.
 El prudente saca fruto de ajenos errores.
 Entre los que no conoces, no hables más de lo que pide la precisa obligación.
 Si mereces, pide, ruega y solicita; y si no basta, importuna.
 Aprende a sufrir contrastes y a navegar con viento contrario.
 Procura estar bien con todos; pero no fies de todos.
 Si esperas bien, aguija; y si mal, ve despacio.
 Tantas cosas cura el tiempo como daña.
 Al que para subir te da la mano, bésasela a cada paso.
 Aprende a dar a cada uno lo que le toca, y a ofrecerle algo más.
 Ni engañes a nadie, ni te dejes engañar.
 Las amistades dañosas, si no puedes descoserlas, rómpelas.
 Obra cosas grandes, pero no las prometas.
 No sigas al temerario, ni te fies del cobarde; porque el uno te despeñará y el otro te abandonará en el peligro.
 Sospechoso es el consejo del que induce y no peligra.

GENTILEZA



El señor que se ahoga entre las dos viajeras (marcada con una X). — Señorita, me proporcionará usted un gran placer aceptando mi asiento.

Diciembre



- 1 M. Stos. Próculo y Evasio, mrs.
- 2 J. Stos. Cromacio y Lope, obs.
- 3 V. San Francisco Javier, jesuita.
- 4 S. Stos. Osmundo y Amón, obs.
- 5 D. Stos. Basso y Dalmacio, mrs.
- 6 L. Stas. Dionisia y Leoncia, mrs.
- 7 M. Stos. Agatón y Policarpo, mrs.
- 8 M. *La Inmaculada Concepción de Nuestra Señora.*
- 9 J. Stos. Próculo y Siro, obs.
- 10 V. *Nuestra Señora de Loreto.*
- 11 S. Stos. Eutiquio y Barbasas, m.
- 12 D. *Nuestra Señora de Guadalupe.*
- 13 I. Stos. Eustracio y Orestes, mrs.
- 14 M. Stos. Herón y Dióscoro, mrs.
- 15 M. Stos. Ireneo y Antonio, mrs.
- 16 J. Stos. Ananias y Misacl, mrs.
- 17 V. San Francisco de Sena, carm.
- 18 S. *Nuestra Señora de la Esperanza.*
- 19 D. Stas. Fausta, en Roma; Maura y Tea, mrs.
- 20 L. Stos. Eugenio y Macario, pb.
- 21 M. Stos. Juan y Temístocles, ms.
- 22 M. Stos. Demetrio, Honorato y Flero, mrs.
- 23 J. Stos. Pompeyo y Migdoneo, m.
- 24 V. Stos. Luciano y Metrobio, m.
- 25 S. *La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.*
- 26 D. San Esteban, protomártir.
- 27 L. Stos. Teodoro y Teófanos.
- 28 M. Stos. Castor, Victor, Rogaciono, Indes y Eutiquio, mrs.
- 29 M. Stos. Calixto Félix y Bonifacio, mrs.
- 30 J. *La Traslación de Santiago, ap. Stos. Mansueto, Severo y Apiano.*
- 31 V. Stas. Donata, Paulina, Rústica, Nominanda y Serotina, mrs.

MAXIMAS CELEBRES

El primer grado de riqueza es tener lo preciso, y el segundo lo que basta.
 Perdiéronse las buenas costumbres, después que a los vicios se les dió el nombre de virtud.
 Virtuosa cosa es haber acabado de vivir antes de acabar la vida.
 Antes de ofrecer debemos detenernos; pero después de haber ofrecido, apresurarnos a cumplir.
 Voluntad de condenar muestra el que con precipitación condena.
 Al que la razón no pudo dar remedio, muchas veces se la dió la paciencia.
 Da causa para negar el que pide con temor.
 Cosa ajena alaba el que a su prosapia alaba.
 No se puede asegurar la existencia de un solo día.
 El que en sí reconoce algún vicio, presume que de él se habla cuando se nombra aquel vicio.
 No satisface al beneficio recibido el que no lo paga con usura.
 El que, pudiendo, no evita el delito, lo consiente.
 La mayor parte del tormento, es el tiempo que precede al tormento.
 El que con gratitud recibió algún beneficio, pagó la primera parte de su obligación.

NO TIENE VUELTA DE HOJA



- ¿Quién es esa señorita tan solicitada?
 —La hija de un banquero.
 —Ahora comprendo el interés que despierta.

Los Reyes suben, suben...

(Cuento de Reyes)



POR



MARIA LUZ MORALES

Es allá arriba, arriba en la montaña. La casona está aislada, sola, en la desierta cumbre. La blanca sábana de nieve borró los caminos.

La casa está sola. Reina en ella la Tristeza y el Dolor. La habitan sólo la infancia inconsciente y la ancianidad dolorida: Angela, la niña, y Dolores, la abuela. Los padres murieron uno tras otro hace ya casi un año.

Con la mirada perdida en el camino blanco Angela aguarda con fe la llegada de los reyes. ¡Qué alegre estaba la casona hace un año justo, el día en que los magos orientales dejaron en el balcón la última ofrenda! Los padres, hoy desaparecidos, habían bajado a la ciudad la víspera, y por la noche, ¡qué gozo, qué algazara! En los balcones aparecieron los vistosos juguetes que se venden en las ferias ciudadanas; en la chimenea, al lado de los rojos tizones, las mil lagotías golosas que comen allá en el poblado los hijos de los ricos. Mientras que ahora... ahora...

Sobre el cuerpecillo menudo de la chiquilla montañesa un ropaje negro anuncia lo reciente del luto

y lo triste de la orfandad; los balcones permanecen cerrados, el hogar cubierto de ceniza gris y fría. Y la abuela Dolores, que desde la desgracia no hace más que llorar, dice que este año "no vendrán los Reyes". No vendrán los Reyes porque Angela es ya grande — va a cumplir los catorce, — porque los caminos están malos y los camellos resbalarían en la nieve... ¡Como si no hubiese habido nevadas todos los años por tal época y los Reyes—que pues son santos y sabios todo lo pueden—llegaban como si tal cosa. Son chocheras de la abuela, que en su aflicción no ve sino negruras. ¿Cómo no van a llegarse los Reyes a dejar su ofrenda en la desierta cumbre ahora que sus moradores conocen la Tristeza y necesitan mucho más, por lo tanto, el divino consuelo?

Temblorosa de emoción y de fe, la chiquilla fija la mirada en la blanca cinta del camino y allá en lejanía le parece ver...

* * *

La abuela Dolores, en tanto, pasa en su cuarto las cuentas del rosa-

rio. También ella mira a lo lejos la ruta de blancura inmaculada, el camino solitario, ahora poblado de recuerdos. Hace un año que volvían por él los que ya se fueron para siempre: hija y yerno cargados de paquetes. ¿Qué importaban entonces el frío ni la nieve si los corazones ardían de alegría y de amor? Mientras que hoy...

Como ella es vieja y está torpe y tullida no pudo bajar a la ciudad en busca de un regalico para la mozuela. Además, el corazón de la anciana destila hiel amarga. Murió la hija, su prenda más querida; llevóse también la muerte al yerno, el mocetón fornido y laborioso que ganaba el pan de todos... No: la Alegría no puede volver a entrar en aquella casa donde reina el Dolor. No: no es hora aquella ni sitio aquel de regalos y holgorios. Si su nieta puede olvidar y cantar y reír, que ello sea cuando la vieja Dolores haya muerto de pena... Ahora... ahora una risotada de la muchacha le parecería una profanación. No. No es día de fiesta. Que los Reyes no suban hasta la cumbre desierta en que se alza la casona aislada. Los caminos están muy malos. Y la chica es ya grande.

La vieja Dolores piensa — como en un regalo — en la Muerte. La quiere. La llama. Pero es buena cristiana y antes de morir quiere dejar sus cosas arregladas. Con mano temblorosa se llega hasta el arcón antiguo donde guarda los

que fueron un día sus tesoros. Saca de él un objeto tras otro, y uno por uno los va colocando ante el balcón. ¡Prendas queridas de los buenos tiempos, a cuya sola vista corría en otros días más acelerada la sangre moza de Dolores!

Allí está la mantilla de randa y el delantal de terciopelo; la ropa blanca fina adornada con puntillas hechas por amorosa mano día tras día, durante largos años. Allí los largos pendientes de filigrana y el anillo de oro bien aquilatado en que se incrusta a machamartillo un auténtico diamante.

En el cielo gris se desgarran una nube y un rayo de sol pálido — sol de nieve — refleja su fulgor en las joyas de desposada de la abuela Dolores. De los ojos de la viejecita se desprende un tembloroso diamante, más transparente que el que brilla en el anillo de oro antiguo y por antiguo bien aquilatado.

* * *

Angela, en tanto, se siente atarida de frío. Además, le duelen los ojos del esfuerzo. La blancura la deslumbra y ya no ve un solo punto que avanza en lejanía; los ve por todas partes y en todas direcciones. Sí. Son los Reyes que llegan; con más lujo, con más suntuosidad que ningún año. No es ilusión; son los Magos de Oriente. Los deslumbrados ojos de la chiquilla no pueden precisar sus formas, pero bien



— Abuela — dice con conmovedora voz...

ve sobre la nieve blanca los mil gayos colores de sus regias, pomposas vestiduras: la púrpura, el azul, la plata, el oro... ¡Son los Reyes, los Reyes! La visión es tan grande, tan hermosa, que los ojos de la campesina se abren desmesuradamente para abarcarla toda. Mas no puede... no puede... El deslumbramiento es tan rápido y tan intenso que Angela tiene que taparse los ojos con la mano.

Así recorre pasillos, sube escaleras y llega al piso alto.

—¡Abuela, abuela! — grita con voz en que vibra la más pura alegría.—¿Ves cómo vienen los Reyes? Tan espléndido es su cortejo, que hiera la vista el mirarlo, como siempre me decía padre. ¡Ya deben estar aquí mismo, abuelica!

En medio de la estancia la chiquilla se descubre los ojos. Se descubre los ojos y ve...

Ante el balcón, alineados en el orden en que suelen depositar sus ofrendas las orientales majestades, están los objetos preciosos: la man-

tilla de randa, el delantal de terciopelo, la ropa blanca fina y adornada, los largos pendientes de filigrana y el anillo nupcial en que brilla el auténtico diamante. Las manos de la chiquilla se juntan como en éxtasis.

—Abuela — dice con conmovida voz,—este año, *como ya soy grande*, los Reyes no me traen lagoterías ni juguetes, sino galas para ir al baile con mis amigas, a que los mozos me festejen y las mozas me envidien. Son muy sabios y muy santos, abuela, los Reyes Magos del Oriente.

La chiquilla ríe, ríe, ríe... Y la abuela Dolores sonríe también, consolada y bondadosa. Los Reyes le han traído a ella también, como regalo, una nueva y preciosa experiencia: la de que la Vida y la Juventud triunfan de todos los dolores; la de que los Magos de la Ilusión suben, suben todas las cuestas, por ásperas y pendientes que sean; la de que los Reyes llegan siempre a donde hay fe.

Ilustraciones de OCHOA



SEDUCCION

POR ARMANDO PALACIO VALDÉS

El director de cierta revista literaria me había pedido un cuento para su nascente publicación. Le dije lo que suele decirse en estos casos: que me honraba mucho, que tendría un gran placer en escribirlo así que mis ocupaciones lo consintiesen, que seguramente no respondería a sus esperanzas, etcétera, etcétera. En fin, lo que decimos todos para responder cortésmente al ruego de una persona simpática y amable.

Pues bien: el director no me creía. Se lo estaba conociendo en los ojos. Y como no me creía, no cesaba de insistir, a pesar de la promesa, procurando que ésta fuese perdiendo la grata vaguedad que para mí tenía y adquiriese una antipática y horrible precisión.

—¿Me lo dará usted para el número próximo?... ¿En qué día, poco más o menos, podré recogerlo? ¿Puedo anunciarlo ya en la cubierta de la revista?

A cada una de estas preguntas respondía yo del modo más ambiguo y absurdo que ustedes pueden imaginarse, defendiendo siempre aquella preciosa vaguedad con todas mis fuerzas. El director me creyó o hizo como que me creía, y salió de mi casa satisfecho, al parecer.

Pero no lo estaba. Pude convencerme de ello cuando le vi, a los pocos días, entrar en la *Cervecería Inglesa*, sentarse mi lado y tomar sin gana café. Me habló de cosas indiferentes; se mostró afable, cariñoso, y no mentó para nada la terrible promesa. Tocó el punto de mis novelas, y dijo de ellas lindizas, que me probaron que aquel literato conoce bien el corazón de sus compañeros.

Pero donde hizo hincapié para los elogios fué en mis *Aguas fuertes*. Confieso que, cuanto más amable se mostraba, más se me iba cayendo el alma a los pies.

—¡Diablo, diablo!— decía para

mí.—Después de esto, ¿con qué cara voy a negarle yo el cuento?

Cuando se despidió, quedéme meditando un rato, me comí el último terrón de azúcar, bebí el último trago de agua, y dije, dando un suspiro:

—Pues, señor, no va a haber más remedio que escribir un *agua fuerte*.

Acto continuo me puse a buscar el argumento. Salí de la cervecería con ese exclusivo objeto, y me lancé a las calles a ver si con el fresco acudía alguno a mi cerebro solitario. El calor de la cervecería es funesto para los argumentos: se lo advierto a los jóvenes naturalistas. Casi tan funesto como las veladas poéticas del Ateneo. Me lo dijo un poeta dramático a quien silbaron hace poco un drama en el Teatro Español, y que achacaba su fracaso a la atmósfera espesa que respiraba por las tardes y al abuso de las conferencias.

Así es que desde entonces, en cuanto necesito ideas, dejo el Ateneo y me voy a escape a la Moncloa, paraje donde, según mi amigo, suelen ocurrírsele a uno las grandes cosas. Las únicas redondillas aplaudidas en el drama que se le desgració, allí fueron propuestas.

Salí, pues, como digo, y a cortos y vacilantes pasos, como suele caminar el que tiene que decir algo en una revista literaria y no sabe qué decir, me encaminé por la Carrera de San Jerónimo hacia la

Puerta del Sol, y desde allí, por la calle del Arenal, hacia el supradicho paseo de la Moncloa, esperando que antes de llegar a él, y sólo por las buenas intenciones que revelaba, la fortuna me deparase un asunto medianamente agradable.

Lo que son los pisotones en los callos casi todo el mundo lo sabe; pero lo que es buscar un argumento, sólo los escritores públicos.

Si el lector es cazador, podrá representarse algo parecido recordando alguno de esos días en que se camina horas y horas por entre jarales, debajo de un sol canicular, sin descubrir ni un bando de perdices ni la cabecita gris de un conejo. Y figurándose la expresión absorta, melancólica, desconsolada, de su fisonomía en tales momentos, puede llegar a calcular cómo sería la de este su humilde servidor marchando por las calles de Madrid.

—Hola, Vinagrera, ¿cómo está usted?

—Perdone usted, amigo: no me llamo Vinagrera, sino Vinajeras.

—Dispénsame usted, por Dios. En este momento me había confundido...

—No tiene nada de particular. ¡Ustedes los escritores llevan tantos asuntos en la cabeza!

—Verdad, verdad—respondí descaradamente, en vez de extender la mano y decir como los mendigos: “Déme usted uno, por el amor de Dios.”

Un poco más allá saludé muy son-

riente a una persona, que me miró con asombro, sin corresponder a mi cortesía.

—¿Dónde tendré la cabeza?— me dije, poniéndome colorado.

Me figuré que trataba a aquel caballero, y sólo le conocía de verle plantado frente a mi casa haciendo muecas a la vecina del segundo.

Al pasar por delante del Teatro Real me asaltaron intenciones de escribir un cuento basado en cierto episodio en que figuraba una bailarina a quien tuve el honor de tratar una corta temporada. Pero iba a resultar un poco libre, y desde que mi amigo el librero señor Fe me dijo que mis obras iban haciendo fortuna entre las damas, estoy tan encogido y temeroso, que apenas me atrevo a nombrar la camisa o los calzoncillos por no ofenderlas.

En la plaza de Oriente vi asomada a los más altos balcones de Palacio a una pareja de jóvenes que reían y charlaban, mientras una bandada de pájaros revoloteaba en torno suyo, posándose en la cornisa para escuchar sus ternezas, y lanzándose después a los aires con agudos chillidos para contárselas a sus compañeros. Un centinela de los que guardan las entradas de la plaza, inmóvil sobre su caballo, contemplaba fijamente a la atortolada pareja. Y ¡Dios sabe los pensamientos insanos que en aquel momento cobijaría su casco refulgente a la prusiana!

Ocurrióseme entonces que podría

escribirse una historieta colocando la escena en los pisos altos de Palacio, que lo mismo podría ser historia de hombres que de pájaros. Mas consideré en seguida que mis correligionarios son muy suspicaces. Seguro que habian de ver en este cuento un medio indirecto y solapado de aproximarme a la monarquía y hacer traición a nuestros ideales.

Si por ello me hiciesen ministro o algo siquiera de lo contencioso bien sé que no me dirían nada. Otros lo han hecho sin enojarles. Pero hablar de los palacios sin odio y sin haber recibido de ellos merced alguna, esto no es lógico. No lo ha tolerado ni lo tolerará jamás un buen exaltado.

Subí la pendiente del barrio de Argüelles, entré por la puerta del Instituto Agrícola, y me detuve un instante para contemplar el paisaje.

El poniente de Madrid es de una austeridad tal, ofrece a la vista aspecto tan imponente, que siempre me ha conmovido. Sólo los espíritus vulgares se obstinan en negar belleza a este pedazo de tierra negra y adusta que el Guadarrama nevado corta allá a lo lejos.

La mayor parte de los hombres no admiran más que lo que ha sido antes admirado por otros: el golfo de Nápoles, el gran canal de Venecia, el lago de Ginebra, el *mont Blanc* y el *mont Cenis*.

Además, para ver estas cosas hay que hacer un viaje costoso, tener

buena posición. Y sabido es lo que influye el coste del viaje en la belleza de los paisajes.

Yo, que soy un espíritu amplio, aunque sin dinero, admiro el Guadarrama. Ofrecía éste en aquel momento un color azulado. Sus flancos negros rasgaban el blanco sudario de nieve con que el invierno le había vestido. Algunas nubes largas, finas, de color violeta, en forma de cejas, permanecían suspendidas sobre él, destacándose de un cielo blanquecino. El sol, envuelto en una masa de vapores de fuego, le miraba soberbio antes de hundirse. Jamás se había dignado visitarle. Se contenta con mirarle desde que sale hasta que se pone. La tierra que se extiende hasta llegar a él es pobre, estéril para el ganado: no hay campos de trigo y cebada, ni verdes praderas rientes: se halla cubierta en su mayor parte de jara y retama, sembrada por doquier de madroños.

Esta vegetación de un verde obscuro, los grandes pedruscos de formas monstruosas esparcidos por el suelo desde las grandes catástrofes geológicas, y las líneas severas de sus lomos desiguales, dan a este paisaje un aspecto sombrío, desconsolado, trágico, que impresiona vivamente el ánimo.

Mas, ¡ay!, su belleza extraña jamás gozará de crédito, porque ni los hombres de buena posición, ni el ganado, son admiradores de lo trágico.

Caminé un rato por los campos de la Escuela de Agricultura, y bajé al fin a los antiguos jardines de la real posesión. Había más soldados y cocineras que escritores públicos. No me sorprendió. Son pocos todavía los que están en el secreto de mi amigo el poeta dramático.

Confiado en su experiencia y en la propia, me puse a recorrer lentamente los intrincados senderos, y para que mejor pudieran penetrar en mi cerebro las buenas ideas que allí están agazapadas en las copas de los árboles, despojéme del sombrero y caminé con él en la mano, a riesgo de tomar un resfriado. Pero, o estaban dormidas o no tenían ganas de cambiar de postura, porque no rebulleron, y eso que en la vida las llamé con más necesidad. Imagino que se espantaron del trompeteo horrisono de algunos reclusas a quienes un cabo enseñaba por principios el arte de tocar la corneta.

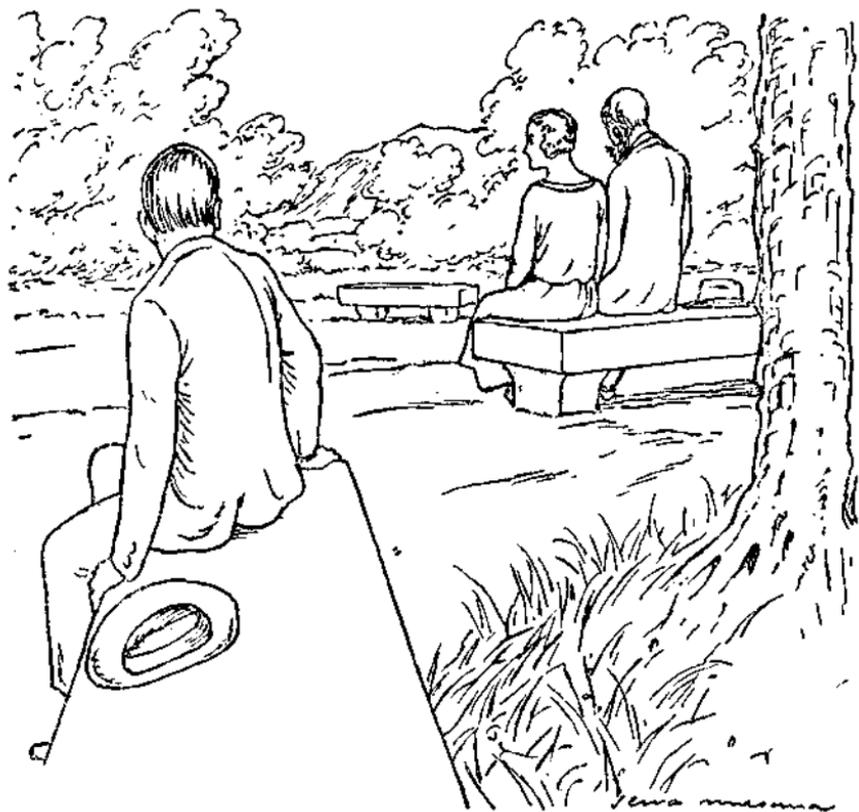
Al cabo de media hora larga de dar vueltas, observé con gozo que empezaba a hinchárame la cabeza, y me sonaba algo dentro de ella, como cuando caen garbanzos en el suelo.

Es un síntoma precioso, según mi amigo. Jamás se le ocurrió a él una escena de esas que arrancan bravos en el público, y copian los periódicos al día siguiente, sin que antes le sonasen los consabidos garbanzos en el cerebro.

Me dispuse a recibir la inspiración con el mayor recogimiento posible y en una postura cómoda. Me senté en un banco de piedra. A mi

un instante, sin tener presente que no se puede jugar con la inspiración.

Éra ésta (la inspiración no: la



La mitad de aquella pareja me gustó mucho.

espalda sentí el rumor de una conversación, y estuve tentado a levantarme. Mas, al volver la cabeza, advertí que era una pareja juvenil la que allí platicaba sentada y vuelta de espaldas en otro banco no más blando que el mío.

La mitad de aquella pareja me gustó mucho a la primera ojeada. La otra mitad, no. Y en consideración a la primera, decidí aguardar

mitad de la pareja) una joven regordeta, carirredonda, de ojos expresivos y vivarachos, y nariz un tanto remangada. Una criatura no hermosa, pero sí muy salada. El caballero que a su lado estaba no era ni hermoso ni salado. Flaco, cara muy larga, pómulos salientes, lengua barba rubia y descuidada; ojos apagados, mortecinos; muy lacio y desmayado todo él.

Habrá lector que diga, leyendo esta descripci3n:

—; Qué observaci3n tan penetrante la de estos escritores realistas! ; Describe con pelos y señales el rostro de aquellos j3venes, y estaban de espaldas!

Si lo dices sin ironía, caro lector, muchas gracias; mas si has aprendido en el teatro de Lara los refinamientos humorísticos y hablas con segunda, te dir  que estaban de espaldas, s , pero en línea oblicua conmigo. De suerte que en posici3n natural les veía media cara, y cuando al accionar cambiaban de postura, se la veía toda.

Es más (y perdona la fatuidad), creo que la joven me la enseñaba adrede, así que advirti3, y lo advirti3 bien pronto, que no me desagradaba con ello.

—; Oh, las mujeres! —exclam3 mi amigo el poeta dramático cuando se lo cont , quedando sumergido en un pi lago de reflexiones hondas y tristes, que no me atreví a interrumpir.

Mi genio observador me hizo comprender pronto que eran casados, ayudado un poco por estas palabras que o  distintamente a la joven:

--Desde que estamos casados no te has encargado camisas,  verdad?

; Uf! ; Camisas! ; Perd3n, señoras, perd3n! Se me ha escapado esta palabra indecente. No volver  a hacerlo más.

La conversaci3n del matrimonio

era asaz prosaica. No obstante, la joven esposa me iba pareciendo cada vez más poética. Yo no s  lo que tienen las mujeres bonitas, que hasta cuando nombran la c... hieren el coraz3n dulcemente.

Hablaba ésta de la ropa blanca con la competencia de una lavandera, envolviendo a su marido en una mirada tan tierna y apasionada, que realmente era para enloquecerle. Lo cual no impedía que de paso hiciera lo posible para enloquecerme a mí, dirigiendo de vez en cuando a mi banco unas miraditas rápidas y provocadoras, que iban reblandeciendo poco a poco los sesos de este humilde escritor y dejándolos inservibles por el momento para escribir ningún cuento destinado a cualquier publicaci3n.

Lo cierto es que no me acordaba poco ni mucho de mi compromiso. La joven casada lo sabía perfectamente, no me cabe duda, y me alentaba a perseverar en el olvido con una serie infinita de ademanes mimosos llenos de coquetería, que no dud  iban encaminados a fascinar-me o hacerme sucumbir de admiraci3n. Las monadas y preciosidades que aquella mujercilla hizo en pocos momentos con los ojos, con los labios, con las manos, y, en general, con toda su regordeta persona, no son para descritas.

Mas, a la par que me sentía atraído y enamorado de su gracia, el negro remordimiento se iba apoderando de mi alma.

En cuanto a moral, no me tengo por un héroe de Pérez Escrich o del *Almacén de los niños*; pero tampoco me doy por aludido cuando oigo a los predicadores hablar de "esos seres depravados y ahyectos encenagados en el vicio". Profeso al matrimonio tanto respeto por lo menos como un diputado conservador.

Sé muy bien, porque lo he leído en el *Ideal de la Humanidad*, de Krause, con notas de Sanz del Río, que "el hombre y la mujer deben unirse con vínculo indisoluble en toda su individualidad, y hermanar la oposición primera y la más interior de nuestra naturaleza, la del sexo, formando un hombre superior para el cumplimiento solidario de todos los fines humanos".

Por lo tanto, es lógico que el placer que me causaba la contemplación de la gentil esposa, y el tiroteo de miraditas, que ya se había generalizado entre nosotros, fuese acompañado de un dejo amargo. El quebrantamiento de los preceptos de la moral lo produce siempre. Me seducían las mejillas sonrosadas de la joven; su boca fresca y húmeda me causaba suavísimo estremecimiento, no sé si en el cuerpo o en el espíritu.

Pero al mismo tiempo la idea de que por mi culpa aquellos jóvenes no hermanasen la oposición primera y más interior de nuestra naturaleza y no realizasen el cumpli-

miento solidario de sus fines, me infundía horror y tristeza.

Estuve por levantarme y alejarme de aquel sitio, dando satisfacción a mi conciencia. Ruego al lector que lo crea.

Cuando iba a llevar a cabo esta obra meritoria, que el cielo premiará seguramente, no sé en qué forma, observé que el matrimonio había cambiado de conversación.

No hablaban ya de ropa interior, sino de algo más interior aún: de las novias que el señor marido había tenido antes de casarse. Bajaron el tono, pero aún les oía medianamente, sobre todo al caballero, que tenía una voz bronca, de esas que no admiten falsete.

Con disimulo me fui corriendo hasta quedar sentado en la punta del banco.

—Pero ¿a cuál de las dos has querido más: a Felisa o a Socorro? —preguntaba ella.

—A ninguna: a la única que he querido, ya lo sabes, es a María.

—Sí, sí—repuso ella con acento melancólico—; ya sé que a ésa la has querido más que a mí.

—No seas tonta; más que a ti a ninguna. María era una chica buena, muy sencilla, muy cariñosa...

—¡Claro! ¡Pues por eso! Porque valía más que yo la has querido más.

—Yo no he dicho que valía más que tú. Ella era buena, y tú también... y a ti te he querido más, puesto que me he casado contigo.

La joven quedóse unos momentos silenciosa y cabizbaja, como si dudase de las palabras de su marido y la duda le causara pena. Al fin, levantando su cabecita y mirándole con ojos maliciosos, y mirándose después a mí con mayor malicia aún, se atrevió a decirle tímidamente:

—¿Y con una mujer casada no has tenido nunca relaciones?

—No; jamás—respondió, trazando al mismo tiempo rayas en la arena con su bastón.

—¡Vamos, no seas hipócrita, Lonchín!... A todos os gusta la fruta del cercado ajeno.

Y al decir esto me echaba una miradita burlona y risueña que me electrizó.

Lonchín persistió en su negativa, sin dejar de dibujar figuras geométricas en la arena.

—Vaya, Lonchín, cuéntamelo... Si a mí no me importa, y por eso no me he de enfadar... Con tal que de aquí en adelante seas fiel...

—Te digo que no, mujer. Me ha parecido siempre una acción indigna poner en ridículo o robar la dicha a otro hombre.

Se conoce que Lonchín había leído también el *Ídolo de la Humanidad*, de Krause, y con más aprovechamiento.

Quedaron algunos momentos silenciosos. Al cabo el caballero dejó escapar una risita nasal, haciendo al mismo tiempo una bonita greca con el bastón. Parecía reír con su

propio pensamiento, con algún recuerdo que de pronto le asaltara.

—¿Lo ves como has hecho algo prohibido?—exclamó la esposa, mitad sonriente, mitad enojada.

—No, querida; voy a contarte lo que ha sido, para que no levantes castillos. Atiende un poco. Estudiaba yo el último año de carrera. Era por enero, y me hacía ingeniero en junio. Un sábado recibo en el hotel una tarjeta de Moreno, mi encargado, a quien conoces, diciéndome que aquella noche no podía ir a la Comedia, donde tenía abono, y que, si quería, podía ocupar, presentando la tarjeta al acomodador, su butaca, fila siete, número cinco. Recibí un alegrón. Los sábados solía ir al teatro, pero era al paraíso del Real, donde se suda hasta la primer papilla que uno ha tomado. La perspectiva de ir a butaca a un buen teatro y sin costarme un cuarto me sedujo. Me puse de tiros largos, los más largos que tenía, y después de tomar café con los amigos, me fui a la Comedia. En la fila detrás de mí, esto es, en la ocho, había una mujer preciosa, regordeta, un poco chatilla, así como tú. Ya sabes que no me gusta otra clase de mujeres. Unos ojos saladísimos, de esos que le hacen a uno cosquillas en el alma... como los tuyos.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. A su lado estaba un caballero joven y no mal parecido, que debía de ser su marido. Pues, señor, como yo no fumo,

y tenía pocos amigos en aquella época, en vez de salirme al vestíbulo me dediqué a contemplar a aquella señora, que me gustaba, te lo con-

un entreacto. En cambio ella lo notó admirablemente en seguida, y, la verdad, me parece que no la disgustaba. Al menos, con cierto disi-



Le sopló en la mejilla el beso más sonoro...

fieso, de un modo atroz. El marido se conoce que era un hombre poco celoso y a la buena de Dios. No se fijó poco ni mucho en ello, y eso que yo no le quitaba ojo. Leyó *La Correspondencia*, *El Correo*, el *Heraldo*, cada uno en

mulo me echaba miraditas de vez en cuando, que me ponían hueco y esponjado hasta lo indecible. Toda la noche duró aquel tiroteo. No atendía poco ni mucho a la representación. Estaba nervioso, alegrísimo. Nunca las había visto más

gordas. ¡Qué sé yo las quimeras que me forjaba para lo futuro!

Cuando terminó la representación, procuré salir a su lado, y tuve la dicha de sentir la dulce presión de su brazo contra el mío. Estaba temiendo que se fuera en coche. Afortunadamente no fué así. Tomaron el canino de su casa a pie y de bracero, lo que yo sentí como una ofensa personal. En mi concepto, ningún hombre tenía ya derecho a dar el brazo a aquella mujer más que yo. Siguieron la calle del Príncipe hasta el final, escoltados de cerca por mí. Entraron en la calle de las Huertas, en la plaza de Matute, en la calle de Atocha, en la de Santa Isabel. De vez en cuando, con poco disímulo ya, ella volvía la cabeza. Cada vez que esto sucedía, yo me sentía transportado al séptimo cielo.

Entraron por fin en la calle del Salitre. Estaba bastante oscura y completamente solitaria a aquellas horas. De pronto observo que mi hermosa desconocida vuelve la cabeza con mayor descaro aún que

antes, y después de cerciorarse de que yo estaba a corta distancia, se empina sobre la punta de los pies, llama la atención del marido como si fuese a decirle algo al oído y le sopla en la mejilla el beso más sonoro, más estrepitoso que yo escuché en mi vida... Chica, por un poco caigo desmayado de vergüenza e indignación.

—¡Qué bien!—exclamó la joven, soltando una alegre carcajada.

Y luego, echándome una rápida mirada, dijo:

—Oye, Lonchín; el beso ¿fué tan bueno como éste?

Y diciendo y haciendo, se inclinó hacia él y le soltó otro en medio de la cara que, en verdad, podía sostener la competencia con cualquiera.

—¡Mujer!—exclamó el marido, asustado, volviendo la cabeza a todos lados.

Yo dí un brinco y me alejé a paso de lobo de aquel sitio.

¿Despechado?

No: contento, porque llevaba mi artículo en la cabeza.

Ilustraciones de SERRA MASANA

LAS VIDAS TRAGICAS.



MARIA ESTUARDO

Nació María Estuardo el 7 de diciembre del año 1542; fué decapitada el 8 de febrero de 1587.

Entre estas dos fechas se desarrolló uno de los dramas reales que más han conmovido y preocupado. Los historiadores han juzgado de muy diferentes modos la vida de esta reina infortunada, a la que unos acusaron de los más horribles crímenes, al mismo tiempo que sus adictos no vacilaban en considerarla santa y mártir.

Fanatismos encontrados han exagerado ciertamente sus virtudes y sus vicios, y hoy, ya serenada la razón, aplacadas las pasiones y apaciguados los odios, se aprecia bien que es acertado este juicio del más moderno de los biógrafos de la reina atormentada: "No era ni la mágica fatal y la hechicera merecedora de la hoguera que han querido ver en ella sus irreductibles enemigos, ni la santa sin mancha y la pura mártir, que nos presentan sus admiradores fervorosos. Fué una mujer del siglo XVI, una contemporánea de Shakespeare, violenta, ambiciosa y apasionada. Vi-

vió en una época que no estaba muy alejada de la de Maquiavelo."

II

Fueron los padres de María Estuardo el rey de Escocia Jacobo V y María de Lorena, hija del primer duque de Guisa.

Siete días después del nacimiento de la heredera del trono, moría Jacobo V del dolor que le produjo la vergonzosa derrota de Fala, en la que un puñado de ingleses habían puesto en precipitada fuga a los nobles escoceses.

No había cumplido un año de edad la reina de Escocia, cuando el regente Arran la prometió en matrimonio al príncipe de Gales Eduardo. El Parlamento anuló ésta promesa, lo que originó luego una declaración de guerra de los ingleses.

Vencidos los escoceses en los primeros encuentros, iban a sufrir la ley del más fuerte, cuando el Regente solicitó la protección de Francia. La escuadra francesa puso freno a los desmanes del vencedor.

Para asegurar la unión de Francia y Escocia, se concertó el enlace de la reina María, que acababa de cumplir diez años, con el Delfín Francisco, que era aún más joven.

La escuadra francesa llevó a Francia a la reina niña, donde se encargó de su educación y de su cuidado su abuela la duquesa de Guisa.

Nada se escaseó para dar a la que Enrique II llamaba afectuosamente la "Reineta", una educación digna de la jerarquía que más tarde debía ocupar.

A los quince años de edad era María una joven instruída e inteligente, de la que su tío, el cardenal de Lorena, hacía el elogio justo escribiendo a la madre de su graciosa sobrina: "Vuestra hija crece diariamente en estatura, en bondad, en belleza, en sabiduría y en virtud. Me complace en comunicaros que el Rey pasa muy satisfecho las horas conversando con ella: vuestra hija gobierna al Rey y al Reino."

Ronsard, que fué su maestro de lengua francesa, celebró en verso la belleza de la seductora princesa, a la que el poeta llamaba "la más hermosa de las criaturas hechas por la madre Naturaleza".

El matrimonio de María Estuardo con el Delfín de Francia se celebró el 24 de abril de 1558.

Un año después moría el rey Enrique II, a consecuencia de una herida que recibió en un torneo.

Francisco II y su esposa María Estuardo ocuparon el trono de Francia. María, que tuvo siempre gran ascendiente sobre el rey, tomaba consejo de sus tíos, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa, los que por mediación de su sobrina dirigían la política del Reino.

Pero el período de felicidad duró poco. Francisco II moría el 5 de diciembre del año 1560, de un mal misterioso, contra el que nada pudieron los cuidados de su esposa.

Durante cuarenta días estuvo la reina viuda encerrada en sus habitaciones, completamente cerradas, y en las que no quiso recibir a nadie.

En este tiempo había pasado el poder a manos de Catalina de Médicis, que iba a reinar en nombre de Carlos IX, el más joven de sus hijos.

La Regente no amaba a María Estuardo, por lo que ésta determinó volver a Escocia, donde acababa de morir su madre, dejando el Reino revuelto con la violencia de las luchas religiosas entre católicos y protestantes. Estos últimos estaban alentados y sostenidos por la reina Isabel de Inglaterra.

La primera impresión de la reina al llegar a su país fué penosa. Habitada a los esplendores de la corte de Francia, encontró por todo equipaje y cortejo un caballo de silla para ella y dos o tres caballeros que debían escoltarla.

Por la noche, los presbiterianos de Edimburgo se reunieron bajo los balcones de la estancia en que dormía la reina, para cantar salmos protestantes.

El domingo siguiente una multitud fanática hizo invasión en la capilla en que la Reina estaba oyendo misa, e interrumpió la sagrada ceremonia.

Renunció María Estuardo a oír misa en su palacio, resuelta a ser tolerante para desarmar a sus enemigos. Su tolerancia se juzgó debilidad, y no tardaron los protestantes en negarla la libertad de conciencia que ella había decretado. En los templos, en las calles, en todas partes se atacaba a la Reina. Se hizo necesario formar una guardia para su defensa. Se confió el mando al conde de Bothwell, hombre ambicioso, que juega, como ya veremos, un importantísimo papel en la accidentada vida de la reina sin ventura.

Acabó María Estuardo por comprender que para gobernar su reino turbulento, necesitaba la ayuda de un hombre, y se determinó a casarse.

No faltaban candidatos, pero la Reina, obedeciendo más a los dictados del corazón que a las razones políticas, eligió a su primo Enrique Stewart, lord Darnley, hijo del conde de Lennox.

Darnley era a la vez de la estirpe de los Estuardo y de los Tudor, pero la noticia del matrimonio

fué mal acogida en Escocia y en Inglaterra.

No tardó María en darse cuenta del error que había cometido al casarse con su primo, hombre sin ningún talento, depravado y ambicioso.

A los pocos meses de celebrada la boda, descubrió Darnley sus propósitos pidiendo a la Reina que le designara rey en propiedad y heredero del trono, aun en el caso de que ella muriese sin descendencia.

María se negó resueltamente.

El desairado se unió a los enemigos de su esposa, para arrojarla del trono.

Dispuso una emboscada ruin para dar muerte al secretario particular de la Reina, un italiano llamado David Rizzio, contra el que Darnley pretendía tener legítimos motivos de celos.

En las primeras horas de la noche del 9 de mayo de 1566, se puso a cenar la Reina, en compañía de la condesa de Argyll, Rizzio, el médico francés Bourgoing y Roberto Estuardo, hijo natural de Jacobo V.

Súbitamente se abrió una puerta secreta que conducía a una escalera privada.

Entró Darnley, a quien la Reina creía ausente de la ciudad. Se sentó al lado de su esposa y le preguntó con aparente interés por el estado de su salud.

Un instante después se alzó de nuevo el tapiz que cubría la puerta y apareció la imponente silueta

de Ruthven, cuya coraza de acero relucía en la penumbra.

—¿Qué desea?—le preguntó la Reina, poniéndose en pie y sorprendida de la inesperada aparición.

Ruthven respondió, siniestro, señalando con el dedo a Rizzio:

—Es preciso que salga al punto ese joven. Ha permanecido demasiado tiempo aquí y ha ultrajado vuestro honor.

—Está aquí por mi mandato—respondió la Reina.

Ruthven avanzó hacia Rizzio, al propio tiempo que entraban en la regia estancia Murray, hermano de la soberana y su enemigo, seguido de otros conjurados. En la escalera se oía el vocerío de algunos hombres armados.

—¡Judas!—gritó la Reina a su esposo.

Le rechazó con horror. Pero Darnley la sujetó violentamente por las muñecas y la mantuvo inmóvil, al propio tiempo que Ker de Falconside se atrevía a apoyar la punta de una daga en el pecho de la Reina.

Rizzio se juzgó perdido, y arrastrándose fué a refugiarse junto a María Estuardo.

El brutal Ruthven le separó, echándole un cordel al cuello, del que tiró con fiereza. Cayeron luego los conjurados sobre el infeliz secretario y le acribillaron a puñaladas. Herido con más de cincuenta golpes, desangrado y con las ropas hechas jirones le arrojaron con vio-

lencia a la escalera, por la que rodó pesadamente el cadáver.

En esta ocasión se mostró bien el verdadero carácter de la Reina. Mientras se cometía el asesinato, ultrajó con ira a los conjurados y trató con valentía de amparar a su secretario; pero cuando ya era inútil su coraje, comprendió bien que nada lograría con la violencia, y determinó recurrir al fingimiento y a la astucia.

A la mañana siguiente sorprendió a su esposo con su fingida resignación. Cuando Darnley creía encontrar una furia, se halló con las lágrimas de una mujer compungida, llena de ternura y de sumisión.

Merced a esta comedia, que presentó admirablemente, reconquistó en pocas horas el corazón de su esposo.

Dos días después, éste desautorizaba solemnemente a sus cómplices y ordenaba que fueran detenidos y encausados.

Ker de Falconside, que había osado amenazar a la Reina, fué ejecutado. Murray, el orgulloso y fiero Murray, tuvo que humillarse y suplicar perdón. Morton y Ruthven no encontraron su salvación sino en la huida.

Dos meses después María Estuardo daba a luz un hijo: el futuro Jacobo VI.

Seis meses más tarde, Darnley, despreciado de todos y abandonado por todos, enfermo en una casita



— ¡ Judas ! — gritó la Reina a su esposo.

aislada, volaba destrozado, con su refugio y con sus criados, mientras su esposa danzaba en un alegre baile de disfraces.

Un barril de pólvora, puesto secretamente en la cueva, provocó la explosión.

¿Quién fué el autor del atentado?

Toda la ciudad de Edimburgo declaró sin vacilar culpable al conde de Bothwell, y como cómplice e inspiradora del crimen a María.

La reina Isabel de Inglaterra se hizo eco de este rumor en una carta que dirigió a María Estuardo, instigándola a defender su honor.

Lejos de hacerlo, siguió María colmando a Bothwell de mercedes. Con escándalo de todos, iba con él de cacería y le invitaba a partidas de recreo.

Por cubrir las apariencias, se hizo un simulacro de proceso, del que Bothwell salió horro de culpa y más poderoso que antes de comparecer ante el tribunal, presidido por uno de sus amigos y ante el cual nadie se atrevió a presentarse como acusador.

A los doce días de declarada la inocencia del lord asesino, éste raptaba a la Reina en una cacería dispuesta para preparar el consentido rapto.

Cuando acudieron los soldados de la guardia real a libertar a la Reina, la complacida raptada les ordenó envainar las espadas, decla-

rando tranquila, que se sometía a la violencia.

Y tres meses después del atentado en que Darnley había hallado la muerte, casaba María Estuardo con el que la opinión pública seguía considerando como el asesino del rey consorte.

Un desafío tan escandaloso a la pública opinión no podía quedar sin castigo. Todos los nobles de Escocia se coaligaron, en un impulso de indignación, contra el lord aventurero.

En la primera batalla fueron vencidos los parciales de los reyes. Bothwell huyó a Dinamarca, y la Reina cayó en poder de los confederados.

Se la condujo cautiva a Edimburgo, donde fué recibida con gritos, insultos innobles y amenazas de muerte.

Fué encerrada en el castillo de Loch-Leven, donde Murray, nombrado regente del Reino, fué a persuadirla de la conveniencia de abdicar, amenazándola con procesarla para hacerla responder del asesinato de Darnley.

Pero María no había perdido la esperanza.

En su encierro, edificado sobre una roca, lejos del mundo, abandonada por todos, aquella mujer de veinticinco años supo encontrar en su extraordinario poder de seducción el modo de restablecer por un instante su fortuna infiel.

Insinuante, coqueta y pérfida,

supo inspirar al joven Jorge Douglas, hijo del lord Loch-Leven, una pasión fervorosa y tierna que le aseguraba una resuelta ayuda para sus proyectos de evasión.

Con la complicidad de un paje que quitó al lord guardián la llave, pudo salir la cautiva del castillo. Esperó la noche, y disfrazada de sirvienta, salió del castillo y entró en una barca que se utilizaba para llevar las provisiones.

A la mañana siguiente estaba en seguridad, luego de haber hecho una larga caminata a caballo, sin otra compañía que la del joven Douglas.

Desde el castillo de lord Hamilton hizo un llamamiento a sus partidarios, y tres días después estaba a la cabeza de un ejército de seis mil hombres. Ocho condes, nueve obispos, diez y ocho lores, doce abades y cerca de cien barones habían respondido a su llamamiento.

Dándose cuenta del peligro, se apresuró Murray a atacar a las fuerzas de la Reina, antes que adquirieran cohesión, y las derrotó por completo.

Temerosa María de caer en las manos de Murray, cometió la imprudencia de refugiarse en Inglaterra, pidiendo auxilio y amparo a su prima Isabel.

No tardó en ver la princesa fugitiva que donde buscaba un asilo se le daba una prisión.

Su poder de seducción, que tan-

tas veces la había salvado, sería esta vez ineficaz.

Isabel era más astuta comedianta que María, y en su duro corazón no hacían mella ni los alegatos razonables ni los ruegos.

Comenzó Isabel por encerrar a su prima, a la que escribió luego una carta en la que le declaraba que no se entrevistarían en tanto no se hallara justificada de la acusación que pesaba sobre ella de haber participado en el asesinato de su marido.

Para que la prisionera no se resistiese a comparecer ante los jueces, la hizo decir secretamente Isabel, que se la pondría en libertad aun en el caso de que se la declarase culpable.

Al mismo tiempo aseguraba a Murray que podía estar tranquilo, porque María Estuardo seguiría en la prisión, aun cuando lograrse probar su inculpabilidad.

La reina Isabel nombró el tribunal que debía juzgar a su prima. Murray compareció como principal acusador. Presentó como pruebas cartas de amor y sonetos que la acusada había escrito a Bothwell, antes y después de la muerte de Darnley.

Estos documentos probaban una pasión amorosa, que para nadie era un secreto, pero no la complicidad en el asesinato.

Los jueces no se atrevieron a condenar a María Estuardo ni a disgustar a la reina Isabel. Se

limitaron a abstenerse de fallar.

Este primer proceso de la reina de Escocia tuvo una consecuencia inesperada: el duque de Norfolk, uno de los jueces, se enamoró de María.

Determinado a salvarla, se puso en comunicación con los partidarios que tenía la prisionera en España, y trató de sublevar en su favor a los católicos de Inglaterra.

Quedó concertado un plan, en el que tomarían parte los ingleses ayudados por una escuadra española. El complot fué descubierto por haber sido interceptada y traducida una carta que el rey Felipe II dirigía a María Estuardo.

El infortunado Norfolk fué detenido y decapitado.

Los protestantes pidieron entonces con violencia que se sometiera a un nuevo juicio a María Estuardo.

La reina de Escocia mantuvo con altanería su derecho a procurarse la librase del injusto cautiverio en que se la tenía, en un país extranjero al que había llegado en busca de amparo.

Isabel pareció comprender la fuerza de estas razones, y no atendió a los que pedían el nuevo procesamiento.

Pero María Estuardo siguió conspirando para recobrar la libertad.

Los protestantes, partidarios de Isabel, acabaron por considerar a la reina de Escocia como una cau-

sa de intranquilidad y un peligro para su reino.

Isabel lo creyó también, e hizo votar al Parlamento dos leyes de excepción, en las que se condenaba con la pena de muerte a cuantos fueran declarados culpables de haber conspirado contra la vida de la soberana y "a los que resultaran favorecidos por estos complots, siempre que tuvieran conocimiento de ellos".

Este párrafo estaba evidentemente destinado a proporcionar el arma que permitiese librarse de la ya enojosa María Estuardo.

No tardó en presentarse el pretexto. Se comprobó que María seguía conspirando. El 5 de octubre se nombró el tribunal que debía juzgarla.

Tras muchas vacilaciones, se decidió que se hiciera el proceso en el castillo de Fotheringay, propiedad de la reina de Inglaterra.

En la primera sesión la acusada se negó tenazmente a responder a los jueces, pero comprendiendo que esta actitud agravaría su situación, manifestó en la sesión del siguiente día que consentía ser interrogada, pero sólo en lo que se refiriera a la falsa acusación de que había conspirado contra la vida de su prima, la reina de Inglaterra.

En todas las sesiones María Estuardo se defendió con indomable resolución, rechazando como falsas varias cartas que se la presentaron.



El verdugo mostró al pueblo la cabeza.

Pero sus palabras de protesta y sus razones fueron inútiles, porque el tribunal no se había reunido para juzgarla, sino para condenarla a muerte.

El procedimiento seguido era irregular; los jueces incompetentes y parciales.

Walter Scott escribe estas palabras severas:

“Las pruebas alegadas contra la reina de Escocia eran tales que no hubieran comprometido la vida del más vil de los criminales. Sin embargo, el tribunal tuvo la crueldad y la bajeza de declarar culpable a María Estuardo. El Parlamento de Inglaterra aprobó y ratificó esta inicua sentencia.”

El 7 de febrero del año 1587 se le notificó a la regia condenada que se iba a cumplir el terrible fallo.

María replicó con calma:

—Mi vida ha sido una sucesión de desventuras, y ahora me considero dichosa al ver que le place a Dios librarme de tantos males por manos de mis enemigos.

Protestó nuevamente de su inocencia, y pidió que se la dejara confesar con un sacerdote católico.

Se le negó este derecho, diciendo que era un favor que contrariaba las costumbres. Se le propuso la asistencia de un pastor protestante, que ella no quiso aceptar.

Preguntó a qué hora sería ejecutada.

Y cuando se le dijo que a las ocho de la mañana siguiente, pi-

dió papel para hacer su testamento.

Las últimas horas de su vida fueron enternecedoras y edificantes.

Cuando se le anunció que había llegado el terrible momento, bajó la cabeza y se dirigió a la puerta, seguida de sus criadas.

El verdugo se acercó a la desventurada para despojarla de las ropas que la cubrían el cuello, y María le rechazó suavemente diciendo:

—Lo haré yo sola. De esto entiendo más que usted.

La última sorpresa dolorosa fué darse cuenta de que se le iba a dar muerte con hacha, siendo privilegio de los nobles ser decapitados manos más delicadas.

El verdugo estaba ganado por la emoción, y tuvo que repetir tres veces el golpe.

Cuando cayó por fin la cabeza, la mostró el ejecutor al pueblo gritando según el uso:

—*God save the Queen Elisabeth!*

—¡De igual modo perezcan todos sus enemigos!—murmuró la multitud.

Así acabó su existencia, a los cuarenta y cuatro años de edad, María Estuardo, reina efímera de Francia y de Escocia. Su accidentada vida provocó grandes pasiones: amores que llegaron hasta el crimen y odios que inspiraron una venganza feroz e infame.

Ilustraciones de OCHOA

RAMON SE JUSTIFICA

Novela por

Juan Aguilar
Catena



I

“No tienes razón, Flora, no tienes razón. Comprendo que mis explicaciones han de parecerle inaceptables, que cuanto yo diga ha de tropezar en ti con un prejuicio lógico en apariencia, en realidad desprovisto de fundamento. Mas, aun a trueque de provocarte un enfado mayor, seguro como estoy de que no he de llevar a tu ánimo el convencimiento de que, en justicia, merezco un trato muy diferente del que me otorgas, por un prurito de sinceridad, de lealtad y de delicadeza cojo la pluma dispuesto a escribir cuanto sea necesario, no a mi defensa, que no la necesito, sino al desmoronamiento de ese castillo de naipes sobre el que has cons-

truido la graciosa torre de tu enfado.

Y como el método en todas las cosas es bueno, me someteré a él, estableciendo, primero, los antecedentes indiscutibles, los hechos para ti como para mí innegables.

La primera consignación ha de referirse, por lo tanto, a la iglesia de San José.

Es indudable que si tú no hubieses tenido la costumbre de ir a ella, probablemente, no nos hubiésemos encontrado nunca. Cierto que aun yendo, de no elegir la hora de las once para la misa del domingo, no nos hubiésemos visto en la mañana de uno de Abril alegre y esplendoroso. Seguro el que, aun viéndonos, de no ser tú, Flora, enloquecedoramente bonita, y yo hom-

bre dispuesto a enloquecer, nuestra relación se hubiese limitado a un cambio de miradas, a una superficial observación, y cuando más, ¡cuando más!, a un comentario que en ti y en mí hubiese tenido esta expresión:

—¡Bah! ¡No está mal!

Quedamos, pues, en que, San José, domingo, las once, tú que salías de la iglesia y yo que acababa de salir y esperaba no sé por qué, nos encontramos, nos vimos, me exalté y te dije al oído, pero en voz suficientemente alta, por el entusiasmo, para que lo oyera tu madre (luego me lo ha dicho):

—¿Dónde se mete usted, que desde que nací la estoy buscando sin encontrarla? Y eso que las señas son inconfundibles: ¡bonita, bonita, bonita...!

Tu madre se puso por medio y me alejé. Tú reías.

Y por Recoletos y la Castellana, un poquito alejado de ti, pero en la misma línea, cuando volvías la cabeza y me mirabas, seguía yo enumerándote las señas:

—¡Bonita, bonita, bonita!...

Y tú riendo.

Llegamos al Hipódromo, volvimos con el mismo juego y eran las dos dadas cuando te dejé en tu casa de la calle de Lagasca, no sabes tú con cuánto ni cuán dulce sacrificio por mi parte...

¿Estamos conformes en el primer hecho?

Diez días después — quisiera ser

exacto hasta en los más nimios detalles, — como premio a mis peregrinaciones, tras de ti mañana y tarde, y hasta alguna noche, te dignaste oírme en el Retiro una tontería que se parecía a ésta:

—; Si supiese usted qué largo se hace el tiempo en el Purgatorio! ; Si no fuese por la esperanza en el Paraíso!

Volviste a reír. Me animé. Y como tu mamá había quedado atrás, y tu amiga Marta, que te acompañaba, iba bien entretenida con su novio, me permití acordar mi paso al tuyo y preguntarte:

—¿Cuándo va usted a querer, Flora, que el pascante se convierta en pretendiente y el pretendiente en amigo?

Y aturdida, al parecer, me respondiste:

—Más adelante; pero ahora aléjese, se lo ruego; le puede ver mamá.

—¿Y se disgustaría?

—Es casi seguro.

—Consienta que me ampare en el casi. ¿Por qué ha de ofenderse? O ¿prefiere usted que me presente en su casa con solemnidad? El señor Moral, el notario, es muy amigo mío.

—¿Y cómo sabe usted que lo es nuestro?

—La voluntad y la suerte, que todo lo pueden. Diez días para una averiguación semejante, no es, precisamente, batir el record de los hallazgos. El miércoles, cuando salía-

mos de la Comedia — usted recordará que coincidimos allí, — el señor Moral las saludó al pasar, y luego se detuvo conmigo; es decir, me detuve con él, hasta el extremo de perderlas de vista, y Dios sabe lo que tardé en encontrarlas de nuevo. Menos mal que me sabía el camino. ¿Lo recuerda usted ahora?

—En efecto. Lo que no me explico es el interés que usted pone...

—¿En qué?

—En seguirnos de ese modo.

—En seguir a usted, sólo a usted. Y el caso es que yo... tampoco lo sé. Se me ha metido usted en el alma, no sé cómo ni por dónde, pero se me ha metido. Y ahí está usted disponiendo de mí a capricho, sin consultarme, sin guardarme la menor deferencia, como si mi voluntad fuese una cosa que la tuviese sin cuidado. Y el caso es que obedezco, que no pienso más que en verla, en seguirla, en encontrar por toda recompensa una mirada de las que usted me echa displicente, una sonrisa de tarde en tarde, de las que parece que se le escapan al descuido, y una conversación..., bueno, una conversación era el más loco de mis afanes. Y eso es todo.

—Exagera.

—¿Por quién quiere que le jure que no?

—No; no jure. Sobre todo tan pronto. Le creo a usted. Quiero creerle. Pero yo, ¿qué puedo hacer?

—¡Y me lo pregunta!

—Pues claro. Yo me imagino lo que usted desea; lo que no sé es hasta dónde puedo satisfacer el deseo de usted. ¿Sé yo quién es? No nos conocemos. Está expuesto a un gran desengaño conmigo, y yo, ¡no digamos...!

Concretemos. Logré acreditar cerca de ti, de ti solamente, mi personalidad. Mis credenciales debieron parecerle bastantes, por cuanto, no mucho después, me presentaste a Marta como "amigo tuyo". Marta me presentó a su novio. Y el novio de Marta, en aquella misma mañana, me presentó a tu mamá, con lo que se ahorró el tiempo y la molestia para el señor notario. Y yo tuve el honor de decir a tu madre, al despedirnos, oyéndolo tú y con complacencia que no disimulaste, e hiciste bien, porque no sabes qué alegría me dió.

—Señora, yo espero merecer de la bondad de usted que me permita acompañarlas algunas tardes y cultivar, con su auencia, la amistad con que hasta aquí me favoreció Florita.

Y tu madre me respondió — no lo olvidaré nunca — en mujer de mundo, amable y filosófica:

—Por mí no hay inconveniente, sobre todo si es sólo amistad.

Debí responderle y lo hice:

—Antes que yo pudiese aspirar a que fuera otra cosa solicitaría su aprobación y su consejo, señora.

¿Coincide tu versión con ésta que doy del segundo hecho?

Notorio es que a partir de este día juntos salimos todas las tardes a pasear unas veces, al teatro otras, completa y la tuya lo parecía. ¿Cómo olvidar los mil detalles de nuestras conversaciones incohe-



en alguna a paseo primero y al teatro después. Y no creo que tendrás que oponer reparo a la afirmación de que mi felicidad era

rentes al principio, tocadas de una dulce confianza después? ¿Cómo es posible que se vayan de mi memoria las presiones de nuestras ma-

nos al subir y bajar del tranvía, los contactos tenues que las butacas juntas en el teatro nos proporcionaban? ¿El cosquilleo sobre mi cara de tus cabellos, cuando los ojos en los ojos casi, queríamos decir con ellos lo que nuestros labios no acertaban a expresar? ¡Aquella noche en que, en la puerta de tu casa, te quitaste el guante para darme la mano desnuda en la despedida! ¡Aquella otra en que me diste el clavel que se marchitó sobre tu seno! ¿Y la que nos tuteamos por primera vez? ¿Y la en que escribiste en la arena con la contera de mi bastón: “¡Te quiero!” y lo borraste luego ruborosa, mientras huías mi mirada y buscabas refugio en la charla con tu madre, que no lo vió o hizo maravillosamente que no lo viera? ¡Y tantas y tantas! ¡Quién me dijera que habia de hacer semejante enumeración como quien escribe un inventario!

En la escala encantadora por la que ascendíamos dichosos hubimos de detenernos por... Iba a decir que por tu culpa. No lo digo porque quiero evitar a todo trance las discrepancias.

Tu amiga Marta, que salía con nosotros muy a menudo, nos notificó alegremente una tarde que había reñido con su novio. Tu madre se consternó y, no saliendo de su asombro, preguntó sorprendida:

—Pero, ¿es posible? ¿Qué le has hecho? La culpa es tuya, como

si lo viera, porque es un excelente muchacho. Haces mal, hija; haces mal en tirar por la ventana tan buen partido.

Marta aguantó sin replicar la reprimenda, y luego a ti y a mí nos explicó riendo:

—Muy bueno, sí, muy bueno. ¡Si lo sabré yo! Pero, soso, muy soso, ¡muy soso! ¡Si lo sabré yo! Es preferible, Ramón, que los hombres no sean ustedes tan buenos.

Y tú asentiste. Y yo, un poco picado, salí en defensa de la especie, singularizando:

—Es que yo no lo soy tanto, amiga Marta, ni muchísimo menos; y como yo hay muchos.

Cierto es que lo subrayé con la mirada y la sonrisa. Mas no lo es menos que tú, con las tuyas, me animabas a ello.

Aunque así no fuera. ¿Es que tiene la respuesta algo de particular? Creo yo que hay que tener en cuenta las circunstancias y que cualquiera otro, en mi lugar, hubiese dicho lo mismo.

Bien; ya sé que en esto no estamos conformes. Es nuestra primera diferencia. Hay que consignar que me has tratado por ella como si fuese la última. Para ti mi contestación era muy equívoca, muy poco considerada estando tú oyéndola, y muy a tono con la coquetería de tu amiga, muy en su plano, como algo más que una aquiescencia en sus teorías, como una promesa de colaboración en ellas y aun con ella.

¿Es esto o no sacar las cosas de juicio?

Yo creo que exagerabas; pero, en fin, vamos a suponer que tuvieras razón. ¿Es eso bastante para estar toda la tarde sin hacerme caso, tirándole indirectas a Marta y llegar a rehusarme, eso sí, con mucha habilidad, tu mano cuando nos despedíamos? ¿Qué hubieses tenido que decir si yo, sin otro propósito que el de corresponder a tu displicencia y castigarla, hubiera estado toda la tarde de charla con tu amiga en el tono y con las risas que le son peculiares? ¡Cuánto, y con qué razón entonces, no habrías tenido que contar!

Pasó lo de Marta. Confiesa que fué mío el milagro de que pasara. Yo te he de decir con toda sinceridad que es un milagro que me abochorna. Porque había de ser ella como la pintas, habría de tener el carácter atrabiliario que tú le supones, por su padecimiento al estómago; habría de proceder todo lo alocadamente que tú quisieras, y aun así no estuvo nunca justificado ni lo está que yo, por seguir tu humor o tu capricho, la desatendiera hasta el desdén y la desdeñase hasta la grosería.

Porque nada menos que grosero estuve con ella por tu persuasión. Marta tendrá de mí el deplorable concepto que merezco. Y no estoy satisfecho de mí mismo, porque mi debilidad contigo, llegando a tal punto, me avergüenza; porque no

debí olvidar en ningún momento mis obligaciones sociales, pidiéramelo quien me lo pidiese. Y lo he hecho por ti. ¡Y hablas de mi cariño!... Mas... Sigamos.

No volvió Marta a salir con nosotros, e hizo bien, desde aquella tarde que en el Retiro pasó a nuestro lado y nos hicimos los distraídos, después de haberla visto claramente y de estar convencida ella de que la viéramos. ¡Como que nuestras miradas se cruzaron! ¡Como que de no haberla visto, ¡oh, paradoja!, no podría pasar tan desapercibida! El caso es que no salió más. Y cuando nosotros vencimos la distancia, que por esta gran causa nos había separado, volvimos a la escala ascendente de la dicha, aunque de vez en vez nos mortificaba el recuerdo. Reconoce que siempre fué tuya la evocación. Inútiles mis palabras y mis razonamientos, baldías mis protestas. Para ti una belleza pícaro como la de Marta era lo más natural que me sedujese a las primeras de cambio, mucho más cuando tú no sabías disputarle en ese terreno — ni sabías ni querías, ¡cómo lo subrayabas! — absolutamente nada, ni mi cariño. Hubiera podido argüírte que esto era para ti menos que nada. Callé, y por mi silencio, por mi sacrificio, pude oír un día a tu madre:

—¿Veraneará usted con nosotras, Ramón?

Complacido, enajenado de que

contaseis conmigo, contesté presuroso:

—Ese es mi propósito; pero aún no me dijo Fiora adónde piensan ir.

—Estamos indecisos. Mi marido se inclina por Santander. Yo quisiera mejor Santurrarán. Es una playa más tranquila, más democrática.

Y añadiste incisiva:

—Y menos expuesta a encuentros desagradables.

Yo, ingenuamente, te pregunté:

—¿Es que va allí Marta?

Y aún me contestaste desabrida:

—Va a todas partes. A Santander también, pero cuando está muy adelantada la temporada. Primero va a Marmolejo a curarse esa enfermedad fantástica con la que excusa todas sus inconveniencias; después, a Ribadeo, de donde es la familia. Y luego a Santander. Algunos años hasta se permite la fantasía de decir que viene del extranjero. ¡Ya ves tú! Dinero no le falta, es la verdad; pero gusto y distinción e idiomas para salir de casa, sí.

¿Por qué te lo preguntaría yo? Pasé por la acidez de tu respuesta no sé si por egoísmo o porque me iba acostumbrando a ella; yo creo mejor que por lo primero; y tú y yo, Florita, devanamos durante muchos días el ensueño de nuestro verano juntos.

—Yo prehero Santurrarán — me decías; —y poco he de poder o logro que vayamos allí. Se está más

solos. Siempre al alcance de la voz cuando no juntos. Una playa tranquila y deliciosa. Ya verás.

Y yo la veía anticipadamente. Hasta jugué, en mi ilusión, con las arenas de aquella playa, imaginando que con ellas habría de resolver tus vacilaciones y las mías cuando alguna palabra nuestra de más cariño que las usuales se atravesase en nuestra garganta hasta que saliera.

Un día, en que tu mamá no nos acompañaba — saliste con las de Rojillo, ¿te acuerdas?, — me notificaste casi oficialmente:

—De una manera decidida vamos a Santurrarán; ¿te gusta?

Y yo te respondí:

—Me gustas tú.

—¿Seguimos de acuerdo en la enumeración?

El domingo 3 de Mayo, efeméride inolvidable, salisteis tarde. Según tu madre, porque hacía mucho calor. Según tú, porque tu mamá no tenía gana de salir y sólo por atención a mí se había decidido el sacrificio. Según yo — también tengo mi opinión sobre el asunto, — porque habíais tenido en casa la de San Quintín. Lo colegí por palabras que luego se os escaparon, porque el disgusto y la indignación no se podían domeñar tan perfectamente como vosotras hubieseis deseado. El caso es que por una de las tres versiones, o por las tres, me tuvisteis paseando por la acera de enfrente desde las cuatro, hora

en que estábamos citados, y en que yo llegué, hasta las siete menos cuarto.

El tabardillo que me pasé esperándote bien lo purgo hoy. Mas vamos al caso. Salisteis tarde, y todo lo hicimos al revés. En vez de entrar en el Retiro o tomar el tranvía para Rosales, según habíamos proyectado por la mañana, inconscientemente subimos por la calle de Alcalá, teniendo que sufrir los embates de la gente que salía apiñadamente de los toros. Quisimos tomar el tranvía para la Puerta del Sol, y no pudimos. Detuve un coche, y tu madre no quiso de ninguna manera entrar en él, a pesar de que me ofrecí a separarme de vosotras y reunirnos luego en Molinero para evitar los comentarios. Me molestó un poco la risa del cochero cuando lo despedí no bien lo había llamado.

Retrocedimos andando. Menos mal que tu madre, sin duda por gratitud a mi ofrecimiento, hizo lo posible porque nos animáramos y lo logró.

En la casa de Molinero respiramos tranquilos, como si hubiesen allí acabado nuestros trabajos y nuestras penas. Volvimos a los mismos. Y porque tú lo quisiste pedimos helado para ti y para mí, a pesar de los buenos consejos de tu madre. Y aún llevé mi afán de complacerte al extremo de tomar un helado de melocotón, que nunca me gustó.

No lo digo porque me lo agradezcas ni en encarecimiento de mis bondades para contigo; es que es así y estoy en la narración de los hechos indubitables. Y está fuera de toda duda que no me gusta el melocotón.

Cuando nos íbamos a separar me quejé ante ti y tu madre de unas molestias que sufría en el vientre. Yo creía que eran en el vientre. Tu madre me aconsejó que fuera a mi casa y me aplicase una bayeta bien caliente. Un sabio consejo que iba decidido a poner en práctica cuando nos separamos; pero en el camino, las molestias se convirtieron en dolor agudísimo e insufrible. No cené. Las bayetas no me consolaron. Un te que me hizo la patrona no logró resultado mejor. A las diez me metí en la cama, creyendo morir. A las once me revolcaba en el lecho como un desesperado. A las once y media pensé seriamente en suicidarme. A las doce menos cuarto vino un médico que habían llamado a las diez. El buen doctor — ¡nunca como entonces me parecieron buenos los doctores! ¡Cuántas reparaciones debo a esta raza escogida! — me pulsó, me tanteó, me preguntó cuanto creyó preciso, y le respondí lo mejor que pude.

—Es un cólico — diagnosticó sin entrar en más explicaciones. Y añadió: — Preparen en seguida una taza de café bien reconcentrado y

tráiganme un infernillo con un cazo y agua.

Mientras aportaban todo lo pedido se dedicó a consolarme.

—No se apure, que esto no tiene

llevaba a prevención, absorbió por aspiración del émbolo de la jeringa el líquido que la ampolla contenía y esperó a que trajeran el café.

Cuando éste estuvo me lo hizo



importancia. Un poco molesto sí es; pero las molestias van a cesar en seguida.

Y como yo le expresara mis dudas, me repitió con pasmosa, con santa seguridad:

—En seguida, se lo aseguro.

Hirvió el agua. En ella una jeringuilla que extrajo de su cartera. La secó luego. Enchufó la aguja. Rompió una ampolla que también

tomar y en seguida me descubrí el brazo y me pinchó. Luego se dignó explicarme:

—Es morfina. Y le he hecho tomar el café para evitar el vómito que casi siempre produce en los que no están acostumbrados a sus efectos. Mañana dos onzas de aceite de ricino, y ¡curado!

Elocuentísimo el doctor. Le di la mano reconocido y esperé los efec-

tos de la medicación. A poco noté que me disminuía el dolor o, por lo menos, que lo sentía con atenuaciones felicísimas. Después observé que me pesaban los párpados, que me dominaba una propensión al sueño, pero un sueño tranquilo, inefable. Y no pude hacer más observaciones, porque, efectivamente, Flora, me dormí.

Con fe ciega, y sin salir del todo del sopor en que la morfina me sumergiera, tomé al día siguiente el aceite de ricino. Cuando desperté al mediodía me sentía completamente bueno y dispuesto a contarte verbalmente todas mis pasadas agonías. La patrona creyó del caso darme algún alimento. Un poco de caldo, una poca merluza y un poco de gallina. Todo bueno. Pues estos tres pocos buenos me produjeron un nuevo cólico. Hice que avisaran a mi médico. Vino. Y me confirmó que eran cólicos, según el aviso de su colega, pero cólicos hepáticos. Me señaló un régimen, una medicación y se fué.

¿A qué insistir? Durante quince días estuve postrado, malísimo, a juzgar por lo que padecí. Mi médico suprimió la morfina y acudió a un medicamento similar: el pantopón. Creo que se escribe así, aunque no estoy muy seguro de si le falta alguna hache. Luego creo recordar que entró en funciones la coleína, una cosa absolutamente desagradable. Y, por fin, al darme de alta se me hizo esta indicación:

“A últimos de este mes o primeros del que viene debe usted ir a Marmolejo. Tomar las aguas veintidós días y no abandonar, sino muy lentamente, el régimen de alimentación que hasta aquí lleva. Es usted joven, y si no hace locuras, se curará perfectamente.”

—¡Locuras! ¡Con los dolores que yo he pasado! No a Marmolejo, a la China voy yo por las aguas reductoras—le repliqué.

Yo creía que esto no tenía nada de particular. Estaba, por lo visto, en un error. Tú hiciste lo posible por quitarme la venda de los ojos.

—¡Marmolejo! ¿Quién conoce ese pueblo? Cestona, Guitiriz, Fontibere..., pero ¡Marmolejo!

A mí no me había hecho nada bueno ni malo Marmolejo, y me chocaba tu particular resentimiento con la localidad. Pero mi asombro subió de punto cuando me preguntaste:

—¿Irás?

—Claro que iré.

—¿Y en la primera quincena de Junio?

—En la primera quincena. ¡No faltaba más!—Y aún recuerdo que te añadí—Es mejor, porque cuanto antes despache, antes me incorporo a ti.

Y no hablamos más del asunto ni yo creía que hiciese falta. ¡Dios sabe cómo agradecí todas las pequeñas atenciones de tu madre al convaleciente! ¡Con qué emoción te bendije por los mimos tuyos de no-

via ideal, más novia que nunca! ¿Cómo podía esperar lo que después acaeció?

El 23 de Junio me dijiste, sin dar importancia a la cosa:

—Anoche pregunté a un médico eminente que va a casa si eran buenas las aguas de Marmolejo.

—¿Y qué te contestó?

—Que no eran malas, pero que él prefería en sus indicaciones las de Cestona.

—Claro. Cada médico tendrá sus preferencias.

—Es que el tuyo las tiene muy chocantes.

—Es posible; pero como da la casualidad de que es el mío el que me ha curado...

—Haz lo que quieras.

¿Qué nube obscureció tu pensamiento? ¿En qué pudo arraigar una resolución como la tuya?

Al despedirnos me preguntaste de nuevo con un acento solemne:

—¿No desistes del viaje a las aguas? ¿A esas aguas?—¡Con qué tono más despectivo!

—Nunca, hija; nunca.

—Está bien. Hasta mañana.

Sin darme la mano corriste por la escalera. En el descansillo no volviste la cabeza para mirarme, como todas las noches. Me quedé desconcertado y resuelto a aclararlo todo al día siguiente. ¿No me habías tú dicho "hasta mañana"?

Mas al día siguiente recibí tu carta, que conservo y aduzco como prueba documental. Dice así:

"Estimado Ramón: Considero que debes curarte y deseo que recuperes en absoluto la salud perdida; pero al mismo tiempo estimo que tu manera de apreciar las cosas es incompatible con la mía. Así, pues, por mi parte doy por terminada nuestra relación, quedando tuya afectísima amiga —*Flora*.

P.-S. — No te molestes en intentar convencerme, porque esta vez no lo lograrás. Estoy muy resuelta.

Como coincidirás en las aguas con Marta, celebraré que te diviertas mucho en su compañía."

¡Acabáramos! Yo, que maldito si me acordaba de Marta, encontré en su nombre, escrito por ti, la clave de todos los enigmas.

¡Celos!—me dije.—Y me prometí convencerme. Pero...

Como no quiero abrumarte con mi epístola, que ya tiene lo suyo, hago punto y mañana continuaré, despidiéndome, mientras tanto, como tu afectísimo amigo—*Ramón*."

II

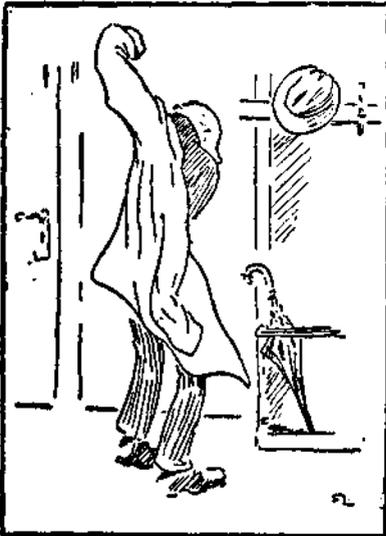
Quedábamos ayer, si no recuerdo mal, amiga estimadísima, en que yo me sentía dispuesto a convencerte de tu sinrazón, a pesar de tu anticipado desahucio. Porque yo me decía: Si es verdad que me quiere, y no lo dudo, ¿cómo es posible que resista a la voz de su corazón apenas pase la ofuscación ligera del enfado?

En tal creencia volví a la calle



TODO POR EL ESPOSO

La señora Twigs (que se ha pasado veinte minutos contándole a su amiga infinidad de tonterías y chismes de barrio). — Bueno, señora Brown..., me voy porque estoy un poco apurada; tengo que llevar al soldador a casa para que arregle el caño del agua... Mi marido se quedó tapando el agujero con un dedo, para que no se nos inunde la casa...



DISTRACCIÓN

—Yo no sé lo que me pasa... Cada vez que vengo a un restaurante me confundo de sobretodo..., hasta cuando no lo he traído...

de Lagasca y paseé incansablemente, esperando el momento propicio para verte y hablarte. El instante anhelado, por más que espíe tus balcones, por más que pretendí avizorar tras los visillos tus ojos, que suponía me mirasen alternativamente con simpatía y con rencor, no se presentó. Todo fué inútil. Tu portera se mostró inexpugnable. Tu doncella, inaccesible. Mis cartas, que fueron cursadas en última instancia por correo interior, quedaron sin respuesta. ¿Puedes oponer algo a la veracidad de estos hechos?

Así llegó el día primero de Junio. Descorazonado, tristísimo, dándome irrevocablemente por vencido, pensé en la necesidad de mi viaje, y lo maldije, porque él y sólo él era la causa de todos mis pesares. Resolví marcharme sin esperar más tramitaciones ni alimentar más esperanzas. Y a las nueve, en el correo de Andalucía, salí de Madrid con destino a este pueblo, que ignoraba en absoluto y que miraba de antemano con antipatía por todas las causas que ya quedaron enumeradas.

¿Qué decirte del trayecto largo, interminable, para quien lo pasa en vela, preocupado, doliente? Ni las gracias de un viajante valenciano, que hacían reír hasta desternillarse a los demás compañeros de coche, ni las bondades de una niña morrena como tú, aunque no tan linda, que se dignó mirarme con una in-

sistencia que en otros momentos hubiese labrado mi dicha, bastaron a sacarme del estado de aniquilamiento en que me encontraba. Y si así fué al principio de la noche, donde todas las cordialidades son posibles, ¿qué no sería cuando a la una de la mañana el que no dormía hacía lo posible por aparentarlo, esperando que por una vez las apariencias y las realidades tuviesen una próxima conjunción?

El amanecer me sorprendió con sus rigores no más dormido que empezara el viaje. El maravilloso espectáculo de Despeñaperros me distrajo un poco.

Después, nada. Cansancio, frío, aburrimiento. Y así llegué a Marmolejo, en donde, como es natural, nadie me esperaba.

De entre el conjunto de nombres de hoteles que me fueron disparados a quemarropa por agentes entusiastas, escogí aquel que más se avenía con mis recuerdos. Me pareció que la voz que gritaba "Hotel Madrid" sobresalía sobre todas. Me decidí por él. Y como no llevaba más equipaje que mi maleta y no hubo otro viajero que me acompañara en la elección, pocos instantes después, en un vis a vis un poco desvencijado, pero que olía a aristocracia, recorrí los dos o tres kilómetros que separan la estación del pueblo.

En el hotel me informé de los requisitos a llenar para que mi propósito se realizara, y no bien ase-



PREVISIÓN

La mujer (visitando con su marido el terreno donde se proyecta levantar la casa). — Oye, querido... ¿Dónde te parece que quedará mejor el guardarropa?... ¿Aquí o allí?...



INDICIO SEGURO

—¿Y, qué tal? ¿Se divierte tu familia en la playa veraniega?

—¡Oh, sí! ¡Mucho! No recibo carta desde hace un mes.

do me encaminé a casa del médico de las aguas, obligación, según me dijeron y luego pude observar, si no del todo indispensable, desde luego absolutamente ineludible.

¿Tengo yo acaso la culpa de que la primera persona que viesse al entrar fuese a Marta? Te aseguro que ella estaba tan lejos de verme aparecer como yo de encontrarla. El saludo era inexcusable. Me senté a su lado, y en seguida me presentó a su mamá, una señora simpática y discretísima, a la que de seguro tú conoces. Sospecho que cualquiera que sea tu estado de ánimo respecto de la hija, y tengo algún motivo para suponerlo, no llevarás tu rencor a las otras generaciones hasta el extremo de negar lo que es de absoluta justicia.

Y charlamos. Primeramente de mi enfermedad. Tuve que explicar con todo género de detalles lo que me acaeciera. Después de la suya; Marta me contó las molestias que antiguamente padeciera, cómo ella atribuía a la bondad de las aguas su absoluta mejoría y cómo venía a ellas todos los años, mitad por precaución, mitad por gratitud.

Me preguntó por ti. Yo respondí vagamente, porque no me hacía gracia el relato de lo ocurrido. Y aquí hubiese terminado todo si no diese la casualidad de que los agüistas abundan de un modo alarmante para la Humanidad y aquí se sigue un riguroso turno. Hubo, pues, tiempo para hablar de muchas

naderías y de enterarme que ella había venido el día anterior y no se presentó a la consulta para descansar cómodamente. Del pasado ni ella hizo la menor alusión, ni yo resucité, evocándolo, lo que tan poco me favorecía.

A Marta le tocó el turno antes que a mí y nos despedimos hasta la tarde.

—En el manantial nos encontraremos—me aseguró.

—Y yo seré muy feliz con ello —le respondí cortésmente.

Bien sabe Dios que pensé que si tú lo oyeras darías a frases tan triviales una importancia trascendente.

El doctor, un viejecito sabio, simpático y amabilísimo, cuando me llegó el turno me oyó atentamente. Tomó nota de mi nombre. De mi padecimiento. Del médico que me había recomendado las aguas. Del régimen de alimentación seguido hasta aquí, y me dijo:

—Puede usted comer algunas cosas de las que le han sido prohibidas. El tomate, por ejemplo. No tomándolo en grandes cantidades no es peligroso. Las legumbres también puede probarlas. Absténgase como hasta aquí de la caza, de los sesos, de la yema del huevo, de la carne de cerdo, del café... De lo demás, no; pero con prudencia, ¿eh? En cuanto a las aguas, va a tomar estos primeros días tres vasos por la mañana y tres por la tarde. Después, cuatro. Luego, cin-

co. Al principio los espacia de veinte en veinte minutos; luego, de quince en quince; después, de diez en diez. Y claro es que si siente alguna molestia se apresurará a venir a decírmelo. Yo espero que no. Es usted joven, fuerte. No, seguramente no. Y, además, yo deseo que venga como amigo siempre que quiera; pero como cliente basta con esta primera visita.

Después me dió un certificado, que me dijo era preciso presentar en la Administración, le pagué sus honorarios y me despedí de él encantado de sus bondades, de sus augurios y de sus licencias.

Me fui al hotel, comí, me eché a dormir y dí orden de que me despertasen cuando fuese la hora oportuna para las aguas.

—A las cuatro sale el primer tranvía—me dijeron.

Y, en efecto, después de tres horas de sueño reparador, me desperté, no porque me llamaran, sino por el ruido de los tranvías, que desfilaban debajo de mi alcoba.

Me vestí, me arreglé un poco y aun tuve tiempo para coger el tranvía número seis de los que salían a dicha hora. Un tranvía de mulas que se diferencia de los de Madrid, además de por la tracción, por lo campechano y humilde de sus cobradores y por la familiaridad que se establece en seguida entre los viajeros, compañeros de coche y casi siempre de mal.

Observé que me miraban con cu-

riosidad. Una señora, al fin, no pudo contenerse y me preguntó:

—¿Es usted el enfermo?

—Yo, señora. ¿Le extraña?

—Afortunadamente para usted, tiene cara de no estar muy grave.

—¿Eso se conoce en la cara?

—Aquí, sí. Casi todas las afecciones que vienen a curarse a estas aguas se denuncian en el semblante... El estómago, el hígado, los riñones... Fíjese y verá. Casi todos están pálidos, amarillentos, tristes. Las caras alegres que vea usted puede asegurar que son de saludables que vinieron acompañando a alguien o de curados ya, que reinciden por miedo o por devoción. ¿Usted ha llegado hoy, verdad?

—Verdad, señora.

—Pues cuando lleve más días lo notará como yo y como todos. Por el color de la cara se conocen muchas veces los recién llegados. Y luego, conforme van pasando los días, mejoran de todo, y con todo, del color.

—¿No será también que se acostumbra la vista a ellos?

—Algo influye, no crea usted. Pero lo general es lo que le digo. Hay algunas excepciones. Las de los que no mejoran. Y esos, crea que ofrecen un lamentable espectáculo. ¿Usted es bilioso?

—Bilioso, sí, señora.

—Mi hermana, que es por la que yo vengo, también. Salió en el primer tranvía, y voy a reunirme a ella. El pueblo, ya verá, es un poco

aburrido. En cambio, el Parque es delicioso. Como aquí vienen ustedes a curarse y no a divertirse... ¿Conoce a alguien aquí?

—Sí, tengo algunos amigos—dije, para contestar algo.

—¿Del pueblo?

—No; forasteros.

—¿Llegaron con usted?

—Sí, al mismo tiempo.

—Le preguntaba por si los conocía yo. Como es el tercer año que venimos, casi todos sabemos quiénes somos.

Y no sé hasta dónde hubiera preguntado la señora de no llegar al Parque.

—No está lejos—dije para mí.

Ella lo recogió en seguida y me contestó:

—Unos tres kilómetros. Muchos vienen o van andando. El ejercicio es una cosa que conviene. Y el paseo, aunque no muy animado, como habrá visto, es higiénico.

Luego bondadosamente me añadió:

—Ésa casa es la de la Administración. Ahí es donde tiene que pagar los derechos y recoger el permiso que luego le pedirán.

Le dí las gracias y me separé de ella. Pagué los derechos, recogí la autorización y me incorporé a la gente que descendía por el Parque camino del manantial.

Sobre el Guadalquivir, en el mismo lecho del río, junto a los ojos de un puente romano, al margen

de la corriente, que en la época estival se encoge y empobrece, está el manantial y una amplia avenida poblada de bancos que lleva hasta él.

Creo innecesario decirte que los bancos son asaltados por los aguistas y sus acompañantes en tren de hacer tiempo de vaso a vaso y que desde ellos se examina y asaetea a cada uno de los que van llegando o de los que van saliendo. Algunos hacen ejercicio por el Parque en los veinte, en los quince o en los diez minutos libres. Otros se pierden tras los ojos del puente, entre las malezas, pisando la arena movediza hecha para el peso suave, el desliz prodigioso de las aguas y no para la gravedad del hombre o la agudeza inverosímil de esos zapatitos de mujer, sobre los que gravita a veces un peso no muy en consonancia con la feminidad.

Exhibí el permiso a un empleado que, gorra en mano, me lo solicitó. Descendí unos diez o doce escalones, y me vi rodeado de gentes de toda condición que pugnaban por aproximarse a una cerca rectangular, desde la que se alzaba el agua.

Aproveché un claro y me aproximé. Tendí mi vaso que en la Avenida, y por consejo del empleado, comprara, y una doncellita, vestida de negro, con un delantal blanco, limpio y coquetón, cuidadosamente peinada, y con un clavel en el moño, lo recogió con una mano, mientras con la otra sacaba del manantial un

cazo lleno de agua, que vertió en canzar el agua en un trabajo im-
mi vaso. probo, realizado con la sonrisa en



Asombrosa la gentileza y la habilidad de la muchacha, obligada a constantes genuflexiones para al-

los labios, el agrado en los ojos, la gracilidad sencilla y humilde en los movimientos.

Con el vaso lleno me retiré a beberlo despaciosamente, como todo el mundo. Por su medio iba cuando sentí la voz de Marta, que me decía a mi espalda:

—Que siente bien.

—Muchas gracias—le respondí, interrumpiendo la faena.

Luego acabé de beber y me incorporé a ella.

—Se ha dormido usted.

—Es verdad que me dormí un poco; pero no creí que fuera preciso venir antes.

—Tanto como preciso, no; hay que tener hecha la digestión para empezar a beber; pero si viera usted qué delicioso está el Parque después de comer. Yo vengo en cuanto acabo. Paseo, y cuando es mi hora, me acerco. Usted ha venido después y ha empezado antes.

—¿Usted aun no?

—Esperaba a que la gente dejase esto un poco libre.

—Déjeme su vaso—la dije.

Me lo dió. Me acerqué de nuevo a la cerca e hice que lo llenaran. Con él volví a Marta, que me agradeció mucho la atención. Luego juntos y solos salimos por la Avenida. La mamá se había quedado de charla con otras señoras.

Como las gentes nos miraban, Marta me dijo:

—Somos durante veinticuatro horas la actualidad. Usted más que yo, porque a mí me conocen muchos.

Y, en efecto, mientras íbamos

por la Avenida tuve que responder a unos cuantos saludos que se dirigían a ella.

—Lo que les chocará será verme acompañada.

—¿No es la costumbre?

—En mí, no. Y aquí, y solos, menos.

—Pues aquí es donde me explico yo que vayamos solos. No creo que haya el menor peligro.

—Pues es al revés. Eso es lo que se presta a los comentarios. Aseguraría que a nuestra cuenta ya se han hecho algunos.

—Me supondrán su hermano.

—Saben que no los tengo.

—Su marido.

—¡Por Dios, no corre usted poco!

—Su novio.

—Eso sí.

—Pues vamos a tener que darles la razón, sobre todo mientras duren las aguas.

—¿Y por qué mientras duren?

—Porque sospecho que después no va usted a querer.

—¡El adivino! ¿Usted qué sabe? Además, la que no querría sería Florita. Y con razón. Un novio así no se encuentra todos los días.

Pura broma, como puedes comprender. Claro es que la seguí, porque supongo que te harás cargo de que no cabía hacer otra cosa. Y así de cosas sin importancia estuvimos charlando toda la tarde.

—¿Dónde para usted?—me preguntó.

—En el Madrid.



BUENA RESPUESTA

—Ese muchacho prolonga cada vez más sus visitas de la noche... ¿Qué dice tu mamá de este abuso?

—Mamá dice que los novios de ahora tienen las mismas costumbres que los de su juventud.



LA AMANTÍSIMA ESPOSA

—Cuando su esposo se tiró por el balcón, ¿no hizo usted nada para detenerle?

—Sí; bajé a toda prisa al principal, pero ya había pasado el infeliz.



PRESENCIA DE ÁNIMO

Ella. — ¡Dí si no es para estar orgulloso de mí!... Si no hubiera sido por mi rápida maniobra, matamos a ese pobre conejito.

—Pica usted muy alto.

—No sabía donde picar. Como era la primera vez. Para otra iré donde usted. Si es que no venimos juntos y usted viene adonde yo.

Rió. No podía ser otra cosa, dado el género infantil de la broma. Luego me dijo:

—Nosotras estamos en las Cuatro Naciones. Para esta noche no le digo nada. Pero mañana vendrá a que charlemos un rato después de cenar, ¿verdad? Hay algo de tertulia, y de música, y hasta su poquito de baile, y no se pasa mal.

El tranvía me dejó en la misma puerta del hotel. Subí directamente al comedor. Cené. Entré en mi cuarto y te escribí, pidiéndote por última vez rectificases. Nunca te he escrito una carta tan larga. Jamás creo que mis palabras hayan respondido mejor a los deseos de mi corazón. Luego, tranquilo, confiado y esperanzado, me acosté y me dormí.

A las seis de la mañana del día siguiente me despertó el ajeteo de los tranvías. Me extrañó que comenzasen el servicio tan temprano y pensé en continuar durmiendo, pero no pude. Era su ruido y su molestia superior a las fuerzas de mi voluntad. El mercado, que se hacía en aquellos momentos en la plaza próxima, contribuía también a desvelarme. Opté por vestirme, y salí. Pregunté a un camarero:

—¿Es que es hora para las aguas?

—Sí, señor. Casi todo el mundo va para tomarla en ayunas. Luego, a las ocho o a las nueve, vienen a desayunar.

Me quedé indeciso; pero ¿qué haría si no hasta las ocho o las nueve de la mañana en que pudiese bajar con el segundo turno?

Resolví echarme al bolsillo unas galletas que había llevado para el viaje, con propósito de quedarme paseando después de tomar el agua si la temperatura animaba a ello. Y a pie, pero siguiendo la línea del tranvía, me dirigí al Parque.

Por segunda vez en cuarenta y ocho horas vi amanecer, cosa que me estaba vedada hacía muchos años, por mi pereza. Los primeros rayos de sol me alcanzaron cerca de una ermita, antiquísima, según reza una inscripción, pero que se dijera fruto de moderna e ignorante albañilería. Una pobre víctima sin duda de esas reparaciones que surgen alguna vez en el caletre de ciertos alcaldes, para los que, lo que no está enjalbegado recientemente es viejo, y para los que lo viejo carece absolutamente de valor.

Entré en la ermita gracias a la bondad de una mujer que salió no sé por dónde. Es pequeño aquel lugar de oración; tan pequeño, que apenas si alcanza las dimensiones de un zaguán de esas casillas humildes y uniformes que se hacen para los peones camineros. Dentro no hay sino una imagen de la Virgen y muchos ex votos.

Por su soledad, se halla en pleno campo; por su sencillez, por el recogimiento tibio confortable y puro que allí se respira, invita a orar. Yo recé piadosamente, sin que mi oración se viese turbada por ninguno de los rumores del mundo.

Cuando salí de allí, a los diez minutos, encontré gentes del pueblo que venían ya del manantial y que sin duda madrugaron inverosímilmente. Ellos me saludaban y yo contestaba con cordialidad.

Así llegué al Parque. Me acerqué al manantial, y honradamente te digo que como no vi a Marta, volví mis pasos hasta el apeadero de los tranvías, y allí pasé, esperando que llegara nuestra amiga, decidido esta vez a acoplar mis pasos a los suyos.

Como tardaba, pensé:

—Seguramente viene desayunada a pasar la mañana en el Parque de sus simpatías. Y como con el pensamiento se acordaba una ligera inquietud del estómago, me comí las galletas que llevara de provisión, y aun me parecieron pocas, a pesar de que cargué la mano acaso más de lo que me conviniera.

Una temperatura deliciosa, un sol amable y acariciador, me hicieron considerarme feliz en un banco, en que deploré la ausencia de un libro y en que a falta de él me dí a recorrer las páginas de nuestro pasado, por ti truncado de una manera definitiva.

—¿Se dignará contestar siquiera a mi carta?—pensé.

Te digo con toda sinceridad que no lo esperaba. En el poco tiempo que hemos estado en relaciones he creído poder formarme una idea exacta de tu carácter inflexible en ciertos puntos de vista.

Acaso me equivoco al juzgar que sin la intervención de Marta nada de lo ocurrido hubiese tenido importancia a tus ojos, aun tratándose de otra mujer. No es que yo te crea envidiosa de nuestra amiga. ¡Dios me libre de ofenderte!, no; es que yo creo que no es de ahora ni por mí el antagonismo, sino que nació mucho antes de que me conocieras y se mantenía latente entre esos modos sociales que todo lo encubren, entre esa hojarasca de la cortesía, a veces molesta, pero imprescindible si se quieren velar ciertas desnudeces.

Con ella es imposible la reanudación—me dije.—Y en el acto pensé: Y pensar en anudar con Marta los lazos que con Flora se rompieron, ¿no es la más absurda de las aspiraciones? No por otra cosa, sino precisamente por el antagonismo señalado. Porque ¿cómo aceptará Marta lo que Flora no quiere? Y sin desdén, con absoluta justicia, socialmente, vale tanto como Flora, y Flora vale tanto como Marta. En punto a belleza. En punto a posición. En cuanto a elegancia. En cuanto a buen gusto. Diferis, ¿qué duda cabe?, en los caracteres, en los tipos. Tú eres seria y solemne, y Marta de puro reidora

parece como alocada. Tú eres morena y opulenta, de una belleza oriental y trágica y enloquecedora. Enloquecedora, esa es la palabra. ¿No te lo dije un día? Y Marta es fina y flexible, y rubia, y suave, y el azul de sus ojos es un lago en que se pasean plácidamente, traviesamente a veces, pero siempre niñas e infantiles las pupilas claras. Acaso es más peligrosa que tú; desde luego tiene menos aristas, es menos rectilínea, menos acusada.

Después de todo, ¿qué podría hacer? Tú me rechazabas arisicamente. Ella me acogía bondadosa con un generoso perdón en su risa, con una franca cordialidad en sus ojos. No era yo el que elegía, sino tú, mostrándome el camino a seguir. Y terminé la primera serie de mis meditaciones con una resolución sin palabras, pero que, de tenerlas, serían éstas:

—Espero tranquilamente cuatro o cinco días la respuesta de Flora. Si no me contesta, ya sé que me repudia sin apelación. Al sexto día daré por terminada la espera. Al séptimo empezaré seriamente el cerco de Marta. Y mientras tanto...

Ahí vacilaba mi resolución; pero una voz interior me decía: ¿Haras un infierno de tu vida en esos seis días, cuando tan honestamente puedes quedarte en el Purgatorio? Alternas con Marta, ríe con ella, charla a tu placer, ¿con quién te entretendrás si no? Todo quiere decir que esperarás andando y harás



DESAMOR

—¿No sabes? Ese imbécil de Gastón se ha hecho atrás. Ha rehusado mi mano.

—Sí; es un muchacho a quien siempre le han gustado las mujeres.



¡VAYA MECANÓGRAFA!

El director. — ¿Qué hizo usted durante todo el día, señorita?

La nueva dactilógrafa. — Escribí la carta que usted me dictó esta mañana, señor.

— ¡Ah! Creí que la había bordado, por lo menos.



SINCERIDAD

—Debes procurar progresar más en francés, hija mía.

—Sí, mamita; estoy deseando poderle decir en francés a la institutriz lo que de ella pienso en castellano.



ABSURDO GEOMÉTRICO

—Ruego a usted que se tome la molestia de sentarse.

bien, porque ¿quién te asegura que cuando quieras caminar no irás tan rezagado, si no lo haces así, que te sea imposible alcanzar la dicha que desdijiste cuando pasó a tu lado?

Y como la objeción tenía un gran peso, para aligerarme de él, me levanté decidido a pasear un rato, aireándolo, pero en aquel momento llegaba un tranvía, y en el tranvía Marta.

—No le hacía yo tan madrugador, y menos después de un viaje.

—Ya ve usted, los cuidados, que no me dejan — la dije, riéndome, mientras estrechaba su mano.

—¿Y ya empezó?

—¡ Oh, no! Vine decidido a esperarla. No me quiso usted decir ayer qué régimen seguía por las mañanas...

—Que lo olvidé. Desayuno antes de salir. Paseo por el Parque un par de horas, y antes de que el sol empiece a picar comienzo a beber. Así, cuando el calor puede molestar, yo estoy en el pueblo de vuelta. Pero qué, ¿es que no durmió?

—Como un bendito; pero desde las diez hasta las seis hay tiempo sobrado de saciarse.

—¿Sobrado y todo? Yo creí que en Madrid era usted más dormilón.

—Más y menos, según se presenta. Allí se acuesta uno más tarde; pero no es eso. Es que allí los timbres de los tranvías son una cosa tolerable. Y aquí el chasquido de los látigos, los collarones de las mulas, las voces con que se las es-

tinula, forman un desconcierto bastante para despertar a un fumador de opio.

—Inconvenientes de elegir los grandes hoteles que dan a calles principales.

—¿El de usted no?

—El mío también; pero nuestras habitaciones dan a las callejas de detrás. ¿Ha recorrido usted el Parque?

—No me he movido de este banco. No he querido perder un minuto de su presencia ni un segundo de su conversación.

—Menos mal que tiene usted un despertar humorístico. Venga por acá. Daremos la vuelta completa. Aunque es larga, tenemos tiempo. Pero espere, que mamá quedó rezagada.

Cuando se nos incorporó, Marta la dijo:

—Vamos a dar la vuelta completa al Parque. ¿Te animas a acompañarnos?

—No. Yo, no. Ramón me perdonará; pero es superior a mis fuerzas. Ustedes, que tienen los pies jóvenes, pueden hacerlo perfectamente.

—¿Los pies nada más, mamá?

—Los pies más jóvenes que lo demás, porque, fíjate, por dónde se empieza a envejecer.

—¿Por dónde?

—Por la cabeza, hija, por la cabeza. Lo que más se gasta.

—¿Cómo las de los fósforos cuando se frota?

—Igual.

—¿Entonces nos esperas en la Avenida?

—En la Avenida o en el manantial. Donde el sol me trate mejor.

—¿Quieres quedarte con los vasos?

—¿Por qué no?

Marta le dió el suyo e hizo que yo le diese el mío también.

—¡Por Dios, señora!

—¡Si no es molestia!

Marta y yo caminamos ligeramente.

Es hermoso el Parque, aunque se encuentra muy abandonado. Menos mal, que lo que no ponen los jardineros, que no existen, al parecer, lo hace una primavera esplendorosa.

Bordean los caminos macizos de boneteros espesos y verdeantes. Hay muchos álamos blancos altísimos, rectos y frondosos, y con ellos se entrelazan los eucaliptos, que cargan el ambiente de olor, como si no fuera bastante el de las lilas y los frutales, que abundan, con ejemplares magníficos, entre los que descuellan los naranjos en profusión bastante a hacer creer que se está en las entrañas de un huerto levantino. El agua se desliza por pequeños y múltiples arroyos como si constituyesen una red espesa de acequias organizadas para el regadío.

Todo es amable allí y todo habla de la salud y de la dicha. ¿Qué mejor espectáculo pudiera ofrecerse,

qué más optimista esperanza podría ser desarrollada ante los ojos de los dolientes, de los tristes, de los desesperados por los picotazos lentos, pero incansables, de males horribles?

¡Si lo vieras! Comprenderías entonces que de nada servían mis pensamientos, mis resoluciones anteriores; que habían de ser otras distintas, opuestas, y fracasarían en este ambiente, en esta compañía de Marta. Teniendo el aliento de tu cariño, el sostén de mi fe, habría vacilado. ¿A qué engañarte? Sin el uno y sin la otra, ¿qué pudiera yo hacer sino rendirme a discreción?

—Calla. ¿Es que no le gusta?

—Al contrario, Marta. Es que me gusta con exceso, y las palabras, hechas a expresar las cosas normales, se detienen como amedrentadas en el dintel de lo excepcional, de lo extraordinario. Además, pensaba en el absurdo.

—¿En cuál?

—En uno que se me iba ocurriendo.

—¿No se puede decir?

—¡Vaya! ¿Por qué no? No es ningún pecado. Imaginaba cómo sería la luna de miel de unos esposos por amor en un parque como éste.

—¿Con el hígado enfermo?

—No, sin hígado.

Reímos.

—Tiene usted un madrugar romántico.

—Pues dicen que no es la hora más oportuna. Si fuera luego al

caer de la tarde... Pero, por lo visto, ante un espectáculo maravilloso, todas las horas son románticas.

—A mí me gusta el Parque; pero no creo que tenga nada de excepcional. ¿Cabe comparar esto con la Moncloa?



—Aquello, en primer lugar, lo poseemos siempre. Y en segundo, es más artificial, más producto de la mano del hombre, entregado a una tarea de falsificación. Es la copia de un gran cuadro que creemos el verdadero, sin darnos cuenta de que el original se lo llevaron sin que nos enterásemos, sin que nos dijera nada la Prensa. Y sólo al encontrarlo, por casualidad, en una prendería, vacilamos y acabamos por protestar de la falsificación. El original está aquí.

—Muy bonito, ¡muy bonito!

—Muchas gracias. Es usted muy

amable. Además, hay otra razón. Y es que aquí está usted.

—¡Vaya! Podía usted avisar. Le advierto a usted que estas acometidas súbitas me emocionan profundamente, aunque en esta ocasión me impresionan menos, porque supongo que es un piropero que me dirige usted por tabla, pensando en alguna persona que, por su desdicha, no está aquí.

—Se equivoca.

—No. Estoy en lo cierto. Y debe ser así. Usted no piensa más que en Flora.

—Le aseguro que no.

—¡Si lo sabré yo!

—¡Si lo sabré yo!

Y entonces, sólo entonces, porque de algo teníamos que charlar, le conté todo lo ocurrido. ¡Cosa extraordinaria! Marta se quedó seria, como nunca la he visto. Y solemnemente, con una solemnidad que en ella me parecía rarísima y cómica, me preguntó:

—Pero cuando ha insistido usted es que la quería, ¿es que la quiere!

—Le diré. Claro es que la quería. Claro es que la quiero; pero, ¿sabe usted por qué he insistido? Porque no me puedo ver tratar como a una cocinera, a quien se despide sin razón. Yo quiero reanudar con ella mis relaciones, para después reñir como deben reñir las personas, por una cosa seria, muy seria, por una realidad; pero no por una apariencia.

Había sido yo ingenuo y ella pí-

cara. Toda la mañana la pasó riendo locamente. Tanto, que llegué a molestarle; y ella lo notó y me dijo:

—Si se enfada, no sigo. Es que me ha hecho muchísima gracia la cosa. Yo me explico que se formen los lazos para hacerlos más estrechos cada vez; pero para romperlos más violentamente, no. En fin, dejemos el tema, que le desagrada. Yo tengo, por otra parte, el convencimiento de que rectificará.

—¿Yo?

—Usted ya ha rectificado insistiendo. Flora rectificará también.

—Está en un error. No la conoce. Y a mí, menos. Ahora es cuando estoy decidido, resueltamente decidido, a no volver. En cuanto lleguemos a Marmolejo haré mil pedazos la carta en lugar de cursarla.

—¿Ve? Ya me arrepiento de la broma. Porque ahora sí que es por mi culpa, absolutamente por mi culpa.

—Si yo estaba resuelto ya.

—No me engañe. Si estaba resuelto, ¿para qué la escribió? Ahora soy yo la que le ruego que la envíe. Aunque después riñan de nuevo, si ella contesta. Después de todo, si está usted tan seguro de que no ha de responder, ¿por qué no enviarla y dejarla la última ilusión, el último perfil de un perfecto enamorado? ¿Me promete enviarla?

—Es demasiado.

—¿Demasiado que mi voluntad

se acuerde con la suya? Pues, en serio. Si no la cursa usted, suspenso en absoluto nuestras charlas.

—¿Y si la envío?

—Seguiremos hablando, pero sin que tenga derecho a decirme ninguna clase de piropos ni de galanterías, como buenos amigos.

—¿Y eso es lo que he adelantado con mi confidencia?

—No; ha adelantado usted más. Porque en esa espera estaremos seis días. Si al séptimo Flora no contesta, usted queda en libertad de decirme lo que quiera.

—¿Con la esperanza de que usted me responda lo que yo quiera también?

—La esperanza, ¿por qué no?

—¿Y por qué seis días? ¿Me van a parecer eternos!

—Porque en seis días hizo Dios el mundo, y yo creo que es tiempo suficiente para que Flora haga examen de conciencia o de corazón y escriba una carta, aunque en estos casos el examen es lo de menos.

Y ya no hubo medio en toda la mañana, por más que se derivase lógicamente de la conversación de decirle una frase agradable, sin su protesta, sin su repulsa y sin su amenaza.

Volvimos a las doce. En la puerta de su hotel nos despedimos.

—Pero ¿qué va usted hacer hasta la hora de comer, criatura? ¿Se va usted a aburrir mucho sin mí?

—Veré el correo.

—¿Usted también espera carta?

—¿Por qué no? Pero las mías son de las que no tienen plazo fijo. Pasó ya definitivamente. Además, estarán los periódicos, y a falta de ellos tengo mis libros.

—Que son, seguramente, más interesantes que yo.

—¿Para qué decir si más o menos? Son interesantes también.

—¿Hasta las cuatro entonces?

—Hasta las cuatro.

Me metí en mi hotel. En el patio, que es muy alegre, leí la Prensa y aún tuve tiempo de poner mi carta en el correo, según lo prometido, y de aburrirme antes de que fuese una hora prudente para comer. Después me subí a mi cuarto, me senté en una mecedora y, a su dulce balanceo, me dormí.

La tarde fué igual a la mañana. Es decir, igual, no. Un poco peor. Porque, aparte de que intervino con más frecuencia en la conversación la mamá de Marta, tuvo ésta a bien presentarme a unas amiguitas, y la charla fué general y desprovista de todos esos encantos de la intimidad o de su apariencia. Reimos más o menos peligrosamente. No quedé, sin embargo, satisfecho de mí mismo, porque es muy difícil el papel de alternar con cinco o seis señoritas a la vez cuando todas combaten contra uno. Y una vez es la reticencia ajena la que nos pierde y otra la palabra propia que se escapó la que nos zambulle en el ridículo.

Después de cenar fuí a las Cua-

tro Naciones. Marta me acogió con gran complacencia. Su mamá, con esa discreción que es su nota culminante. Las amigas de Marta intentaron hacer charla general como por la tarde, y es inconcebible la habilidad con que Marta supo alejarlas de nosotros y aun dejarlas agradecidas. Así pudimos hablar en un rincón sobre las impresiones mías acerca del pueblo. Y quién sabe adónde habríamos llegado, ya que todos los caminos van a Roma, sin la desdichada ocurrencia de una agüista de sentarse al piano, entre el regocijo general, pero con mi absoluto descontento. Marta lo notó, y me dijo:

—No se enfade usted. En algo hay que pasar el tiempo. ¿Sabe usted, amigo Ramón, que es de una vehemencia exagerada?

—De una exagerada ambición.

—Que va usted mal. Que quedan seis días. Vamos a ver: ¿Usted canta?

—Yo no. ¿Y usted?

—Yo tampoco. ¿Bailar, sí?

—A ratos. Cuando estoy de buen humor.

—¿Y esta noche no lo tiene usted?

—Mitad y mitad. El piano ha venido a amargármelo.

—Pues va usted a tener que bailar.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo ganas de agi-tarme esta noche y no creo que

quiera usted que me lance a buscar galán.

—¿Y me lo dice?

—¿Se le apetecen estas sevillanas?

—¡No, por Dios! ¡Que no sé! Cualquier cosa menos eso. En los bailes sueltos no sé mover un pie.

—A mí me pasa igual. Era por asustarle. Vea qué bien lo hacen esas muchachas.

Dos señoritas bailaban, en efecto, con gracia netamente andaluza, con señorío garboso, con fineza exquisita, unas sevillanas, que en el piano padecían caducas, y en los pies de las señoritas, remozadas con inconcebibles arrestos.

Se aplaudió mucho. Luego, no tanto a una soltera vieja que nos colocó una romanza. Después, rabiosamente una jota bailada portentosamente por las mismas señoritas que se lucieron con las sevillanas. Y vino una nueva romanza. Y el destrozo absoluto, ejecución completa en su más amplia acepción por parte de la pianista de una fantasía de Granados, anunciada con un énfasis extraordinario. Y un descanso. Yo no sé si se aplaudió éste o la fantasía; lo que sí puedo asegurarte es que al terminar ésta se le hizo una ovación.

Se charló un rato, comentando con muy poca piedad cada uno de los números. Y se volvió a la música.

Las amigas de Marta vinieron a rogarle que hiciese algo.

—Cante usted.

—No sé.

—¿Y su amigo?

—Tampoco.

—Baile al menos.

—También lo hago muy mal; pero, por complacerlas... usted bailará conmigo, Ramón, ¿no?

—Como quiera.

Inmediatamente se dió cuenta a la pianista del nuevo número.

—¿Qué quieren? ¿Un vals? ¿Una polka?

Todo el mundo protestó.

—No; algo nuevo, moderno. ¿Sabe el tango argentino?

—Muy deficientemente. —Y se volvió a mí a preguntarme: —¿Y usted?

—Igual que usted—le respondí.

Entonces resolvió:

—Prefiero un foxtrot.

Lo bailamos. No del todo mal, porque es lo que mejor sé y porque Marta lo baila maravillosamente. El salón nos resultó un poco pequeño, y la música, corta.

Obtuvimos unos aplausos tan prolongados, que tuvimos que repetir, con gran complacencia por mi parte. Después aún tuvimos que dar una sesión de tango argentino.

Marta se enardeció:

—Con usted se puede bailar de todo.

—Pues le aseguro que el milagro es suyo.

Y hubiésemos seguido de no notar yo clarísimamente que los mismos que nos aplaudían a rabiar

cuchicheaban comentando rabiosamente las licencias de nuestros bailes.

Marta me insinuó:

—¿No sabe ningún baile de apaches?

—No. Vamos a bailar un vals que sea un prodigio de corrección, para que estos señores no sigan despellejándonos.

—Pero ¿usted lo cree?

—Estoy segurísimo.

Bailamos un vals, que de no ser yo el ejecutante, te diría que podría pasar como modelo. Y en cuanto acabamos nos dimos por rendidos, y no hubo súplicas bastantes a convencernos de que debíamos insistir con otra cosa.

Ya en nuestro puesto le dije a Marta:

—Perdóneme; pero en este salón ni en este pueblo no vuelvo yo a dar ni una sola vuelta.

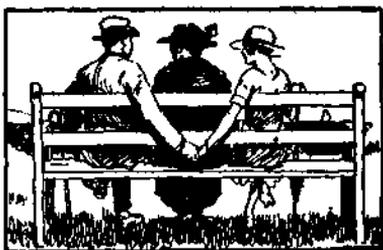
Y Marta me dió la razón por completo.

Así acabamos, tristes y cariacontecidos, a las doce, una velada que empezó a las diez con las más dulces promesas y las más alegres esperanzas.

Por la mañana, en el Parque, Marta me dijo:

—¿No se equivocaría usted anoche al juzgar lo que hablaban de nosotros?

—Estoy seguro. Les produjo una extrañeza enorme, no por el baile, sino por los ejecutantes. Lo creen, sin duda, espectáculo de ca-



VIEJOS INVENTOS

Un sistema inalámbrico al alcance de todos.



¿UNA MINIATURA?

Ella. — Deseo que me haga mi retrato.

El pintor. — ¿Cómo lo quiere? ¿En tamaño natural?

Ella. — No; no tan grande... Poco más o menos del tamaño de mi esposito...



PROMESA INCONVENIENTE

— ¡Es increíble! Te prometí regalarte un automóvil si salías bien de los exámenes, y ni así logré que estudiases. ¿En qué diablos has perdido el tiempo?

— Aprendiendo a manejar un automóvil.

baret impropio de nosotros. Y es posible que tengan razón; pero no creo que diésemos motivo a comentario de ningún género. Yo creí que los agüistas, por ser de fuera, estaban libres de los prejuicios de los pueblos.

— Es que, con raras excepciones, son de otros pueblos también.

Por la tarde me preguntó:

— ¿Tuvo carta?

— Aún no es tiempo. Hoy habrá llegado la mía.

— Pero ¿la cursó?

— Le doy mi palabra de honor.

— Basta, ¡basta! No es preciso que se ponga tan serio.

El día fué igual al anterior. Por la noche no fuí a las Cuatro Naciones, y Marta me prometió no bajar al salón. Sé que lo cumplió, porque después me lo dijo su mamá.

Así pasó el tercero, y el cuarto, y el quinto día.

En la mañana del sexto, la cosa se puso grave, muy grave.

Yo pretendía que llegada la hora del correo finalizaba el plazo. Marta, que hasta las ocho de la noche no expiraba lo contratado.

— Se puede haber pasado alguna saca de Madrid y venir luego en el mixto.

Y no tuve medio de convencerla, porque estaba resuelta a no dejarse convencer. En cambio, y para recompensarme, accedió a pasear conmigo por el Parque, fuera de la Avenida, en la que llevábamos tres

días reclusos, haciendo lo que únicamente se puede hacer aquí: comentarios sobre los que llegan, sobre los que se van y sobre los que permanecen. Se dijera que está prohibida la piedad y se premia el sarcasmo, porque no puedes imaginarte con qué celo lo cultivamos. Menos mal que, todo hay que decirlo, se refieren siempre a minucias, casi siempre relacionadas con el vestir, o con la cara. Claro que estas minucias para los agüistas jóvenes son mortales de necesidad.

Nos fuimos por el Parque, como te digo, y la soledad, sin duda, la alegría de recuperarla hizo que nos sintiéramos más locuaces y expansivos.

—Tengo que acusarme de una infidelidad—me dijo Marta alegremente.—Anoche haje al salón.

—;Muy bien! ;Muy bien! Era un sacrificio superior a sus fuerzas.

—Usted acaba de decirlo, superior a mis fuerzas. Se me habían acabado las excusas, y mamá era la primera a desarmarme, descubriéndome las pequeñas mentiras de las noches anteriores.

—Voy a tenerle que dar un voto de gracias a su mamá también.

—Es muy difícil librarse de la presión de las amigas, dispuestas, en último término, a hacer la vedada en mi cuarto. Hágase cargo.

—Si me lo hago perfectísimamente. Bajó usted, porque, claro, era difícil librarse, y porque, en último caso, entre que se disgustaran



EL DOLOR DE LA DESPEDIDA

—;Cuánto siento que nos deje usted, señor artista!

—Por lo visto, es usted aficionado a la pintura.

—;Oh no, señor! Pero cuando usted venía a pintar se asustaban los gorriones, y yo no tenía que poner es-pantapájaros.



IMPACTO

El botero. —Pues ya lo ve, señor: es un cascajo viejo, arreglado a fuerza de pintura.



SABIA PRECAUCIÓN

—;Qué baja está el agua!... Salta tú primero, papá; así subirá el nivel.

ellas o yo, la duda no era posible.

—Se equivoca usted. Y usted lo sabe.

—Sé, porque usted me lo ha dicho, que bajó. Y ya en el salón, ¿quién se resiste a los ruegos? Bailaría usted.

—Le juro que no. Eso querían, que bailara; pero eso sí que no lo hice, en obsequio absolutamente de usted. Y le aseguro que se prestó a interpretaciones. Alguien dijo que ; como no estaba usted allí...!

—¿Se apresuraría a desmentirlo?

—No, señor. Pero si sigue tan serio, voy a tener que decir que sí. No sabe usted lo que me gusta mortificar a las gentes serias.

—¿Más aún?

—Pero ¿de veras está mortificado de que bajase?

—No lo sabe usted bien. Entonces, ¿qué hizo? ¿Charlar nada más?

—Pasé por el dolor de cantar antes de que insistieran en que bailara. Y le advierto que lo hago pesimamente. Y usted, en vez de agradecerme que por no disgustarle afronté el ridículo...

—Si fuera verdad se lo estimaría; pero, no. Cuando he ido a tomar mi segundo vaso he oído clarísimamente que ponderaban las guajiras que usted cantó anoche.

—Pues son muy fáciles de contentar, entonces.

—No; es que usted lo sabía hacer muy bien y lo hizo como lo sabía. Está bien, Marta. ¿Ve usted? Todavía le agradezco la confesión.

El oírlo a personas que nos son ajenas me había dolido más de lo que usted puede suponerse.

Y nos quedamos serios sin saber por qué o quizás sabiéndolo demasiado.

—Yo no creí, Ramón, que usted le diese esa importancia a las cosas. Además, no veo el motivo.

—Añada que no me concede ningún derecho.

—¿Para qué he de decir más de lo que pienso? Si no se lo concediese yo, ¿a qué estas explicaciones? Aquí no hemos venido a pelearnos, sino a conservar y si usted quiere acrecentar nuestra buena amistad. ¿Cree usted que yo me hubiese molestado porque usted en su hotel o en otro, por gracias de otras amistades o por simple capricho suyo, hubiese bailado, o cantado, o reído, o jugado a lo que se le apeteciera? No. Se lo digo sinceramente. Me molestaría si estando yo, usted, a conciencia, me desairara, cosa que, por otra parte, no sería la primera vez que ocurriese.

—¿No me podía perdonar el alfilerazo?

—Me arrepiento de él; pero era preciso para que comprendiera su injusticia. En fin, ¿quiere usted que volvamos, dando el incidente por terminado y en buena armonía?

—¿Cómo no lo he de querer si usted lo quiere?

—¿De verdad?

—De verdad.

—Ahí va esa mano.

La cogí entre las mías y la re-tuve.

—Suelto, por Dios.

—Una ventura así no se suelta tan fácilmente. Encuentro superior el premio de la paz al delito.

—¿Le parece bien que peque otra vez, entonces?

—No, eso no.

Nos encontramos a un barquillero y quiso jugar con él, sin acertar más que unos en las ocho o diez veces que tiró.

—Estoy de mala suerte.

—¿Quería usted ser también en esto afortunada?

—Pero ¿es que lo soy en lo otro?

—Usted sabe que sí.

—Me ha tocado un hombre gruñón, insoportable.

—Pero tiene la seguridad de que es enamorado.

—Es que lo preferiría dulce, mimoso, complaciente, tolerante...

—Todos los grandes amores son de un exclusivismo absoluto, Marta.

Volvimos al manantial, y en él ya, tomamos los vasos que nos correspondían al tiempo justo. Al terminar, Marta me dijo:

—Hoy no me quedo en el Parque. ¿Y usted?

—Yo la sigo al fin del mundo.

—Sobre todo para ver si ha venido carta, ¿no?

—Sobre todo por Marta; y después por Marta; y luego, por eso.

Acaso yo no debiera decirte estas cosas; pero fueron así y me he

propuesto escribirte la verdad absoluta, sin atenuaciones que me favorezcan, aun a truce de que tus rencores se hagan eternos e inexorables para mí.

No había tranvía, y tomamos para volver un cochezuelo de los contados que hay para el servicio. Menos mal que, por la hora, los agüistas éramos menos.

—¿Y qué la decidió a usted a subir tan temprano?

—Tenga un poco de paciencia, no sea curioso y lo verá.

Se detuvo el coche en la puerta de mi hotel, parada que también convenía a Marta y a su madre.

—Ande, suba a ver el correo y espéreme en la puerta. Yo voy un momento a mi cuarto y vuelvo en seguida.

Subí. Pregunté. Me dijeron que no había carta alguna para mí, y ¡ódíame si lo quieres!, respiré.

A los pocos minutos me incorporé de nuevo a Marta.

—¿No vino nada?

—No.

—¿No me engaña?

—Se lo aseguro.

—Es que lo creo muy capaz de recibir la carta y romperla, y decirme que no ha llegado.

—No me conoce usted todavía. Habría de llegar y se la mostraría a usted probablemente sin abrir. Hasta ahí llega mi lealtad. Sin perjuicio, naturalmente, de que con carta o sin ella, pero abierta y fran-

camente, decidiese lo que mi corazón me aconsejara.

—Si se guía usted por él, tiene un mal consejero.

—Usted lo sabrá, porque me lleva hacia usted.

—¡Que no ha expirado el plazo!

—¿Pero aun lo duda? ¿Aun le concede vigencia? Es el colmo del escrúpulo por su parte.

—Puede que lo sea. Tengo la seguridad de que no me lo han de estimar; pero yo también me precio de leal, y lo soy, no por el parecer ajeno, sino por mi propia satisfacción.

Caminábamos hablando carretera adelante, que es la calle principal del pueblo, y en dirección opuesta a las aguas.

—Pero ¿adónde me lleva?

—No sea impaciente, que estamos al llegar.

Y, en efecto, poco después nos detuvimos ante una casa particular.

—¿Es que viene usted de visita?

—¿Y usted conmigo? Aquí, gracias a la bondad de su dueño, puede pasar todo el mundo.

Entramos. La cancela estaba abierta y el portal lleno de sillas y de anaquelерías; sobre éstas una porción de cacharros pintados. No encontramos a nadie.

—Es raro—dijo Marta.—Aquí no faltan nunca ocho o diez personas que en estos días de descanso absoluto vienen a ver trabajar. ¿Ve ese banco? Ahí es donde se sienta



NO ES PARA TANTO

El marido (que ha pisado una tachuela, clavándosela). — ¡Caramba, Susana! Podías tener cuidado con las tachuelas y no dejarlas desparramadas por el piso...

Ella (inocentemente). — ¡Vaya! Cada día te estás volviendo más agarrado... Total la caja de cien tachuelas sólo cuesta veinte céntimos.



¡Esos cacos!

—Déme un timbre de alarma contra los ladrones.

—Pero, si ya te vendí uno ayer...

—Sí, pero vinieron los ladrones y se lo llevaron.



CADA UNO EN SU CASA

El mendigo. — Tengo mi esposa y seis hijos a punto de morir de hambre, señor.

El rico. — No me interesan sus asuntos de familia.



INQUIETUD INMOTIVADA

—Usted no es supersticiosa, ¿verdad, señora?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque acabo de romper el gran espejo del salón.

el maestro. Ese pivote que usted ve es un torno de pie. Ahora tendrá ocasión de observar cómo funciona. Esta especie de mostrador macizo sirve para colocar los trabajos recién hechos. ¿Ha presenciado alguna vez la elaboración del barro?

—Nunca.

—Pues le gustará. Yo vengo todos los años, y siempre me llevo algo. ¿Usted dibuja?

—Muy poco.

—¿Pero dibuja?

—Muy poco; ya se lo he dicho.

—Pues ande, saque lápiz y papel y haga un esquema de cualquier cosa; de una copa, por ejemplo.

—¿Muy historiada?

—Como usted quiera. Las dificultades serán vencidas facilísimamente.

Dibujé el perfil de una copa para champagne con una porción de detalles y de alegorías, algunas absolutamente inverosímiles.

—¿Está ya?

—Está ya todo lo que yo sé hacer.

—No está mal.

—Con tal de que a usted se lo parezca.

Nos sentamos y esperamos pacientemente al maestro, que tardó en salir. Nos saludó como si nos viera todos los días.

—¿Quieren ustedes que haga algo especial?

—Una copa así—dijo Marta.— Y le entregó mi dibujo.

—Esperen un momento. Este barro no sirve para eso.

Entró en la casa y salió momentos después con masa en las manos. La puso sobre el pivote del torno, dió a éste con el pie un movimiento de rotación, y la masa cedió bajo la presión cariñosa de las manos, como si se entregase totalmente a la caricia.

—Fijese bien—me dijo Marta.

—Ya lo veo, ya—le repliqué.

El torno seguía girando siempre impulsado por el pie en un movimiento rítmico, matemático. La masa, aprisionada entre las manos húmedas del maestro, adquiría una elasticidad insospechable. En su centro un dedo abrió primero un agujero; después se ciñó a sus bordes, que cedieron, ensanchándose, siempre húmedos, siempre compactos. Y airosa, elegantísima, más esbelta que si fuera de cristal, gracias al tallo inverosímil de la masa estirada, quedó hecha la concavidad pretendida, con un espesor mínimo, insuperable.

De igual manera fué hecho el resto. Aquellas manos, que apenas si oprimían el barro, le daban las más graciosas formas, como una vida, infinitamente superior a la materia elaborada, como un espíritu, como un alma.

—Fijese, Ramón, cómo la corta.

Miré curiosamente. Un hilo de seda colocado como una tangente a la circunferencia de la base, bastó para desprenderla, para separarla totalmente del resto de la masa, en

un movimiento mucho más suave del que se requeriría para partir un flan.

El maestro cesó de impulsar el torno y se volvió a nosotros.

—Ya está. Es como un hijo que nace. Pero con menos trabajo, con menos dolor.—Y luego añadió filosófico: ¡Vale menos también!

La depositó sobre una tabla y continuó trabajando.

—¿Qué hará ahora?—preguntó Marta.

—Unos floreros.

Durante un gran rato le vimos trabajar. Luego se incorporaron otros agüistas en tren de curiosos, como nosotros.

Al marcharnos pregunté cuándo me podría llevar la copa y lo que valía.

—Dos pesetas, señor. Estará pasado mañana. El tiempo necesario para que se seque y para que la pinte.

—No; déjela así.

—Ha sido una ocurrencia.

¿Champagne en una copa de barro? Antes de que se enfríe se les va.

—¡Bah! Es un capricho.

Le pagué y nos fuimos.

—¿Le pesó verlo?

—Le aseguro que no. Yo no sabía que había aquí esta industria.

No lo hace nadie más que él. Gana mucho dinero. Hace muchos caprichos. Habrá visto que la exactitud del dibujo es absoluta.

—Y está perfeccionado gracias a Dios, porque si no...

Llegamos a la plaza y nos despedimos.

—Esta tarde estaré ya redimido.

—Aun no. Hasta esta noche.

—Es una lástima que no podamos festejarlo bebiendo en nuestra copa de barro. Es lo primero nuestro que tenemos.

—¿Quién sabe si lo único!

—¿Quiere usted amargarme la vida?

—No; lo retiro.

Después... Te aseguro sin el menor ánimo de molestia que no me han parecido nunca las horas tan largas. Me parecía un capricho absurdo esperar el desatino. ¡Escribirme tú! No te conoce Marta—pensaba.

Por la tarde, y esto fué ayer tarde, no hubo modo de que cambiásemos una palabra a solas. Casi fué mejor, porque yo tenía un humor endiablado sin saber por qué. Marta me lo conoció y me amenazó dos o tres veces cómicamente. Para mayor desventura se agotó el manantial cuando aun nos quedaban por tomar dos vasos. Tuvimos que esperar a que fluyese de nuevo. En otro día cualquiera esto me hubiese encantado, porque el agua es entonces mejor, más gaseosa, más efervescente, más agradable. Ayer me pareció una nueva contrariedad que el cielo acumulaba sobre mí. Y con esto y con que luego el tranvía no estuvo a punto, subimos del Parque más tarde que nunca.

Menos mal —; perdón, mil veces

perdón! — que al llegar al hotel me dijeron que no había carta alguna para mí.

Cené con prisa. Esperé impacientemente a que fuese una hora regular para ir a las Cuatro Naciones, y en cuanto dieron las nueve y media—aquí se cena temprano—me encaminé a buscar a Marta.

En la expresión de la cara me conoció la buena nueva.

—¿Nada, verdad?

—Absolutamente nada de allí, y muchísimo de aquí, porque ahora...

—Ahora, ¿qué?...

—Ahora no hay espera que valga. Ahora mismo, en este preciso momento, me está usted diciendo que sí.

—¿Que sí qué? Lo primero será que usted se explique, y después ya veré lo que tengo que hacer.

—¿Ahora resultamos con esas? ¿Aun necesita usted una explicación? Vámonos a aquel rincón y la tendrá usted completa.

—Le gustan mucho los rincones.

—Me molesta la sociedad, la gente, todo lo que no es Marta, todo lo que distrae a Marta de mí; ¿está esto bien claro? ¿Me explico?

—Se explica el por qué no le gusta la gente ni la sociedad y por qué le gustan los rincones.

—Vamos, ¿es que quiere usted que sea una declaración con todas las de la ley? Bueno; sí, es igual! ¿Si por eso no se va usted a escapar sin ella!

—No pretendo escaparme.

—Bueno; vamos a ver. Usted qué quiere que la diga. ¿Que la quiero como un loco? ¿Que me tiene así desde hace siete días? ¿Que no duermo pensando en usted? ¿Es eso?

—Hombre, ¡así de esa manera!...

—¡Cómo si no, martirio! ¿Me lo quiere usted enseñar de una vez?

—¿Es que no se le ocurre a usted solo?

—En este instante, no. ¿No le he dicho que tengo perdidas todas mis facultades mentales?

—¡Pobrecito de él! Vamos a ver. Usted me ha dicho que me quiere, ¿no?

—Sí, eso le he dicho.

—Pues eso era lo que no hacía falta que dijera, porque eso sí que lo sabía yo, o al menos me figuraba saberlo. Y porque usted lo diga, no va a pasar de eso por ahora, de una figuración.

—Entonces, ¿qué?

—Eso digo yo. ¿A usted le basta con eso?

—¿Qué me ha de bastar? Ni muchísimo menos. A mí lo que me basta es que usted, que tú, Martita del alma, ¿me explico?, que tú me digas que me quieres y que además sea verdad.

—Pues acabáramos. ¿Ves? El cariño resulta a veces, casi siempre, lo más desinteresado del mundo. Primero se da, y luego no se acuerda de pedir.

—Porque la exigencia va tan na-

turalmente unida a él, que expresarla parece redundancia. Pero al grano. Nada de habilidades ahora. ¿Me quieres?

—Vámonos más hacia el rincón.

—Dímelo de una vez, ¡tormento!

Elevó a mí sus ojos, me miró fijamente, y más con ellos que con sus labios, que apenas si lo pronunciaron, me dijo:

—Sí.

¿Para qué decirte lo que ocurrió después? ¡Es una sinceridad innecesaria.

Hoy ha llegado tu carta, buena, cariñosa, rectificando, mostrándote ante mis ojos como nunca de comprensiva, de conciliadora.

Es tarde, Flora, demasiado tarde. No sé cómo decírtelo en cortesía para que mi respuesta no te hiera. Vacilo en enviarte este relato para que no te moleste. Pienso incluso en quedar groseramente contigo, por si con ello te hago menos mal, menos desaire. Y no sé cómo salir del paso.

Es, por lo visto, mi fatalidad.

Quedé mal con Marta por Flora. Hoy he de quedar peor con Flora por Marta.

¿De quién es el vicio? ¿De quién el error? Yo no lo sé; pero me atrevo a pensar que no hay error ni vicio. Que es una virtud. En cuestión de amores queda siempre triunfante y airoso el primero que sabe perdonar.



SECRETO PROFESIONAL.

—Seguramente no conoce usted el modo de negociar de nuestra casa.
—¡Oh, lo conozco perfectamente! Soy el novio de su mecanógrafa.



FALTA DE ORTOGRAFÍA

Una de las visitas (descando que lo niño no se entere de lo que se habla, deletrea algunas palabras).—...Has de saber, querida, que el caso de la señorita Bi-u-k-s con el m-a-y-o-r, fue muy e-s-c-a-n-d-a-l-o-z-o...

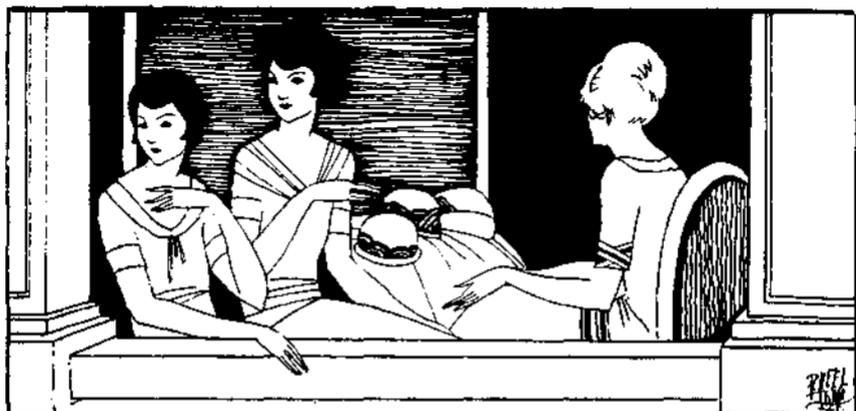
La nena. — ¿Cómo? ¿Escandaloso se escribe con zeta?...



AMPUTACIÓN

—Creo que Juan tuvo que soportar una operación muy dolorosa en el hospital.

—Sí, muy dolorosa; le han cortado la bebida.



EL JOVEN DE LA CORBATA AZUL

POR

JOSÉ BAEZA

En la penumbra del cine, Laura se volvió a Pilar y le dijo muy bajito:

—Ese joven de la corbata azul te mira.

Pilar miró al joven como sólo saben mirar las mujeres — *sin mirar* — y repuso en el mismo tono en que le había hablado su hermana:

—No sé por qué dices que *me* mira. Mira nada más. No sabemos a quién.

—Ya sabes que no puede ser más que a ti.

—Ya salió aquello.

—¡ Si es la verdad!

—Pero, criatura, ¿ es que nos vamos a poner a discutir en el cine? — y variando de tono: — Mira, ahí tienes a tu Meighan.

Laura fingió mirar a su Meighan, pero, en realidad, a quien miró fué al joven de la corbata azul... Aun miraba... aun miraba a Pilar. Difícil sería comprobarlo, pues la sombra era muy densa y la distancia considerable, pero ¿ acaso cabía la posibilidad de ponerlo en duda?... El joven de la corbata azul, como el del bastón de nudos, como el del sombrero flexible, pretendientes de la última semana, miraba a Pilar... ¿ Por qué?... Era preciso reconocer, dejando la modestia a un lado, que no lo sabía. Si Pilar era guapa, y lo era, porque todo el mundo lo decía y allí estaban sus ojos para comprobarlo, ella no podía ser fea, puesto que se parecía mucho a Pilar. Verdad que su hermana tenía un brillo, una

atracción especial en sus ojos violentamente negros, pero verdad también que los suyos, no tan negros ni tan violentos, poseían el particular encanto de mostrarse siempre acogedores e iluminados por un destello de bondad que despertaba rápidamente en los espíritus ajenos todos los sentimientos serenos y sencillos: simpatía, amistad, estimación... ¿El gusto en el vestir... la voz... el ademán... la amenidad en la charla? Nada de esto podía ser. Si a compararlas fueran en cuanto se refiere a tales condiciones del espíritu, quien saldría con ventaja —volvía a dejar a un lado la modestia—sería ella...

¿Por qué, pues, señor, el joven de la corbata azul, como el del flexible, como el del bastón de nudos, a quien miraba era a Pilar y no a ella?...

La luz, estallando triunfal en todo el cine, atenuó un poco la amargura de esta interrogación, que ya se había familiarizado con su alma de mujer sin amor.

* * *

Al salir, Laura advirtió que el joven de la corbata azul las aguardaba en el vestíbulo. Emocionada, bajó los ojos y no los volvió a levantar hasta que se hallaron a una buena distancia del cine.

De pronto sucedió algo lamentable, francamente enojoso... A "mamá" se le ocurrió tomar un taxi.

; Y Laura hubo de resignarse a ver pacientemente cómo el joven de la corbata azul se revolvía inútilmente en busca de otro auto y, desesperado, arrojaba contra la acera el pitillo recién encendido.

* * *

Una semana le duraron las ilusiones. Esta vez, al escepticismo habitual, se impuso el resplandor de la esperanza. ¿Acaso no era a ella a quien, aunque brevemente, había mirado en el vestíbulo del cine en aquel instante en que pasó por el estrecho claro que quedaba entre una columna y el cuerpo de una persona? Una semana esperando que el azar o la Providencia arrastrara al pie de su balcón al que ya sus quimeras habían convertido en novio. Una semana amontonando ilusión sobre ilusión para que después, en un instante, se vinieran todas al suelo y abatieran y aplastaran con ellas a su pobre corazón.

Le vió por fin, verdad es, pero siguiendo a Pilar... Pilar regresaba de casa de una amiga y, tras ella, apareció por la esquina el joven de la corbata azul...

No pudo evitar que la asaltara un pensamiento rencoroso contra su hermana, y no sólo decepcionada, sino irritada, enloquecida, se retiró del balcón.

* * *

Pilar, con la clarividencia que da la serenidad nacida del con-

vencimiento de la propia honradez, descubrió en el acto las disparatadas ideas de Laura.

Ello dió lugar a una hermosa escena de lágrimas, ternuras y per-

—Tú... Tengo un plan magnífico. Verás... ¿A ti te gusta el joven de la corbata azul?

Laura se ruborizó. Entre enojada y despectiva, repuso:



— Hoy irás tú a casa de Paquita.

dones que hubiera sido un éxito de haber tenido lugar en un escenario.

* * *

A la tarde siguiente, Pilar habló a Laura.

—Hoy irás tú a casa de Paquita.

—¿Yo?—se extrañó Laura, que tenía escasa confianza con la compañera de academia de Pilar.

—Nunca me ha interesado lo más mínimo. Mi disgusto de ayer tuvo otro motivo más serio.

—Sé franca, Laura. Si el joven de la corbata azul estuviera interesado por ti y te lo dijera, ¿tú le aceptarías?... Con franqueza. Imagínate que estás hablando contigo misma...

En el espíritu de Laura se libró una lucha a muerte entre la vergüenza y el deseo de confesión.

—Sí—repuso al fin.—Le aceptaría...

—Entonces, dalo por aceptado.

—¿Qué dices!

—Que el joven de la corbata azul no va a tardar una semana en ser tu novio.

Laura contempló a su hermana con ojos desorbitados.

—Ese joven—prosiguió Pilar impertérrita—me pretende a mí sin saber en realidad a quién pretende. Si la noche del cine me miraba a mí, como dices, es sencillamente porque yo estaba más *a tiro* que tú... Presumió que yo no era fea, mis ojos se tropezaron casualmente con los suyos un par de veces, la película era un poco aburrida, y ello fué más que suficiente para que su espíritu ocioso se lanzara a los espacios infinitos de las ilusiones. Después, cuando se encendieron las luces, ni tú ni yo le miramos, lo que quiere decir que ni a ti ni a mí pudo vernos la cara. No vió de nosotras más que el vestido. A la salida fué a ti a quien te miró, según dices, pero tan brevemente que también sería una locura pretender que te recordara... Todo esto, para terminar, me ha llevado a deducir que si cambiáramos de vestido...

Laura se irguió sin dejarla concluir. Soberbiamente, con gesto que denotaba una marcada influen-

cia cinematográfica, arrojó a la faz de Pilar estas palabras rencorosas:

—El hombre que a mí me quiera me ha de querer por mí misma.

—¡Bah!...—fué a oponer Pilar.

—¡Es mi última palabra! No me seduce la idea de que me amen por equivocación.

—Pero ven acá, criatura. ¿Acaso crees tú que si ese hombre llega a quererte creyendo que llega a quererme, no te querrá con toda la firmeza, con toda la sinceridad con que una mujer puede desear ser amada? Si entonces le dijeras que era yo y no tú la mujer a quien miró aquella noche en el cine, él te respondería que no le importaba la mujer de aquella noche, sino tú: aquella admiración momentánea por una mujer que suponía bonita, sino el cariño hondo y fuerte hacia ti, la más hermosa, la más noble, la más perfecta de las mujeres. En fin, daría gracias a Dios de que le hubiéramos engañado, bendeciría el momento en que se me ocurrió que te pusieras mi vestido para que resultaras tú y no yo la amada por él...

Calló Pilar. Laura, con los ojos fijos en el abierto balcón, se dejaba mecer por las deslumbradoras visiones, por los maravillosos sueños tan vana y largamente alimentados. Incapaz de disimular sus verdaderos sentimientos, se volvió hacia su hermana y titubó:

—Pero ayer volvió a verte...

—¡El vestido!— se precipitó a

interrumpir Pilar.—Antes de que pudiera reparar en otra cosa, me volví loca dándole vueltas a la bu-

—No puede ser, Pilar, no puede ser...

Y había un extraño temblor en



Laura sintió que el alma se le escapaba del cuerpo.

fanda. Además, comenzaba a oscurecer...

Laura quedó un instante en éxtasis. Aun, mediante un esfuerzo sobrehumano, logró expulsar de su alma las sublimes ilusiones:

su voz y una mal disimulada torpeza en sus movimientos. Se dirigió al balcón, y allí, donde Pilar no la veía, pudo retorcerse nerviosamente los dedos.

Pilar se acercó a ella, le pasó un

brazo por los hombros y le dijo persuasivamente:

—Irás a casa de Paquita.

Laura abatió la frente contra la jamba y, procurando ocultar el rostro, prorrumpió en un llanto nervioso que le hizo mucho bien.

Y aquella tarde fué a casa de Paquita con el vestido de su hermana.

* * *

A los cinco días de aguardarla a la puerta de casa de Paquita para seguirla hasta la suya, el joven de la corbata azul, se decidió a abor-darla.

—Señorita...

Laura sintió que el alma se le escapaba del cuerpo.

—Señorita... Es un verdadero atrevimiento el que voy a cometer... un atrevimiento que usted hará muy bien en no olvidar ni perdonar nunca... Se trata... Verá usted... Yo he leído muchos cuentos y novelas en que había dos hermanas y un joven que pretendía a una de ellas. Pero la pretendida presentaba grandes dificultades para dejarse pretender, mientras que la otra, dijérase que la fatalidad se complacía en ponerla ante los ojos del galán y tan cerca y tan frecuentemente y con tal oportunidad, que era preciso amar mucho a la pretendida y tener una voluntad muy firme para no caer en la tentación de dejar a la una por la otra... Excuso decirle que eran

muy pocos los que tenían ese amor tan... intransferible y esa tan firme voluntad... Pero no es esto lo que nos importa... El que más podía afectar a las circunstancias, es cierto cuento muy breve que leí no hace mucho y en el que sucedía lo que en los demás, con la diferencia de que el enamorado no se dejaba tentar hasta después de haber hablado a la hermana no pretendida con objeto de hacerla mensajera de la declaración que no se atrevía a hacerle a la otra... Fíjese usted bien: con objeto de hacerle la declaración que no se atrevía a hacerle a la otra... Bien, pues supóngase usted que estas dos hermanas estuvieron una noche en un cine, que el consabido joven las vió tan fugazmente, que al tropezarse pocos días después con una de ellas en la calle, hubo de fijarse en el traje, un traje gris que con el verde que llevaba su hermana era lo único que recordaba claramente de ellas... Supóngase usted que el pretendiente, a partir de aquel día no ve más que a la hermana del traje gris... supóngase usted... Una interrupción... Va a parecerle extraño que un hombre abrigue un tan vivo y especial interés hacia una muchacha de la que apenas ha visto el traje. Bien, pues yo voy a adelantarme y objetar que el hecho no tiene nada de extraño. La citaré cientos de casos en que una persona se ha enamorado de otra sin haberla visto jamás. El amor,

generalmente es cosa de nervios, y a los nervios no ha logrado nadie entenderlos todavía... Hecha esta digresión, voy a continuar, es decir, voy a concluir... Señorita, ya que no encuentro la forma de decirselo a la interesada, se lo digo

a usted por si tiene la generosidad de ayudarme... Amo a su hermana, a aquella muchacha vestida de verde, cuyos ojos oscuros, aunque vistos sólo un instante, han dejado en mi alma una huella que inútilmente trataría de borrar.

Ilustraciones de TONA.

MOMENTO INOPORTUNO



La señora. — ¡No la sufro más! Ahora mismo la despido.
El señor. — ¡Por Dios, Flora, espera a que deje la vajilla!

FLORILEGIO DE POESIAS DE AMOR

RUBEN DARIO

SONATINA

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales,
parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetca el bufón.

La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?

¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el de que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la ruca de plata,
ni el balcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;

el palacio soberbio que vigilan los guardas,
 que custodian cien negros con sus cien alabardas,
 un lebrél que no duerme y un dragón colosal.
 ; Oh, quién fuera hipsípila que dejó la crisálida!
 (La princesa está triste. La princesa está pálida.)
 ; Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
 ; Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
 (La princesa está pálida. La princesa está triste)
 más brillante que el alba, más hermosa que abril!
 Calla, calla, princesa—dice el hada madrina—;
 en caballo con alas hacia acá se encamina,
 en el cinto la espada y en la mano el azor,
 el feliz caballero que te adora sin verte,
 y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
 a encenderte los labios con su beso de amor.

ERA UN AIRE SUAVE...

Era un aire suave, de pausados giros;
 el hada Armonía ritmaba sus vuelos;
 e iban frases vagas y tenues suspiros
 entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,
 diríase un trémolo de liras colias
 cuando acariciaban los sedosos trajes
 sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
 daba a un tiempo mismo para dos rivales:
 el vizconde rubio de los desafíos
 y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
 reía en su máscara Término barbudo,
 y como un efebo que fuese una niña,
 mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
 sobre rico zócalo al modo de Jonia,
 con un candelabro prendido en la diestra
 volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
 un coro de sonos alados se oía;
 galantes pavanas, fugaces gavotas
 cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros
 ríe, ríe, ríe la divina Eulalia,

pues son su tesoro las flechas de Eros,
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalía.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña:
se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes
ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
a la alegre música de un pájaro iguala,
con los staccati de una bailarina
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
bajo el ala a veces ocultando el pico,
que desdenes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque
y en arpeggios áureos gima Filomela,
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
como blanca góndola imprima su estela,
la marquesa alegre llegará al bosque,
boscaje que cubre la amable glorieta
donde han de estrecharla los brazos de un paje,
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junto a los rivales la divina Eulalia,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,
sol con corte de astros, en campo de azul?

¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
con dedos de ninfa, bailando el minué,
y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían, divinas Tirsis de Versalles,
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

EMILIO CARRERE

FLORILEGIO DE AMOR

Soy un poeta de amor,
tengo el pecho macerado
por el horrible dolor
inefable del pecado.

Ante una bella mujer
me hunde su agudo puñal
hasta la cruz el tercer
dulce pecado mortal.

He amado mucho en mi vida;
gasté en besar mi florida
juventud loca y fragante
en mil bocas amorosas,
¡porque tiene muchas rosas
mi florilegio galante!

Parto mi vida ilusoria
de poeta y amador
entre el amor a la gloria
y la gloria del amor.
Por igual mi alma se inflama
y mi espada es siempre fiel
a los ojos de una dama
y al encanto de un rondel.

¡Cuánto he madrigalizado,
cuántos versos he trenzado
junto a unos senos sedientos
y una boca llameante!

¡Porque tiene muchos sueños
mi florilegio galante!

Ardiente y sentimental,
cada nombre idolatrado
es lo mismo que un puñal
en mi corazón clavado.

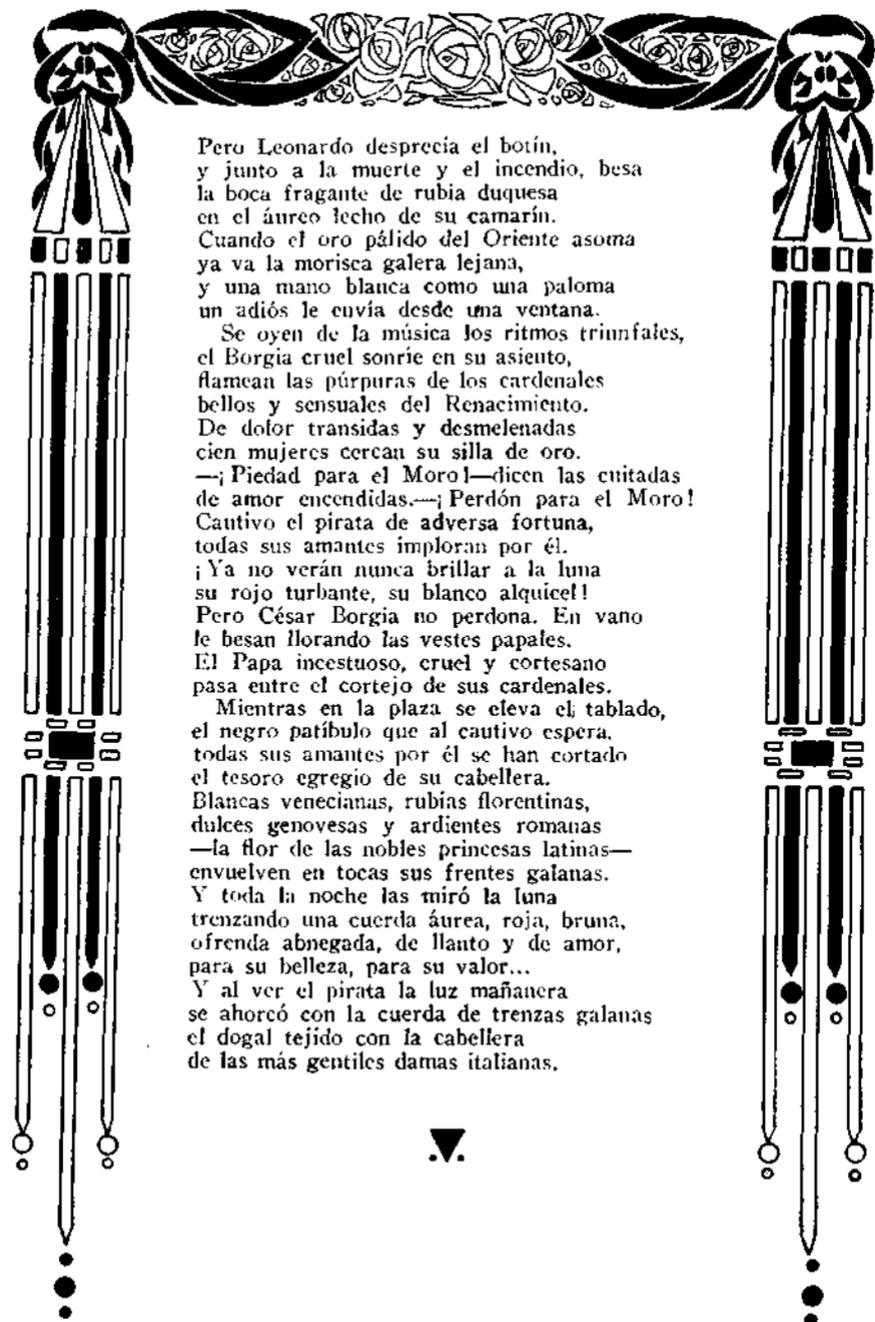
Y aunque de pena me abrumen,
en mis horas de tristeza
quiero que ellas me perfumen
la vida con su belleza.

¡Bellos ojos, negros rizos,
por vuestros crueles hechizos,
por vuestra carne fragante,
cuánto he llorado de amor!
¡Que tiene mucho dolor
mi florilegio galante!

DOGAL DE AMOR

Leonardo el Moro su imperio tenía
sobre una galera de piratería.
Temían los reyes su vela moruna
que el solo monarca del mar era él
cuando el azulado claror de la luna
flotaba en la proa su blanco alquicel.
Era el renegado corsario y poeta,
porque en los remansos de su vida inquieta
tejía sonetos y trovas galanas
a las más gentiles damas italianas.
Bello y bravo, tuvo la amable aureola
de los amoríos y la valentía;
retó al Papa Borgia, mientras se reía
de los anatemas de Savonarola.
En el mar latino su reino tenía
sobre una galera de piratería.

A vuelo tocaban en los campanarios,
corrió por las rúas la nueva fatal.
—¡De Leonardo el Moro, los negros corsarios
asaltan el blanco palacio ducal!—
Tapices de Smirna, sedas de Turquía,
de las dogaresas el regio tesoro,
oro refulgente, rica argentería
pasó la galera pirata del Moro.



Pero Leonardo desprecia el botín,
y junto a la muerte y el incendio, besa
la boca fragante de rubia duquesa
en el áureo lecho de su camarín.
Cuando el oro pálido del Oriente asoma
ya va la morisca galera lejana,
y una mano blanca como una paloma
un adiós le envía desde una ventana.

Se oyen de la música los ritmos triunfales,
el Borgia cruel sonríe en su asiento,
flamean las púrpuras de los cardenales
bellos y sensuales del Renacimiento.
De dolor transidas y desmelenadas
cien mujeres cercan su silla de oro.
—¡Piedad para el Moro!— dicen las cuitadas
de amor encendidas.—¡Perdón para el Moro!
Cautivo el pirata de adversa fortuna,
todas sus amantes imploran por él.
¡Ya no verán nunca brillar a la luna
su rojo turbante, su blanco alquice!
Pero César Borgia no perdona. En vano
le besan llorando las vestes papales.
El Papa incestuoso, cruel y cortesano
pasa entre el cortejo de sus cardenales.

Mientras en la plaza se eleva el tablado,
el negro patíbulo que al cautivo espera,
todas sus amantes por él se han cortado
el tesoro egregio de su cabellera.
Blancas venecianas, rubias florentinas,
dulces genovesas y ardientes romanas
—la flor de las nobles princesas latinas—
envuelven en tocas sus frentes galanas.
Y toda la noche las miró la luna
trenzando una cuerda áurea, roja, bruna,
ofrenda abnegada, de llanto y de amor,
para su belleza, para su valor...

Y al ver el pirata la luz mañanera
se ahorcó con la cuerda de trenzas galanas
el dogal tejido con la cabellera
de las más gentiles damas italianas.



JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

CASTELLANA

¿Por qué estás triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
con un amor singular
de aquellos que hacen llorar
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor,
porque tan hondo se encierra,
y es que ignoras que el amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido
viendo desde esta colina
un pueblo a tus pies tendido,
un sol que ante ti declina
y un hombre a tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?
No en sus hondas soledades
busques, con vana porfía,
la estrepitosa alegría
de las doradas ciudades.

El campo que está a tus pies,
siempre es tan mudo, tan serio,
tan grave como hoy lo ves.
No es mi patria un cementerio,
pero un templo sí lo es.

Busca en ella soledades,
serenas melancolías,
profundas tranquilidades,
perennes monotonías
y castizas realidades.
Si tú gozarlas supieras,
ahora mismo depusieras
tu adusto ceño sombrío.

¿Qué de mi patria quisieras
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya a buscar
cuarzos blancos al repecho,
colorines al linar,
midos de alondra al barbecho
y endrinas al espinar?

Para que tu fe regales
no dejaré una con vida
veloz liebre en los eriales,
ni esquiva perdiz hundida
del cerro en los matorrales,
ni conejillo bravío
dormido bajo el carrasco,
ni mirlo a orillas del río,
ni sisón en el peñasco,
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo
a ese milano que el cielo
raya con círculos anchos
y de sus garras los ganchos
venga a clavar en el suelo,
y atrás la cabeza echada,
las plumas te enseñe y rice
de la pechuga alterada,
y ante tus pies agonice
con la pupila espantada?
Si buscas flores sencillas,
hay en el valle violetas,
y gamarzas amarillas,
y estrelladas tijeretas,
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,
ver los sudores y afanes
que cuesta el pan de mañana,
ven y verás mis gañanes
trajinando en la besana.

O vamos a los sembrados
y allí verás emulados
de tus labios los carmines,
que parecen amasados
con pétalos de alvergines.

Verás moverse, aireadas,
del mar de la mies las olas,
aquí y allá salpicadas,
de encendidas amapolas
y de jarritas moradas.

Y mientras gozas del vago
rumor de aquel ancho lago
de móviles verdes tules,
yo una corona te hago
de campanillas azules;

y con ella, nueva Ceres,
reina serás, si tú quieres,
de mis campos y labores;
que reina de mis amores
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?
También las sé yo sufrir
cuando me pongo a pensar
que Dios te puede llevar
y hacerme sin ti vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,
que en él hay sombras de encinas,
murmillos de viento grato,
agua fresca de regato
rebotante de pamplina!...

¿Quieres que de esa ladera
te baje un haz de tomillo,
o que salte a esa pradera
y te traiga un manojillo
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,
deja ese llanto correr,
que es un riego de dulzura,
hijo de la fresca hondura
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos
y torturas de los celos,
¡vive Dios, que lloras mal!
Testigos me son los cielos
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor
porque tan hondo se encierra,
recuerda que el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,
 porque te sé yo querer
 con querer tan singular,
 que a veces me hace llorar
 de doloroso placer...



JUAN BOSCAN

Si las penas que dais son verdaderas,
 como muy bien lo sabe el alma mía,
 ¿por qué ya no me acaban, y sería
 sin ellas ni morir muy más de veras?

Mas si por dicha son tan lisonjeras,
 que quieren retozar con mi alegría,
 decid, ¿por qué me matan cada día
 con muerte de dolor de mil maneras?

Mostradme este secreto ya, señora,
 y sepa yo de vos, pues por vos muero,
 si aquesto que padezco es muerte o vida;

porque, siéndome vos la matadora
 mayor gloria de pena ya no quiero
 que poder yo tener tal homicida.



RAMON RODRIGUEZ CORREA

TUS OJOS

Ni tu frente, ni tu cuello,
 ni tus lindos labios rojos,
 ni tu divino cabello
 me esclavizan, ángel bello;
 lo que adoro son ¡tus ojos!

Parece que agradecidos,
por ver si mi ardor se calma,
me cuentan adormecidos
los secretos, que escondidos
lleva su dueño en el alma.

No ha mucho que repetían
tus labios un—"no"—temblando;
pues bien, tus labios mentían,
y tus ojos me decían,
¡que tú me estabas amando!

Sin hacer caso a tu boca,
adorando me verás
tus ojos con ansia loca,
que tu boca se equivoca,
pero tus ojos... ¡jamás!



ANTONIO ARNAO

VIDA UNIVERSAL

Ama la abeja el cáliz de la rosa,
la vid el olmo que sus pasos guía,
elruiseñor la noche silenciosa,
la pasionaria al despuntar del día.

Insectos, plantas, pájaros y flores,
cumpliendo ignota ley, sienten amores;
y el alma racional que el bien ansia,
de libertad dotada,
busca su dicha con ardor profundo,
do ventura idea enamorada.

Si, pues, todo en el mundo
del fuego del amor vida recibe,
quien vive sin amar, ¿dirá que vive?





GUSTAVO A. BECQUER

Como en un libro abierto
leo de tus pupilas en el fondo;
¿a qué fingir el labio
risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco...
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada.
Oigo, flotando en olas de armonía,
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?
¡Es el amor que pasa!

Hoy la tierra y los cielos me sonrén,
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

Las Tres Reinas Magas

por Mauricio López Roberts

*A Gabriel Maura y Gamazo,
Conde de la Mortera.*

I

Aun cuando la tradición no lo dice, es cierto que al tiempo mismo que los tres Reyes Magos del Oriente recibían la misteriosa advertencia que les hizo emprender su viaje hacia Belén, tres reinas: la de Samarcanda, la de Libia y la del lejano país de Xeres, tuvieron aviso de que habían de realizar una peregrinación para reverenciar al Niño divino que acababa de nacer, y a quien deberían prestar el acatamiento y el homenaje de sus dádivas.

Como estas tres egregias señoras eran maestras en artes ocultas y de hechicería, comprendieron al momento que debían obedecer aquel mandato, lo mismo respecto del viaje, que de las ofrendas.

Madeh, la reina de Libia, que era cual una viviente escultura de ébano, arrogante y majestuosa, llevó consigo, para obsequiar al celestial Infante, copia enorme de perfumes y de óleos, esencias riquísimas de áloe y de cinamomo,

bálsamos de civeta, ungüentos y pomadas de enjundia de ave fénix y otro sin fin de linimentos y menjurjes a cual más maravillosos y extraordinarios, y de tan alto valor y precio, que una sola de aquellas substancias bastaría para el rescate de un emperador.

La reina Madeh, que era muy dada al fausto y al esplendor, se hizo escoltar por numerosas tropas y rodearse de un sin fin de esclavos, chambelanes, escuderos, ministros y demás ralea, que prestaban a su viaje la pompa digna de una soberana tan poderosa.

Madeh, por su parte, iba en una espléndida carroza, toda ella de carey obscuro y transparente, claveteado de turquesas, de la que tiraban diez y ocho cebras docilísimas y piafantes. En aquel coche soberbio, la tenebrosa belleza de Madeh fulgía como un negro diamante, y sobre las púrpuras sombrías que teñían sus túnicas, rieaban las dulces luces de los ópalo y la transparencia levemente verdosa de las aguas marinas, que creaban, bordándolos en el sun-

tuoso tejido, animales y fieras de ensueño.

La reina de Samarcanda se llamaba Kolbis, y pasaba por ser la mujer más hermosa de la Bactriana

Samarcanda, fértil en filones y minas, producía. Kolbis espigó lo más granado de su real guardajoyas, y adquirió de mercaderes lo mejor que pudo hallar en claros brillan-



Koly espigó lo más granado de su guarda joyas,...

y de toda la Arabia Desierta. Era viuda del rey Thalestro, quien, al morir, la dejó dueña y heredera del floreciente reino samarcandés.

No contenta Kolbis con tan suculento legado, lo aumentó más con conquistas y felices pactos, siendo reina muy guerrera y batalladora y henchida del orgullo propio de los vencedores. Llevaba Kolbis al tierno Dios recién nacido fulgentes y extraordinarias gemas, escogidas entre las mejores que el suelo de

tes, en zafiros, donde se cuajó el profundo azul de las noches serenas, y, sobre todo, en magnos rubies de fuego carmesí, encendido y profundo, donde fulgían los reflejos de las llamas subterráneas que los crearon en la interior hoguera de la tierra.

Máquinas de guerra, atroces y disformes, catapultas, torres, arietes, carros falcados, escoltaban con estrépito a Kolbis, creando en torno suyo el horrrisono tableteo de los

truenos, y la reina de Samarcanda, al frente de aquel inmenso ejército, regía su carro, de oro purísimo, del que, atraillados por cadenas de acero, tiraban seis fieros leones rugientes, que tan sólo obedecían a Kolbis, temblando como corderos al verla, arrogante y pechierguida, ostentando una coraza de esmeraldas, un casco de desconocido y maravilloso metal, que irradiaba luz, y un túnico de mallas de diamante, que temblaba a ras del suelo sobre la pulida gemela blancura de sus divinos pies, desnudos en las áureas sandalias.

La reina del lejano país de Xeres, de aquella comarca misteriosa perdida entre las brumas del confin de la tierra, escogió para llevar al nuevo Dios telas finísimas, blandas sedas fofas, de colores apagados, llenas de flores quiméricas, de monstruos de oro y de marfil; gasas que eran como niebla tejida, tules invisibles, rasos y velludos, fuertes como armaduras y espesos cual hierba de primavera. La reina Ta-Ti era menuda y graciosa de cuerpo, de tez lisa y como de porcelana, donde los oblicuos ojos negros sonreían bajo el trazo finísimo de las pestañas, y la boca, recogida y carnosa, semejava el capullo de una roja flor nacida entre nieves. Se vistió la reina Ta-Ti para aquel viaje con un rico ropón de tisú de plata, todo él recamado de gruesos cabujones de verdoso jade y de enormes perlas rosadas, y sobre su

angusta cabeza colocóse una graciosa tiara de blancas plumas de faisán, sujetas en un círculo de oro por prendedores de madreperla. Llevaba en la mano el cetro real, de ágata y granates, y además un lindo abanico, donde, con leves plumas de garza e irisadas escamas del pez luna, un hábil artífice trazó la larga historia del sagrado Dragón. Con tal atavío, y rodeada de su escolta de elefantes blancos, Ta-Ti ocupó una maravillosa litera, de esmalte y pulido mármol, de la que tiraban los tres únicos grifos que a la sazón vivían aún en el mundo, y emprendió también su viaje.

Al mismo tiempo, y siguiendo el itinerario que marcaba a las tres viajeras un meteoro luminoso, emprendieron su ruta Madeh y Kolbis. Las tres sabían, por la presciencia que las daban sus mágicas artes, que habían de encontrarse en un oasis del desierto arábigo.

II

La reina Ta-Ti llegó la primera, desembocando en el oasis por el estrecho tajo que formaban unas altas dunas de arena. Era al romper el día, y el oasis reposaba, desierto y silencioso, temblando apenas los abanicos de los datileros al tenue soplo indeciso del aire matinal. Una fuente brotaba a borbotones en una hondonada, y remansándose el agua, creaba un apacible lago, dormido al amparo de rosales silvestres, cua-

jados de pálidas rosas. De una de aquellas flores, al entrar Ta-Ti con su comitiva en la planicie herbosa que rodeaba al lago, voló, apenas visible en el escaso claror matutino, una gran mariposa de anchas alas sombrías, donde se tornasolaban matices violetas y sangrientos. Con vuelo leve, la mariposa flotó un momento en el aire sobre Ta-Ti, rozando casi las plumas de su tocado; luego huyó, pareció desvanecerse en el aire, aun obscuro. La reina del país de Xeres creyó sentir como un soplo fugitivo y ardiente pasar sobre su cabeza; llevóse instintivamente la mano a la frente, pero nó había terminado su gesto, cuando la impresión aquella había ya desaparecido. Al mismo tiempo, sonaron broncas bocinas y redoble de salvajes tambores, y entre los troncos de los árboles se mostró el carro de la reina de Libia, sombrío y magnífico, donde Madeh llegaba, abandonando su cuerpo, grácil y flexible, a los vaivenes causados por el movimiento de las ruedas.

Al verse, ambas reinas se saludaron; echaron luego pie a tierra, y, sobre espesos tapices, que los esclavos extendieron rápidamente, avanzaron una hacia otra, mientras, como un jirón de humo sombrío, veloz e intangible, la mariposa que voló sobre Ta-Ti llegaba hasta la reina de Libia, y en un raudó giro rozaba los ojos profundos e ingenuos de Madeh. La reina líbica sintió como un aliento de fuego; hizo

un gesto breve, cual Ta-Ti, y, disipado el fugitivo malestar, fuése hacia la reina del país de Xeres. Con afable cortesía se saludaban las dos, cuando el estrépito de las máquinas guerreras y el frenético rugir de los leones del carro de Kolbis anunciaron la llegada de la reina batalladora.

Entre el verdor trémulo de las ramas nació el primer rayo del sol de aquel día, pasó como un dardo luminoso en medio de los datileros, y quebróse en un haz de chispas fulgentes sobre las esmeraldas y los diamantes que encerraban a Kolbis en una red luminosa. Fué como si un nuevo sol naciera frente al que ya resplandecía, y, sin duda atraída por aquel fulgor, la obscura mariposa surgió de nuevo, y por un instante, por un brevísimo y casi imperceptible espacio de tiempo, posóse, sombría como un pecado, sobre la coraza de esmeraldas. Kolbis sintió que una aguja candente la atravesaba velozmente el corazón y llevóse la mano al pecho, pero el dolor desapareció en seguida, y la reina guerrera juntóse con las otras dos, en tanto que las comitivas se recogían más lejos, al refugio de la sombra y del frescor deleitable de los árboles.

Junto al lago, las tres Reinas Magas conferenciaron largo tiempo. Las tres eran muy sabias y discretas, y unidas por el lazo potente y misterioso de la magia, se hablaban en el lenguaje de los iniciados.



Las tres Reinas Magas conferenciaron.

donde cada palabra tiene un inmenso y potente valor, y que ha reconstituído casi en su absoluta y prístina pureza el idioma inicial de los hombres, que se perdió en el tumulto de Babel.

Las tres soberanas sabían el objeto de su viaje, peregrinación emprendida para adorar un nuevo Dios, y sabían asimismo que tres reyes, magos también, salieron de sus reinos para venerar al Niño portentoso.

Kolbis soñaba ya con contemplarle, y la imaginación se lo pintaba como un joyel resplandeciente, de inmensos ojos negros, cabellera rizada, y de aspecto tan dominador y único, que aun niño, reinaba sobre los hombres todos.

Ta-Ti lo veía sabio, dulce, perdida su bondad poderosa en la contemplación de lo infinito, de donde se derivaba todo el bien que los miseros mortales podían esperar en la tierra; mientras Madeh pensaba que, mejor que sabiduría excelsa y que poder supremo, el Niño Dios sería tan sólo amor, amor único, poderoso, incontrastable, que veneraría por su fuerza infinita al mal, y a la enfermedad, y a las tristezas, y a la muerte misma. Aquel Dios que nacía, sólo podría amar. Después del amor, tal vez llegase la completa sapiencia y el dominio universal; pero antes precisaba fundarlos sobre el amor.

Pasaron aquel día entretenidas

en tales coloquios, en gustar los refrigerios que les brindaron sus reposteros y en admirar el arte con que bailarines y acróbatas, de los muchos que venían formando parte sus comitivas, hicieron proezas gimnásticas y coreográficas.

En el apacible oasis transcurrieron las horas de la mañana y empezó la tarde en grata paz. Ningún murmullo llegaba del desierto, y la arboleda parecía no albergar pájaro, ni insecto alguno. Solamente la sombría mariposa violeta cruzó algunas veces el aire, revolando sobre las tres soberanas que, sentadas en los tapices, no parecieron verla, aunque experimentaran, siempre que la mariposa aproximábase a ellas, la fugitiva sensación de ardiente, de abrasador fuego momentáneo que sintieron cuando el misterioso insecto se las acercó por primera vez.

Anochece ya cuando la reina Kolbis propuso a sus amigas mostrarles los obsequios con que contaba ofrendar al divino Niño. Madeh y Ta-Ti acogieron con grande júbilo aquella proposición. También ellas enseñarían las dádivas que llevaban. Y pronto en la discreta luz crepuscular, avivada por los torbellinos rojizos y humeantes de las antorchas que encendieron los esclavos, rodaron sobre los tapices las gemas de Samarcanda, se desplegaron las sederías de Xeres, y los perfumes líbicos embalsamaron el tibio ambiente, rezumándose a

través del alabastro, del ónix y del marfil donde se encerraban.

Sobre los tapices, las preciosas piedras, los tejidos y los aromas eran como un compendio y resumen de la riqueza mundial, y de aquel amontonamiento de tesoros parecían nacer hálitos pujantes, seducciones indomables, vagas frases tentadoras, empujando, moviendo las pasiones del alma hacia la posesión de aquella portentosa opulencia, que atraía a sí las débiles manos de los hombres, prontas a la rapiña y al robo.

Mas las tres Reinas Magas eran de esencia superior a los demás mortales, y no sintieron aquel ansia grosera. Tan sólo Ta-Ti fijó su atención en un gracioso pomo de ágata, cerrado con un tapón de coral, que dejaba huir un hálito suave, finísimo, delicioso, semejante al paso leve de una tenue brisa primaveral, cargada de perfumes. Madeh, por su parte, admiró, entre todas las gemas de Samarcanda, un enorme carbunco que lucía como sangre luminosa; y Kolbis quedóse extática ante un sedoso terciopelo amarillo brillante, que era cual sol tejido y que fulgía en la gris penumbra del atardecer, parecido a un astro. Y mientras las tres Reinas Magas, en lo íntimo de su espíritu, admiraban aquellos objetos, la mariposa voló otra vez sobre ellas, lentamente, insistentemente, y al claror de las antorchas, por un momento, pareció que la sombra de

sus anchas alas se ensanchaba y crecía, creando temblorosa aparición fugitiva, sobre la masa oscura de los árboles, la apariencia infernal de otras alas mayores, donde se aguzaban uñas y garfios. Después, las tres Reinas Magas retiráronse al abrigo de sus tiendas para descansar y dormir, antes de emprender la jornada siguiente, que habría de comenzar al surgir el nuevo sol.

III

El oasis quedó en silencio bajo la temblorosa mirada de las trémulas estrellas, fulgentes en el sombrío azul de la noche. Luego, con el dulce fluir de un agua tranquila, la luna envolvió en luz la dormida naturaleza, recamó de plata las gráciles columnas de los datileros, sus largas hojas de encaje, las hierbas del suelo, y prendió flechas de diamante en las aguas del manantial y del lago. En la pradera, al beso de la luna, mostróse la espléndida riqueza de las gemas, de los tejidos y de los aromas, que allí quedaron después de que las tres Reinas Magas los vieron. Cercando el prado, las tiendas de las soberanas subían como montes puntiagudos, revestidas de tejidos soberbios, recamadas de oro, coronándose con enhiestos penachos de plumas, con bolas de metal, con reales diademas y otros símbolos del supremo poder. Espesos tapices pendían ante las puer-

tas, arrastrando sobre el suelo la pesadumbre de sus borlones y de sus flecos, y por tierra, armados y rreras que la estirpe, el temor y el respeto interponían, Kolbis y Madeh, reclinadas sobre alcatifas y



El oasis quedó en silencio.

vigilantes, custodiaban el sueño de las reinas, soldados escogidos de sus escoltas.

En las tiendas, en el retiro profundo de sus camarines, alejadas de las turbas por las múltiples ba-

muelles almohadones, intentaban dormir, mientras la reina del país de Xeres, apoyada la nuca en un banquillo de ébano, a uso de su patria, también trataba de conseguir el sueño.

Mas era inútil. Ninguna de las tres lograba que el piadoso dios posase sobre sus párpados su mano blanda y afable. Las tres Reinas no podían dormir, a pesar del silencio del oasis, de la calma de la noche, de la seguridad que las prestaban los guerreros de sus comitivas y la santidad de su viaje. Las tres soberanas no dormían.

Con la lenta fuerza irresistible con que, atraídas por los astros, suben las aguas del mar inmenso, en el ánimo de las reinas ascendía un deseo, un deseo vehemente, apasionado, irresistible y voraz como un incendio. Desterrando de sus espíritus otra idea, aquel deseo sojuzgaba las potencias todas, ensordecía la vigilante voz que nos reprocha los actos malos, ahogaba los escrúpulos de la delicadeza y del honor, llegaba, en fin, hasta dominar los vicios del espíritu: el alto orgullo, la vanidad susceptible, que a veces, en el torbellino del alma, remedan y fingen las cualidades de algunas virtudes. Y las tres Reinas Magas sentían en su espíritu (igualándose en ello con las otras infelices mujeres que no eran reinas y que hubieron de ver insatisfechas muchas de sus ansias) el punzador aguijón del deseo, que las sorprendía y aterraba, ya que nunca, en la semiomnipotencia de su poder, hubieron de querer cosa que no fuese inmediatamente lograda.

Por dos o tres veces, en la penumbra de las tiendas, pasó, múlti-

ple y misteriosa, revolando en lo alto, prendiéndose en la alta lana de los tapices, esfumándose en la sombra y surgiendo después, estremeada sobre la débil luz palpitante de las lámparas, que, veladas por transparentes de nácar, medio lucían en el suelo, la siniestra mariposa, como si trezase una red invisible donde prendíanse las voluntades de las reinas, cada vez más sujetas al deseo aquel, al dominador, imperioso deseo de apoderarse, de robar lo que cada una de ellas admiró entre las dádivas que las otras llevaban al divino Niño.

Como una luz inextinguible, hecha de chispas, de sangre fulgente, de polvo de soles, de púrpura ardiente, lucía ante los ojos de Madeh el carbunco que Kolbis iba a ofrendar al nuevo Dios. Nunca vió la reina de Libia piedra más hermosa, ni pensó jamás que existiera en el mundo maravilla semejante. Por una afinidad de simpatía entre el brillo de sus ojos, la negrura tersa de su piel y el irradiar profundo y sombrío de la gema, Madeh creía sentir sobre su pecho, sobre su garganta, sobre su frente, en la roja boca, en el delicado lóbulo de las orejas, sobre los dedos afilados, el frío roce pulido del carbunco, y veía, con la realidad con que el vehemente deseo crea lo que ansía, fulgir la piedra entre las crenchas brillantes de su pelo.

Absorta, ensimismada, la reina del país de Xeres se abstraía en la

ideal contemplación de aquel pomo de aromas que la cautivara. Lo veía cual si frente a sus ojos estuviese. Era pequeño, liso, y en el ágata de que estaba formado rieblaba la luz cual sobre un terso espejo. Un botón de coral lo cerraba y por la imperceptible juntura salía el hálito suave del perfume, como un aura fragante que viniese de los bosques profundos, de las frescas flores, de la yerba aromosa y primaveral. Y con aquel deleitoso aliento, llegaban las evocaciones que los olores traen consigo, y Ta-Ti recordaba los tiempos felices de la inconsciente niñez; los juegos, ya lejanos; el encanto de las risas pueriles, y después, el sublime amor primero, que nunca torna y que jamás es igualado. Ningún aroma hizo experimentar a la reina tales sensaciones. Era como el compendio de la poesía de toda la existencia, el recuerdo de los soles lejanos, de las primaveras que huyeron para no volver. Quien poseyese aquel perfume, no conocería la tristeza del olvido, ni le alcanzaría el lento inevitable carro de la vejez. Aspirando el mágico aroma que la reina de Libia destinaba, entre otros cien mil, al Niño divino, la vida sería un placer sin término, la alegría profunda y completa que el supremo saber enseña es patrimonio de los dioses. ¿Y por qué no alcanzar aquella inmensa dicha? Era tan fácil. Entre los infinitos perfumes, ¿qué importaba uno más

o menos? Nadie lo sabría... La mariposa pasó rápida sobre la reina del país de Xeres.

Y mientras tanto, en la tienda de la reina de Samarcanda agitábase Kolbis, moviéndose con rápido andar, cual si atacara a un enemigo invisible. Hubiera huído de allí si no lo impidiese su promesa de continuar el viaje al día siguiente. Huir, sí, huir; escapar, correr muy lejos, lo más lejos posible de la atroz tentación del robo. El ansia de poseer el portentoso terciopelo, la inaudita tela gualda, brillante como una luz, fuerte como un escudo, era tan dominador en Kolbis, que la impulsaba a actos de violencia, de arrebato. Si no se lo vedase su honor militar, que aún combatía defendiéndose contra el ataque del mal espíritu, hubiese saltado fuera de la tienda y cogido la estofa con el ímpetu con que acometía al enemigo en el tumulto terrible de la batalla. El terciopelo, el terciopelo, aquel tejido fulgente, que, una vez suyo, se atirantaría sobre sus hombros y sobre su firme pecho como una lámina de oro, de un oro blando, flexible, tan acariciador al tacto como la pulpa carnosa de un pétalo de flor. ¡Oh, potencias del Cielo y de la Tierra, y también vosotros, poderes del abismo!, ¿qué importaba que del ingente montón de sedas y crespones ofrendados por la reina Ta-Ti al niño Dios, faltase un misero pedazo de tela, un trapo, un harapo, entre cientos

y cientos de joyantes estofas? Y Kolbis rugía de deseo, a la vez que la mariposa, en lentos, raudos giros, pasaba por la tienda, casi invisible, tejiendo la red maldecida y pujante de la tentación.

IV

Lentamente, como bajel que se hunde en una mar tranquila, fué muriendo la luna, perdiéndose tras las colinas arenosas del desierto, y en la cúpula del cielo quedó, prendida y temblorosa, la muchedumbre expectante de las estrellas, haciendo visible con su pálida luz la creciente oscuridad.

Sin ruido, con los movimientos cautelosos de una leona que avanzara reptante hacia alguna presa codiciada, de tras los cortinones de su tienda surgió Madeh, envolviéndose en un tenebroso manto. Adelantó hacia las sombras el rostro de ébano, donde los globos de los ojos lucían casi fosforescentes, y acechó, escudriñando el prado, las otras tiendas, los soldados que prestaban guardia a las reinas. Nada se movía; todo reposaba: el agua en el lago, las hierbas en la pradera, los árboles, las flores. Con profundo sopor sobrenatural dormían los centinelas, y en el oasis no se escuchaba ningún ruido, pues estaba tan silencioso como si en él no hubiese ser viviente alguno.

Madeh avanzó más, dejó su tienda, impulsada por la tentación irresistible hacia el carbunco aquél, única joya ansiada entre todas las otras que iban a ser ofrenda para el Niño Divino. Y al mismo tiempo, y también silenciosas, furtivas, andando con cautela, Kolbis y Ta-Ti salieron también, arrastradas por el inmenso poder de la tentación, viendo solamente en el mundo el pomo de aromas, el trozo de tela que las atraía, que las llevaba, a ellas, soberanas poderosas, a ellas, magas sapientísimas, hacia aquel pecado vulgar, hacia un robo abyecto, que era también profanación y delito de lesa Divinidad. Vertiginosamente, confundida en la noche, la mariposa giraba sobre las Reinas, las envolvía, parecía impulsarlas hacia el centro de la pradera, donde en el hacinamiento de los tesoros un poder misterioso había reunido la gema, la estofa y el perfume.

Hacia allí fueron las tres Reinas Magas, sin verse, sin oírse, ciegas, sordas a cuanto no fuese su deseo. Y aun tiempo mismo, las tres manos, la blanca de la reina de Samarcanda, la negra de la reina de Libia y la amarilla de la reina del país de Xeres, cayeron como garras ávidas cada cual sobre su presa.

No se habían aún cerrado los dedos rapaces, cuando una lívida luz esclareció el prado, y las tres Reinas Magas se vieron, vieron sus manos augustas mancilladas por el

hurto, vieron también sus almas ennegrecidas por el pecado, por un pecado inútil, por un frívolo pecado de mujer, incapaz de resistir la tentación de vanidad infantil que pueriliza siempre los más templados espíritus femeninos.

Se quedaron mudas, horrorizadas, sin pensar, sin moverse, y a la luz aquella vieron cómo caía la mariposa al suelo, metamorfoseándose en un hombre pálido, de aspecto sereno, de continente reposado, vestido con larga túnica negra, de donde emergían potentes alas ganchudas de murciélago. En la diestra llevaba un cetro de ébano, luciente y pulido.

La aparición acercóse a ellas lentamente, sonriendo con la superioridad de quien ve realizado cuanto presumió. Las tres Reinas Magas le vieron llegar sin atrever a moverse, sin soltar lo que robaron, sin

pestañear, presas ya, entregadas ya al Protervo.

El Malo acercóse más, llegóse hasta las infelices Reinas, y con un gesto parco las fué tocando en la frente con el cetro de ébano. Y conforme las tocaba, las Reinas fueron cayendo sin vida, rodando sobre las riquezas que pensaron llevar al Niño Dios, y que no llegarían hasta El por la maldita frivolidad de sus espíritus, que todavía perduraba en la muerte, pues ni aun exánimes soltaron sus manos lo que tanto habían deseado en vida.

El Demonio miró un instante los tres cadáveres, y después, entreabriendo apenas sus delgados labios malditos, murmuró:

—¡Miseras! Pensaron generosamente, obraron lealmente, empezaron su labor briosamente... Y después... ¡Eran mujeres!... Pasó una mariposa...

Ilustraciones de TONA •



Metemuertos

POR

Juan F. Muñoz Pabón

I

—Y sobre todo, que no se le olvide a usted decirle muy clarito, ¡pero muy clarito!, que yo no soy metemuertos, ni lo he sido en mi vida. Que si mi hermana ha roto con él y lo ha puesto en donde cantan los empedradores, no es porque yo le haya metido mal corazón, ni se lo haya metido nadie. Ella, y nada más que ella, con esos ojos que se ha de comer la tierra, fué quien lo estuvo viendo en el teatro toda la noche, dándose el agua a buches con la recoquetoncísima de

Pilar Albestos, y ya usted sabe las habillitas que ha habido siempre, ¡eso sí, con razón!..., que parece mentira que haya madres que consientan ciertas cosas..., y buena es mamá para tolerarnos a nosotras ni la millonésima parte. De modo que, si Laura lo ha desahuciado, es porque le ha salido de donde salen las cosas y él le ha dado sobradísimos motivos para acabar de una vez con semejante titere. ¡Para que venga ahora poniéndome a mí de metemuertos, en el casino y en donde encarta, como ayer en el te de la cursiloncísima de la Go-

bernadora!... ¡Mire usted yo, que por lo mismo mismísimo que le he tenido ojeriza desde que éramos tamañitos, así, porque es cosa que siempre me ha reventado las hielles el alma mía... pues bueno: por lo mismo, no he querido decirle nunca a Laura, ¡créalo usted como tenemos que darle cuenta a Dios!..., ¡vaya! ni lo más mínimo; primero, para que ella, que sabe que él siempre me ha hecho sangre torcida, no dudara del desinterés de mis consejos y se casara con él si le petaba, porque malo, lo que se llama mal muchacho, la verdad, nunca lo ha sido, aunque, eso sí, no tiene pizca de educación; y eso de andar con malos nombres a todo el mundo, eso está muy feísimo; y segundo, para que fuera ella quien se fuera convenciendo por propia experiencia, como se ha convencido, aunque tarde, de que es un mariposón de todos los demontres, más sin asiento que una veleta, y más enamorado que Cupido.

¡Mire usted que yo metemuer-tos!... ¡Vamos! ¡Si cada vez que me acuerdo de la cosa, le... daba un abanicazo en mitad de la frente... que le rompía los padrones! Que diga mamá, que está presente y que no me dejará mentir, si le he dicho jamás ni nunca, ni a ella misma, ni media palabra... Lo que tiene, es que él se ve en la precisión de sincerar en todas partes el par de banderillas de fuego que se le han puesto, y alguien es menes-

ter que pague los vidrios rotos. Y mire usted por dónde, huyendo yo del perejil, me nació en la frente; por dónde yo, que no he desplegado mis labios, y eso que unas se me iban y otras me venían, he tenido que cargar con las pedradas y adquirir fama por ahí de sacasillas y metemuer-tos.

¡Cuando le digo a usted que no quisiera más en el mundo que tropezármelo por ahí, donde nadie nos oyera, para decirle las tres verdades del barquero! Un ojo de la cara yo daba por un ratito de explicoteos con él. ¡Danzante! ¡¡Zascandil!!

Tal decía a gritos, por cierto con soberana voz de contralto, y nada menos que al Señor Deán, una muchacha de hasta unos cuatro lustros, alta de estatura y grandiosa de proporciones, de hermosura de judía... que fuese muy hermosa, y de ojos "con mucha noche", como diría Góngora, hija menor de los Condes de Salobrejo, señores de tan ranciosa alcurnia, como holgada hacienda, que vivieron, cuando vivían los dos, en inmensurable casona de plateresca portada, frente por frente a la famosa puerta de los Olmos de una de las catedrales de Andalucía.

El señor Deán, íntimo amigo de la casa, como camarada de colegio del difunto Conde consorté, y director espiritual de la Condesa y de las niñas, se reía a mandíbula batiente de la corajina tan atroz y

tan sin pizca de motivo, según él, que el dicho o mote de *Metemuertos* había causado en la arrogante moza, quien, un si es no es picada en su amor propio por la poquísimas importancia que daba a su rabieta su interlocutor, prosiguió, esgrimiendo a guisa de batuta el abanico japonés, con peligro inminente de volcar el vaso de naranjada con hielo que saboreaba a pequeños sorbos el señor Deán:

—Sí, señor, Señor Deán: ¿a qué, ni para qué, tiene él que ponerme a mí motes? ¿No tenía bastante con ponerme *Moraíma*, que no me conoce nadie por Asunción de Haro, sino *Moraíma* por activa y por pasiva, y hasta señorita *Moraíma*, como me dijo ayer una pobre en la calle, que le dí la limosna que me pedía, por no darle un guantazo, del coraje que me dió?... Sí: riéte tú..., palomica sin hiel, mosquita muerta—esto a su hermana, sentada en una mecedora junto a una columna de las del hermosísimo patio, ocupada en hacer una biznaga de jazmines, de un montón de capullos que tenía en la falda,—riete tú,

... mientras pían
Estos tristes pajarillos.

Y al señor Deán se le veía hasta la última muela... postiza.—Tú, que has tenido la culpa de que haya yo cargado con el mochuelo, riéte ahora de mi desgracia. Si tú fueras otra, ¡que no lo eres!, dirías al señor Deán ¡y a todo el mundo!

el espiritual parentesco.—Y la envolvió en una mirada que era una acusación.

—¡Asunción, chárlalo todo! —gritó Laura, asustada de lo que se le venía encima.

—Pues lo que es al señor Deán, se lo digo, o reviento.

—Mire usted que no hay nada todavía, señor Deán—se adelantó a decir la delatada, poniéndose el parche antes de que le saliera el grano.

—¿Qué más querías que hubiera, so ambiciosa?... ¿El “dan a usted cuenta de su efectuado enlace”?... Aquí donde usted la ve, señor Deán, con ese aire de santa de vestir, y con esa fama de niña juiciosa que usted le da, es una coquetoncilla de todos los demonios. Y si ha puesto la ceniza en la frente a... el interfecto, es porque primo Carlos se ha decidido al fin.

—Asunción, no digas tal cosa—corrigió muy severamente doña Angustias.

—¡Ay, qué chiquilla tan parlotera!—*epifonemó* la hermana, roja como una guinda.

—Mira, mamá; quien no la haga, que no la tema—dijo muy formalmente *la Metemuertos*;—el señor Deán es como de la familia, ya ves, nuestro confesor, y hay que decirle las cosas sin ambages y sin rodeos. Bueno que a los demás se les guarde el incógnito y nos echemos un candado en los labios, para

que no pierda en su reputación de santa esta... martillo de los herejes —y le dió un abanicazo en el hom-

danzante. Ahí donde usted la ve, señor Deán, que parece que no ha roto plato en toda su vida, con ese



— Al señor Deán se lo digo o reviento.

bro a su hechicera *rea*;—pero lo que es al señor Deán no se le debe andar con paños calientes, y yo quiero decírselo, a fin de que se persuada de con cuantísima sinrazón me ha puesto *Metemuertos* ese

continente perpetuo de niña de primera comunión, será dentro de un año, a más tardar, Marquesa de los Infanzones, Grande de España de primera clase, y, lo que vale para ella más que todos los mar-

quesados y todas las Grandezas, mujer propia y legítima del ave fría de su primo Carlos, Gentilhombre de Cámara con ejercicio y servidumbre, más sin gracia que un huevo sin sal, y más fino que un canónigo, porque yo no he visto gente más fina que ustedes, señor Deán; ¡cuidado con lo de reverencias que se hacen ustedes en aquel coro, por quítame allá esas pajas!

—Pero ¿ha visto usted, señor, cascos más a la jineta que los de esta criatura? Crea usted que lo de las relaciones de mi sobrino con Laura ha sido mucho después del rompimiento con Pepe Figueroa. Si no, ni Laura es capaz de semejante incorrección, ni yo, créalo usted, lo hubiese tolerado. Es que aquí no se ganaba para disgustos, porque Laura es picajosilla, como buena Haro, y él es, y será siempre, más enamorado que borrico de sardinero. Así es que lo mejor que ha podido hacerse es cortar por lo sano, como se ha cortado, porque esto era un tiberio a cada hora de las veinticuatro que tiene el día; y, para que fueran desventurados el día de mañana, mejor ha sido hacer a ocho lo que hubiera habido que hacer a ochenta, y él en su casa y nosotras en la nuestra y Dios en la de todos, y quiere decir que más se lleva el demonio al cabo del año. Ahora bien; ¿que Carlos, al enterarse de que estaba levantada la veda, por decirlo así, la ha pretendido, y ella ha aceptado de

muy buen talante? Prontillo me ha parecido, y así se lo dije a los dos; pero... ¡cualquiera baraja a la gente menuda de hoy en día! ¡El anarquismo, señor Deán, el anarquismo infiltrándose en todo!

—Para que vea usted, señor Deán—concluyó con aire de triunfo Moraima,—si hay razón para que ese zascandil me llame *Metemuertos...* ¡Por los clavos de Cristo, que se lo diga usted! ¡Es muy triste salir condenado en costas, sin haber tenido que ver nada en el pleito! Así; ¡que yo no he tenido nada, pero nada, en la torta!

||

—Sí, señor, que lo he dicho. Y ahora que sé que le duele, desde las cuatro caras de la torre de la catedral, como los clarines del día de San Pedro, me voy a llevar diciéndolo hasta que se me seque la campanilla: ¡*Metemuertos!* ¡¡*Metemuertos!*!

Por más que no se me oculta a mí que quien ha tenido la culpa definitivamente no ha sido ella, sino el primo Carlos, que al fin se ha decidido su señoría, aunque ellas lo están negando hasta con la mano puesta sobre los *Évangelios*. Pero esto no obsta a que ella no haya hecho por su parte cuanto ha podido y otro tanto más.

¡Cuidado con la tirria que me ha tomado por... la galantería, des-

pués de todo, de haberle puesto *Moraima!* ; Mire usted qué estupidez tan grande! ; Decir que era nombre de perra, cuando es, como usted sabe perfectamente, el nombre de la mujer de Boabdil!... Pues desde entonces, créalo usted, me ha tomado por delante, y es cosita que no me puede pasar ni en píldoras, aunque en eso estamos en paz: porque si yo le choco a ella como dos, ella me choca a mí como media docena, y ahora, con la trastada que me ha hecho, me ha acabado de emparrar el canasto. ¿Querrá usted creer que hasta me hace un mohín de... granuja cada vez que me encuentra en la calle, y se me queda mirándome con aquellos ojazos de... gitana maligna, como pidiendo guerra?

Y todo el motivazo que ha habido, o sea las *razones de decoro*, como en su carta de despedida me decía la otra, todo el motivo fué estar yo en la platea de Rafael AlENTOS, creo que dos entreactos nada más, la noche del beneficio de la Cobeña, de palique con Pilarillo, que, la verdad, me gusta como amiga, porque tiene la arrastrada la gracia a esportones, y hasta allí las salinas de San Fernando. Pues bien: luego he sabido que Pilar está de monos con las Salobrejo, creo que desde el nombramiento de reina de los Juegos florales... ; Puntillos de mujeres! así es, que la Pilar, con la sana intención de hacerle tragar el paquete a Laura, me

estuvo entreteniendo toda la santa noche (porque ahora recuerdo que los dos últimos actos de *La Niña boba* los pasé en la platea, de parloteo con Pilar), y a esto se han agarrado para sacarme el billete de ida sólo, y dejarme a la luna de Valencia y con tres cuartas de narices.

¿Que esto es obra de *Moraima?* ; Como si lo viera! Ella no me quitó ojo en toda la noche, primero, y... segundo y principal y tercero y guardilla: ella no me pasa a mí ni con chocolate, y lo que es la trastada, me la tenía que hacer. ¿Cree usted que si ella, que es la que lleva ahí la voz cantante, no hubiese firmado la real orden, Laura, que me ha tolerado mucho más, se arranca tan por peteneras, ni la... tonta de la madre, que, en medio de todo, me ha querido siempre bien, consiente que se me pudiese semejante vara?... Porque mire usted, señor Deán, que la cosa chorrea sangre. Al cabo de año y medio de relaciones públicas, porque novio más paseado no se ha visto, dárseme un revolcón tan sin miramientos, eso, señor Deán, es para mamárselo, como yo me lo he mamado, y para salir poniéndolas como, sí, señor, las he puesto, cada y cuando a pelo ha venido: de coqueta a la Laurita, a esa ciruela blanquilla, que parece una ciruela blanquilla por lo rubia y lo insulsa; de tonta por vitalicio a la... Anginas, porque ni Angustias

debe llamarse, y de sacasillas y metemuertos a la tarasca de la Asunción, que es la más responsable de semejante indecencia.

¿Qué apuesta usted a que si ella hubiese estado por mí, pone pie en pared y todo se reduce a que Laura y yo hubiésemos estado un par de días, más o menos, de hocicos y aquí paz y después gloria, como tantas, tantísimas veces, pues relaciones más accidentadas, ni una montaña rusa? Pero, amigo, como allí no se parte más bacalao que el que ella parte, cate usted ahí por qué se buscaron con un candil *razones de decoro*, y se le hizo lugar al insoportable del primo Carlos, que se acuesta con la llave de Gentilhombre en el cuadril. Pues bueno: si él es Gentilhombre, yo soy Maestrante de Sevilla. Si él es Grande de España, yo soy Alcantarino por todos cuatro costados, lo que él no lo es, ni lo será nunca, ni lo puede ser, pues por algo yo no tengo en mi ascendencia ninguna bailarina indecente como su bisabuela..., que en paz descanse. Y si a dineros vamos, yo no cambio mi fortuna por la suya, y con el momio de tía Sol, muchísimo menos, y aunque yo no sea tan *chic* como él, ni tan... extracto de goma arábica como él, tengo diez años menos, una salud... insultante y unas ganas de dormir y de comer, a prueba de calabazas. Doce horas me he dormido esta noche de un tirón, lo que se dice ¡vaya!

sin coscarse. ¿Y sabe usted lo que he almorzado esta mañana? Pues cinco huevos fritos, cuatro chuletas, cinco o seis acedías (yo no llevé la cuenta, ni había para qué), un mogote de filete con alcauciles, que no lo saltaba un galgo, y por remate de miserere, tres platados de fresa, que, si no manda tía Sol retirarlas del comedor y me saca a relucir lo de que si los criados son también hijos de Dios como nosotros, me las como todas. ¡Mire usted qué tontería, como si para ser hijos de Dios los criados, fuera preciso que coman fresas!

Por consiguiente, señor Deán; no crean esas buenas señoras que me han hecho un pie agua con sus *razones de decoro*... ¡Pampringada semejante! aunque esto no obsta a que la metemuertos de Asunción me las pague a su tiempo todas juntas. A bien que arrieritos somos y el caminito andamos: que me pidan a mí informes de ella; que lo que toca casarse mientras yo viva, eso, por lo civil. Y no, no crea usted que voy a apelar a la calumnia, ni a nada que desdiga de un caballero, como yo lo soy; nada de eso, ni siquiera que le ande alrededor, ni con cien leguas. Pero con decir a pelo y a pospelo que es lo más... dominante que come pan, y lo más... metemuertos que bebe agua, ya tiene esa extendido el pasaporte para el poyetón, y lo que es Arturo Pínoquemado, ese no se le arrima, o puedo yo poco.

III

—Pues ya lo sabes.

—Pues, primero no vengo a la reunión.

—Ya usted se guardará, como de... lo otro.

—Pues lo que es yo, no las miro. Eso, que le conste a usted desde este punto y hora.

—He dicho que en mi casa mando yo. Conque a andar, y punto en boca. ¡Tuviera que ver!... ¡Después del número uno, como el que se me guarda a mí en aquella casa, recibirlas yo en la mía para que mi señor sobrino, que es quien tiene que acompañarme a hacer los honores, haga una canallada con amiga mía tan buena como Angustias, y muchachas tan estimables como sus hijas!... ¡Lo mismo que andar poniendo a Asunción de metemueertos! ¿Ese es modo de hablar un muchacho de clase? Más valiera que tanto matraqueo de Maestranza y tanto hábito de Alcántara, te sirviera para aparentar, a lo menos, mejor educación. Pero los niños de hoy en día creen que todo se reduce a tener un uniforme de caballero, siendo, por lo demás, peores que lacayos. ¡Y cuidado con mirarme de esa manera! ¿estás? Eso, y nada más que eso, son muchos de los de tu ralea: lacayos por dentro y caballeros solamente en la indumentaria. Pues, o a ser como te vistes, o a vestirse como quien

eres. A ser fino y cortés y caballero, pues caballero eres, y caballero es tu padre, y caballeros fueron tus mayores... ¡digo: el abuelo Virrey!, o a vestirse de *golfo*, pues como *golfo* pretendes portarte. Y ahora que nadie nos oye, te lo digo: el primer rigodón, ese lo tienes tú que bailar con una de ellas. Bueno que no sea con Laura, porque pedida y todo como está ya, y habiendo sido tu novia, no está bien que la saques; pero lo que es con la otra, con Asunción...

—¿Yo, con la *Metemueertos*?

—Tú; ¡tú, con la *Metemueertos*! Y hazme el favor, mientras estés en mi casa, de no llamar *Metemueertos* a esa señorita. Cuando salgas a la calle y estés en el arroyo, que es tu sitio, pórtate todo lo pícaramente que tu temperamento dé de sí. En casa de tu tía doña Sol, ¡ojo con lo que se dice y con lo que se hace!

—Pero, tía, que es muy duro no poder ver a una persona y tener hasta que bailar con ella, y el rigodón de honor. ¡Póngase usted en mi lugar!... ¡Que lo que han hecho conmigo, no se hace ni con los perros!

—No haber dado motivo, como lo has estado dando desde que la pretendiste. ¿Crees tú que a mí no me ha dolido la cosa, quizás más que a ti? Pero la pasión no debe quitar conocimiento, y al que hace lo que debe no se le puede pedir más. Conque tu rigodoncito con

Asunción, y en paz y santas pascuas.

—Pues para eso, mejor lo bailo con doña Anginas.

—¿Con doña... quién?

—Con la Condesa, con doña Angustias: una equivocación, cualquiera la tiene.

—Angustias no está ya para esos trotes. Y si la única familia de abuelo, como nosotros, va a quedar relegada a segundo término, y en nuestra misma casa, y por nosotros mismos. ¡adiós, Grandeza española! Nada, no; por algo y para algo heredó de su padre un título de Castilla, que, aunque no tan antiguo como el nuestro, porque el nuestro data de Carlos V, y el de ellos de Felipe IV, al fin es un Conde y un apellido de los más ilustres, y luego, parientes nuestros por los Borjas. De modo que, ya que no hay otro hombre en la casa, porque con tu padrecito no hay que contar, y si es tu hermanito de tu alma, no hay quien lo arranque de los Madriles, no me vayas tú a empezar el baile por la hambrona de la Gobernadora, o por las insoportables de las ricachas esas de Borruguero, ni menos por la trastuela de la Pilar..., que estas son las mujeres que les gustan a los hombres del día. Todas esas y cuantas hayan de venir, esas, que le den muchas gracias a Dios porque se las recibe, porque al fin y a la postre, alguien es necesario recibir, so pena de abrir los salones nada más



LUNA DE MIEL.

La tía (despidiendo a los recién casados). — Bueno, voy a bajarme; ya suena el pito. ¡Qué terrible sería si partiera el tren conmigo!, ¿verdad?

Los casados (a un mismo tiempo). — ¡Oh sí, tía! ¡Sería horrible!



EL ARTE SUBLIME

El. — Me recuerda a Paderewski.

Ella. — Pero... Paderewski no es violinista.

El. — ¡Ni éste tampoco!



"MEDICOFOBIA"

—¿Sigue a su cuidado la señora de Harris, doctor?

—No; hace ya algún tiempo que no la atiendo yo.

—;Cuánto me alegra saber que está fuera de peligro!



NIÑERÍAS

—¿Cómo me gustaría tener ya bastante edad para poder echarme polvo en la cara!...

—¿Por qué?

—Porque es más cómodo que lavarse.



LOS NIÑOS TERRIBLES

—Estáte quieto, abuelito, que vamos a jugar al Guillermo Tell... ¡Tira, Pepito!



LA VERBOSIDAD DEL GREMIO

El peluquero (charlatán).—Veo que los peritos en telegrafía sin hilos piensan que desde algún planeta alguien pretende comunicarse con nosotros.

El cliente (hastiado).—¡Sin duda debe de ser algún peluquero!

que para renovar el aire, en un poblachón como éste; pero ellas en su lugar y nosotros en el nuestro. Bien está que se les agasaje y hasta que se extreme con ellas la nota de la finura y el señorío; pero para eso: para que vean que sabemos ser señores, y que no hay nada tan señor como un señor, cuando sabe ser señor y se pone a ser señor.

—¡Señor Dios de los ejércitos, y cuantísimo señor enjareta la buena señora!—(Claro está que esto, aparte.)

—Así, pues, quedamos conformes en que, al subir la escalera, darás el brazo a Angustias, y yo, la mano a las niñas. Y el primer rigodón, con la una o con la otra: eso, a elegir.

¡Y cualquiera ponía puertas al campo! Cualquiera contrastaba la voluntad, indómita de nacimiento, de aquella ricahembra, o sea de aquella *Civila*, como el dicharachero y lenguaraz de su sobrino la llamaba para su capote, a fin de feminizar de alguna manera la idea de guardia civil que le sugería el marcial continente y los guerreros ariscos de doña Sol, quien, aparte lo masculinamente enérgico y brioso de su voluntad y lo espartanamente seco de su carácter de viuda rica y sin hijos, adoraba en su sobrino Pepe Figueroa como en un fetiche, y lo tenía nombrado su universal y omnímodo heredero, más que por lo que lo quería, y cuenta que lo quería muchísimo, a

fin de desheredar a su otro sobrino, el primogénito de su hermano el Marqués de Dúrcal, y sacarse de esa manera la puya de su desheredamiento de segundona, con lo que había estado siempre a matar, pues lo de la desvinculación llegó a venir — ¡mire usted qué casualidad tan desesperante! — al mes y medio de terminadas y hasta pasadas por el Registro las particiones testamentarias de su padre, el vigésimosexto Marqués del sobredicho título.

¡Digo! ¡Para que Pepe Figueroa no estuviese con ella más suave que un guante!

IV

Y llegó el día de la recepción, o lo que fuera. Doña Sol, adornada con todos los ringorrangos, arrequives y perendengues, así de su ropero como de su guardajoyas, estaba que parecía un sol..., aunque en su ocaso, con tantísimo relumbrón como despedía aquella criatura, y su sobrino, la buena pieza de su sobrino Pepe, con el tipo de hombre más hermosamente arrogante, elegante y bien puesto, que había habido en todo el linaje de los Excmos. Sres. Marqueses de Dúrcal, desde los tiempos de Carlos V.

Así fueron recibiendo a toda la alta *crema* de la ciudad, que en el intervalo de tres cuartos de hora subió por la alfombrada escalera

de la casa, desfiló por la galería de las Armaduras, y fué entrando por la saleta de los Retratos, al salón rojo, y de allí al amarillo, antesala o vestibulo del comedor, que se venía abajo con tanta plata labrada y tantísimo cristal, cincelado y dorado al gusto del Imperio; ella, doña Sol, de traje de tul negro, con lentejuelas bronceadas de tonos rosa y verdes, y él, su sobrino, muy peinada y lustrosa la cabellera y muy a la borgoñona el castaño bigote; de irreprochable frac, con la verde venera de Alcántara en el costado izquierdo, sus zapatos de charol, escotadísimos, y sus cucos calcetines calados, de seda negra. Por lo demás, una gardenia doble en el ojal y una hermosísima perla rosa en la corbata blanca y... ¿qué más se puede poner un hombre?

Quien venía hecha todo un hechizo era la *Metemuertos*, la *Moraima*.

Y cuidado que había tenido el buen gusto de no ponerse nada chillón, ni cargarse de joyas. Su *toilette* consistía en un sencillísimo traje de *étamine* negro, sin más adorno que muchísimas randas, sobre crujiente viso de glasé blanco, y en unas perlas grises en las orejas, rosadas como dos pétalos de clavel rosa trapo. Eso sí; eche usted vuelo en aquella enagua partida, y eche usted pliegues y canelones en aquellas *bertas*..., y aire y meneo de emperatriz en aquel

continente, y zarandeo y donaire en el manejo de aquel abanico de nácar color de acero, y malicia y diablura en aquellos ojazos de reina mora, mirando por encima del país Luis XV.

Y no crea usted que ni ella, ni su hermana, ni su madre, las tenían todas consigo. Estaba muy vivo aún y muy coleando lo de las calabazas a Pepe Figueroa, para entrarse como trasquilado por iglesia por la casa y estados de su tía Sol. Pero téngase en cuenta:

Primero: que habían ido a la casa tal día como aquél, todos los años, sin faltar uno.

Segundo: que no había excusa con que poder echarse fuera del compromiso por aquel año; y

Tercero: que faltar en lo más mínimo a las consideraciones y miramientos que se debían "por derecho divino" a doña Sol, era lo mismo, en lo arriesgado, que pisar la cola a un tigre de Bengala.

Allá, pues. No había más remedio. Y allá se encamparon las tres damas: la madre, más turulata que lo de costumbre; Laura, con más miedo que vergüenza, y era niña muy vergonzosa, y Asunción, la *Moraíma*, la *Metemuertos*... deseando que el zascandil de Pepe Figueroa se le pusiera a tiro, para echarle un chaparrón de verdades que lo pusiera de vuelta y media y como hoja de perejil.

¡Ojalá les hicieran un desaire, para agarrarse aunque fuera a un

clavo ardiendo, y romper de una vez aquella amistad insostenible!... ¿Cuál no sería, pues, la sorpresa, y hasta la corajina de *Moraíma*, cuando al preludiarse el primer rigodón, el guapísimo, porque eso sí, ¡vaya si estaba guapo!, de Pepe Figueroa, se le acercó correcto como un lord, y ceremonioso y rendido como un caballero andante, diciéndole, con una mirada, que era un insulto por lo agresiva:

—¿Quiere...n... *algunas personas*... hacerme el honor de dirigirlo conmigo?

—Con mucho gusto — contestó la... agredida, con otra mirada que fué un mordisco.

El galán ofreció el brazo, y la dama lo aceptó, aunque de cuello vuelto; por cierto, entre la rechiffa interior de unos, que conocían el estado de relaciones de los beligerantes, y entre los aplausos, interiores también, de la inmensa mayoría, que jamás habían visto pareja más igual, es decir: más igualmente hermosa.

Lo mismo se parecieron ellos mismos mutuamente, al verse retratados de cuerpo entero en el espejo colosal de luna veneciana de sobre la consola de marfil, concha y bronce del testero principal: malhumorados los dos de ver tan irresistible hermoso a su adversario, y diciendo el primero para su frac: "¡Estás fresca!", y diciendo la otra: "¡Estás fresco!", para su chaquetilla Directorio.

Y empezó el rigodón su marcha cumplimentera, insoportable: un saludo, y otro saludo, y otros tantos saludos, en fin, como parejas estaban bailando...; y torna a saludar el caballero solo y luego a saludar la señora sola, o viceversa, y luego a saludar también por separado los del bis..., y así sucesivamente..., y cada uno hablando entretanto con su cada una, y a todo esto Pepe Figueroa sin cruzar ni una palabra con *Moraima*.

Aquello era imposible. La pobre *Metemuertos* estaba roja como la grana y con los negros ojazos atormentados, sin saber en dónde posarlos de tanto corrimiento, ante desaire tan a las claras y tan sin paliativo. Los ojos de Pilar AlENTOS se clavaban en ella como dos saetas, y la que menos y la que más, devoraba a la pareja con la vista escrutadora, mordisqueante... Y a todo esto, salude usted a la pareja de enfrente y torne usted a saludar y a ser saludado... y siempre de la mano de aquel hombre... ¿Cuándo se moría una, María Santísima?

Pepe, que no era malo, que se dió cuenta de la situación desairadísima de la muchacha y de lo nada inadvertida que pasaba la cosa para los treinta o cuarenta demonios en traje de recepción, que, mirando a la *Metemuertos*, cuchicheaban sin pizca de disimulo...; Pepe, vuelvo a decir, que no era malo, ni mucho menos, que al lado de una buena moza nunca fué dueño por mu-

cho tiempo de su entereza, y que, más que a la venganza y a la tuya sobre la mía, era propenso al perdón, sobre todo cuando eran manos blancas las que le habían ofendido, sintió allá en lo más hondo de sus entrañas como que se le desmoronaba el castillo, baluarte en que se refugiaban sus resentimientos a los comienzos del rigodón; y, al volver de uno de los saludos de la danza llevando de la mano a su enemiga, vióse precisado a decirle... ¡vaya! que se le escapó sin poderlo remediar:

—Mira que estás bonita con ese traje negro... Créete que me estás pareciendo una emperatriz... de medio luto.

—¡Qué quieres, hijo!—replicó la interpelada, con un dejillo de profundo resentimiento por lo tardío del piropo, aunque sin dejar de agradecerlo.—¡Como a mí ya no me sienta otro color!...

—No sé por qué digas eso. ¿Tan vieja eres, o tan triste estás, que no te siente a ti nada más que lo negro?

—Ni soy tan vieja, ni estoy tan triste, gracias a Dios. Pero... ¿has visto tú alguna vez—y le clavó una mirada que era un puñal... empavonado—has visto tú alguna vez en toda tu vida algún metemuertos vestido de otro color?

—Lo que no he visto en toda mi vida—replicó el interlocutor, pero con otra mirada que era ya una caricia y una... solicitud en papel

sellado—es ningún metemuertos tan repreciosísimo como tú.

Y la *Moraima* se echó a reir en medio de su resentimiento, pero con vidriaciones de lágrimas en los ojos, en medio de su risa. ¡Dios, y qué coraje tan grande le dió de lo uno y de lo otro!

—Y ve haciéndome el favor de no apretarme tanto la mano, ¿estás?—añadió, por añadir algo:—una cosa es bailar contigo, por no hacerte el desaire que merecías, y otra cosa muy distinta ¡pero muy distintísima! que yo me olvide ¡ni con la muerte! de lo que tú me has traído y llevado por ahí. ¡Mire usted que metemuertos!

Y la cadena del rigodón, que empezó en aquel punto y hora, cortó el diálogo.

V

—Pero ¿has visto descoco semejante?

—¿Por qué lo dices?

—Mujer, por el desparpajo de sacarte a bailar.

—Pues, para que tú veas lo que son las cosas: yo creo que ha hecho muy bien. Bailar con otra cualquiera, no de clase, y aparte su tía Sol, ya no había más, hubiera sido posponernos a la burguesía. Y ¿vaya que eso tampoco nos hubiera gustado?

—¡Ya lo creo que no! Pero

que... ¡vamos! una cosa es bailar el rigodón de honor, y otra cosa es haberte acotado para toda la noche, cuan larga ha sido.

—No sé por qué digas eso, porque uno de los vales lo bailó con la Gobernadora.

—Sí; pero para darle de lado en cuanto se acabó y volverse al diván contigo, charla que te charla toda la noche... (Pausa.) Yo lo estaba sintiendo por ti, créelo: por el malísimo rato que estarías pasando, con tantísimo como te revienta las hieles, y teniéndolo que tener tanto tiempo cosido a la jareta. ¡Manda Dios unos tragos a lo mejor!...

—¿Chunguita tenemos?

—¿Yo?... ¡Como estabas tan resentida con él por lo de metemuertos!...

—Pues mira: acerca de eso ha sido casi toda la conversación, para que te enteres. Conque ya ves cuán errados son los juicios de los hombres.

—No, si eso se estaba viendo a la legua. No había más que fijarse en los pavos tan atroces que te subían, para convencerse de que aquello no era más que capítulo de culpas. ¿Vaya que no ha habido un santo que le haya hecho preterderte, ni a ti muchísimo menos ha certe decirle que sí?

—Pues mira: en todo caso, yo no hubiese hecho otra cosa, que poner en acción aquella décima de *La vida es sueño*:

«Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que otro sabio iba cogiendo
Las hierbas que él arrojó.»

—Tú eres muy... sabia.

—Para mi avío, hija, para mi avío, como dicen las criadas cuando se les pregunta si saben leer y escribir.

—Pues nada, buen provecho.

—Se agradece la fineza.

—Por la señal...

VI

—Conque, lo dicho. Buen viaje, y siquiera una postal de cuando en cuando. Sobre todo, una desde el Pilar: esa no os la perdono. ¿Qué menos por una misa de velaciones

como la que os he dicho, y por una plática como la que os he "echado", que han llorado hasta las piedras? Dios os conserve siempre tan en su gracia como estáis ahora, y os haga tan felices como yo se lo pido. Muchos recuerdos a Laura y a Carlos, y que hemos sentido tantísimo que no hayan podido venir. Por lo demás..., si sabéis por ahí de algún metemuertos...

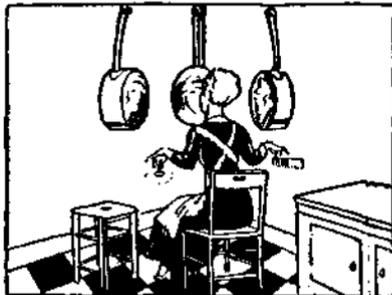
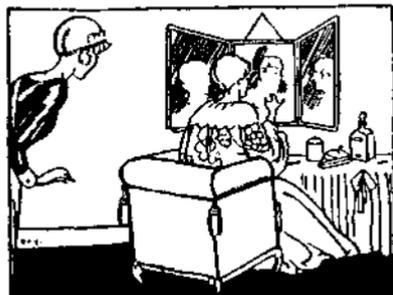
Y arrancó el tren.

VII

Monólogo de doña Angustias, que no conocía a Bécquer:

«¡Dios mío, qué solas
se quedan las madres!»

Ilustraciones de PEY.



EL INGENIO DE MARÍA

—¡Tanto presumir con el espejo de tres lunas, como si eso no estuviese al alcance de cualquiera!

EN LA NOCHE AFRICANA

POR

Andrés Cegarra Salcedo

Estaba Martín acurrucado entre las chumberas rígidas y espinosas, envuelto en las tinieblas densísimas, casi coaguladas, casi pesantes. No sentía miedo alguno, rodeado del silencio hondo y misterioso de la noche. Habíase echado en tierra y dejado el fusil a pocos pasos de él, y en tal forma se disponía a hacer su guardia en esta peligrosa avanzada del campamento.

Aun estando Octubre mediado, era la noche bastante calurosa: jadeaba todavía la africana tierra con alentar de bestia cansada, recordando las rudas caricias del sol. Mejor que verse, adivinábanse las montañas enormes y dormidas, áridas, peñascosas, madrigueras de la traidora morisma, cerrando los cuatro horizontes como inescalables barreras. Y arriba, el cielo, como de tinta china, encendiase profusamente en pequeñas ascuas plateadas y estelares.

Cara a este cielo impenetrable, mirando a los luceros remotísimos, Martín, inmóvil, se puso a recordar el pueblecillo levantino donde le aguardaban los suyos: sus padres—los amados viejecitos que le

despidieran con lágrimas, — el travieso y minúsculo Tónico, la graciosa Fuensanta, el señor cura — que tantos y tan buenos consejos le diera...—Y cerró los ojos para ver mejor la blanca casa oculta entre los álamos rumorosos de pájaros, el pedregoso cauce del torrente que cruzaba el valle, la humilde torre parroquial, con aquellas campanas tan maravillosamente acordadas. Una, grave, meditativa, reposada, voz de recio varón; otra, argentina, cascabelera, juguetona, risueña, como carcajadas de una mujer joven y guapa; la alegre campanita que volteaba locamente en los señalados días solemnes, cuando no era preciso doblar a muerto y se estaba muda la gran campana grave.

Delicioso cortejo éste de las evocaciones, que pasaba por la mente de Martín, en la noche dormida, haciéndole olvidar las penalidades de la campaña: las marchas angustiosas por el inhóspito páramo polvoriento, la falta de agua, el sol implacable, el aplanante paisaje rudo y espinoso — palmas enanas, chumberas, pitas, — sobre una tie-

rra negra, no por fecunda, sino por de exterminio, con peligro y sin gloria. Luego, el enemigo siem-



Todos los recuerdos se fueron fundiendo en una sola imagen.

pre emboscado, traidor y cobarde, aislado, dividido, saltando acá y allá, sin dar la cara, persiguiéndolo como a las alimañas en una caza

...Y todos los recuerdos y las imágenes evocadas se fueron fundiendo en la mente del soldado en una sola imagen bellísima, en un

solo recuerdo dulce y grato cual no otro: María, la graciosa muchacha a quien Martín no podía ver con el corazón sereno. Hubiera dicho que la tenía delante, que habían tomado en la sombra forma tangible su adorada silueta esbelta, sus ojos, su boca, sus cabellos... Todas las noches, luego del toque de silencio, cuando daba gracias a Dios por haberle preservado aquel día de las balas moras, rezaba también porque María esperase su vuelta.

Aunque no eran novios, pues llegaron las quintas a punto de impedir que Martín declarara su cariño a María, ¿no querían decir nada aquellas miradas dadas y devueltas largamente, aquella complacencia de los dos en el baile, aquellas lágrimas de ella tan mal disimuladas en la hora de la despedida? ¿Por qué había él sido tan tímido que no aclaró estas cosas antes de partir?

Tenía fe, sin embargo, en María. Tenía en la ausente una gran fe. Y era su consuelo, figurarse, cuando él volviese, qué habría de suceder. ¡Oh, el inefable momento en que embarcara para España, felizmente cumplido el duro deber, señor y dueño único de su albedrío, libre ya, pleno de júbilo el corazón... De tan alegre, parecería loco al pisar el suelo de las costas andaluzas. Luego, en medio día de tren, habría de llegar, ¡por fin!, al amado rincón donde los álamos

ocultan una breve casita en mitad del valle luminoso que un torrente corta en dos... Abrazaría a sus padres con tal fuerza que les haría daño, y a los hermanicos, y a los buenos amigos que fueran a esperarle. — Vienes hecho un hombre, hijo,—diría emocionado el viejo.— Hijo mío, qué guapo te has puesto—diría llorando la vieja. Y él, Martín, tímidamente, mirando en torno suyo, haría esta pregunta, la primera.—¿Y María, dónde está? —Entonces María, saliendo de entre los demás, quizás dijera con voz de lágrimas de dicha y de rubor. —Aquí estoy esperándote, Martín. —Y se abrazarían ante todos, como dos prometidos.

Pero... ¿y si la encontraba con novio o acaso con marido? ¿Tres años son tanto tiempo!... Además, no había compromiso entre los dos. Y era tan bonita, y tenía tantos adoradores... Aunque en las cartas que Martín recibía de sus padres nunca faltaba aquel renglón encantado:—“Recuerdos de María”—esto acaso fuera una sencilla fórmula cortés. ¿Quién pudiera decir?... De todos modos, quería tanto, que si la viese feliz, con otro hombre, plena y absolutamente feliz, él se sentiría feliz también con una extraña dicha torturadora e incomprensible para la mayoría de las gentes.

Embriagábase con estos imaginativos deliquios. Y de pronto, sintió en las sombras como el leve roce

de algo que avanzaba con cautela: una alimaña o un enemigo. Dió un salto, cogió el fusil, y se disponía a dar el quién vive, cuando se sintió llamar rápida y quedamente.

—Martín, Martín, no te alarmes. Soy un amigo, soy yo.

Un momento después llegaba hasta él otro soldado que le abrazaba en las tinieblas.

—Martín, paisano, ¿es que no conoces mi voz?...

Martín se asombró.

—Adolfo ¿serás tú, acaso?

—Eso es, Adolfo, el mismo. He llegado en el último convoy de la tarde. Ingresé en filas hace un mes. Fué mi suerte Africa, y al saber que estabas en esta avanzada solicité la incorporación a ella. No he tenido paciencia para esperar a mañana. He averiguado tu puesto y he salido de mi tienda en tu busca. Todos duermen...

Se estrecharon virilmente varias veces. Y ocultos entre las chumberas comenzaron un diálogo rápido, cortado, quitándose la palabra el uno al otro, acuciado Martín por una enorme ansia de saber.

—Saliste del pueblo...

—Hace dos meses.

—¿Y mi padre?

—Tan fuerte.

—¿Y mi madre?

—Tan firme.

—¿Y Tónico?

—¡Si lo vieras!... Ha dado un estirón de un palmo. Y Fuensanta, tan guapica.

—Oye... ¿y el señor cura?

—El señor cura sigue con la manía de dar a los pobres lo suyo y lo ajeno, con lo que no logrará más que hacernos pobres a todos.

—Es un santo. Oye... ¿y los amigos?

—Antonio se casó. Ernesto y Felipe siguen tan revoltosos. Paco, ¿te acuerdas?, comenzó a malear y se murió...

—¿Se ha muerto Paco?... Pobre... Oye... ¿y Rosa?

—Se fugó con el Rufo.

—Oye... ¿y María?

Al fin se había atrevido a preguntar por ella.

—¿María? Pero... ¿es que no lo sabes? ¿No te lo han escrito? María es mi novia.

Se quedó Martín sin voz. No pudo decir nada. Una exclamación de asombro se le ahogó en la garganta seca, como estrujada por una mano invisible.

Adolfo, cuchicheando, continuó casi al oído de su amigo.

—Estamos entendidos desde unos meses después de venirme. Parecía que la galanteabas, y luego la dejaste colgada. Yo mismo hubiera apostado que la querías, Martín, pero se ha visto que no. En cuanto vuelva nos hemos de casar. Nuestras familias ven esto muy bien, y, sobre todo, que ella me quiere muchísimo. Eres buen amigo nuestro y te alegrarás.

Hablaba de buena fe Adolfo, que no veía la cara de Martín, don-

de se iba marcando la huella de una tortura suprema. Y al fin pudo éste decir con voz ronca:

—¿Estás seguro de que te quiere?

—¿Por qué me lo preguntas?— respondió Adolfo, un poco extrañado.—Puedo enseñarte, si quieres, cartas de ella. En todas dice que soy su vida de un modo ingenuo y sencillo donde se ve la verdad.

Sintió Martín morirle el alma. Una infinita desgana, un horrible pesimismo se apoderó de él como un maleficio aletargante; desvaneciase la gran ilusión de su vivir, el oculto motivo que le mantuvo firme, a través de las penalidades de la campaña. Vió con espanto que su familia, su pueblo y sus padres eran nada para él junto a María, a su recuerdo, a su cariño, que no era suyo, que jamás sería ya suyo. Y quiso quedarse solo para tenderse cara al suelo y llorar largamente, y desear morir también.

—Vete—dijo a Adolfo.—La luna está saliendo. Es posible que te vean. Mañana hablaremos más de allá.

En efecto, la luna en creciente asomaba su fría luz por encima de las cumbres orientales, y una vaga claridad astral comenzaba a inundar el valle.

Cambióse en azul profundo la profunda negrura celeste. Recogieron las estrellas en sí sus más vivos destellos, y algunas pequeñas pareció que se apagaban. Brotaron de la tierra imprecisos contornos

de rocas, de árboles, de tiendas de campaña. Una de éstas, más cercana, era como una puntiaguda mancha de niebla o como un humo blanco que naciera del suelo. Y en lo alto de un picacho encendióse una rojiza hoguera, tal que una alucinante señal desconocida.

Adolfo se dispuso a ponerse en pie. Y al mismo tiempo surgió tras él una sombra destacándose de las chumberas, una sombra alta y recia que avanzó en dos saltos...

Martín y Adolfo apenas tuvieron tiempo para advertir lo que iba a suceder. Adolfo echó mano a su machete. El otro ni aun pudo coger el fusil.

Entonces Martín pudo ver a la tenue luz lunar cómo un brazo musculoso empuñando con su mano de garra un agudo cuchillo morisco se alzaba sobre el pecho de Adolfo... Saltó elásticamente, se puso ante su amigo cubriéndolo, abrió los brazos, ofreció su cuerpo a la brilladora hoja que se abatía con brutal fiereza en busca de corazones cristianos que morder... Y en el generoso corazón de Martín se hundió el cuchillo, como en un tibio estuche rojo y palpitante.

Huyó el asesino por donde vino, cauto y rápido, sin que le alcanzase el disparo que hizo Adolfo, luego del primer asombro estupefaciente. Y cuando el soldado se inclinó sobre el cuerpo de su compañero caído, oyó que éste apenas podía decirle:

—Ese golpe... iba para ti... pero ella te quiere... y lo he recogido... Seréis felices... No te olvides de hacerla saber que la quise tanto... que di mi vida... para que ella fuese dichosa...

Despierto el campamento por la

alarma, poblóse la noche de temerosos ruidos. Agonizaba el silencio al par que Martín, y acabaron de matarlo las sonoras lanzadas de los clarines, mientras Adolfo ponía un beso en una frente yerta...

Ilustraciones de OCHOA.



DÍA DE RECEPCIÓN

El recién llegado. — Supongo que habrán venido muchos imbéciles.
La doncella. — No; el señor es el primero que llega.



CORONA DE ESPINAS

Por Alberto Marín Alcalde

El joven sacerdote contemplaba sus hábitos flamantes con infantil delectación. Traía el sombrero de teja sobre las rodillas, por temor a que se le estropeará en los vaivenes de la menguada tartana en que viajaba. Sus ojos miraban con ilusión la tersa, fina y bruñida felpa, donde la luz arrancaba argentados reflejos. Era la primera vez que el curita volvía a su pueblo natal viajando en coche, como los hidalgos acomodados del lugar, siquiera el vehículo no fuese en verdad ni muy holgado, ni muy lujoso.

Mas para el nuevo presbítero, recién ordenado, aquel viaje en tartana constituía un refinamiento dispendioso de comodidad. En los largos años de su carrera, habíase habituado a todo linaje de renunciaciones y penurias. Al terminar el curso, solía abandonar el Seminario con el hato de sus ropas al hombro, y emprendía el retorno a la casa materna a pie por la pedre-

gosa carretera, bajo el sol inclenamente de Junio, en una penosa jornada que duraba desde el alba hasta la noche.

¡Amargos años los de su juventud! Nunca se le ocurrió al muchacho que pudiera tener vocación por el estado eclesiástico. Mas la viudez inesperada de su madre y el desamparo en que quedaba su humilde hogar, decidieron su porvenir. Sería cura. Lo quería así su madre, y era necesario para sacar la casa adelante. Tenía catorce años cuando partió del pueblo para ingresar en el Seminario. Allá atrás quedaron todas sus alegrías de muchacho independiente y algo montaraz. Quedó también una mocita adolescente, fresca como una rosa, llorando inconsolable el fugitivo amor que nunca volvería. Por el verano, durante las vacaciones, el seminarista aplicábase a las rudas faenas del campo para enjugar con un mísero jornal las angustias de

su casa, donde su madre y su hermana se defendían denodadamente de la adversidad. ¡Brava y triste juventud la del curita!

Mas ya habían pasado los malos años. Al fin era sacerdote. Sus manos habían elevado la Hostia sobre los altares. El joven era ya un ministro de Dios. En el pueblo le llamarían en adelante don Félix. Lloverían sobre él enhorabuenas y albricias. El alma buena y sencilla del joven tonsurado adormecíase voluptuosamente en la molicie de estos placenteros pensamientos.

* * *

Con asombro no exento de sobresalto observó el curita que no salía nadie a recibirle. Solo y triste emprendió el camino de su casa, desde el parador donde le dejara la tartana. Ningún antiguo amigo se acercó a felicitarle. Sus vecinos rehuían encontrarse con él y le miraban desde lejos con gravedad profunda. ¡Cielos! ¿Qué había ocurrido?

Jadeante llegó a la puerta de su casa. Desde el zaguán oyó el rumor de ahogados sollozos, pasos agitados de gentes extrañas que iban y venían.

—¿Qué ocurre en esta casa?— preguntó a una mujeruca que le salió al paso en la escalera.

—¡Ay, don Félix! Una desgracia tremenda. Rosina, su pobre hermana...

—Hable, buena mujer...

—Dios se la ha llevado esta mañana.

Tambaleándose, ebrio de espanto, abrióse paso entre el gentío. Vió allá dentro las luces amarillentas de los cirios. Sobre un sencillo túmulo reposaba el cuerpo de la muchacha, a la cual habían vestido con hábitos de religiosa. La frente pálida estaba coronada con una diadema de rosas. El joven sacerdote cayó de rodillas ante los despojos de la virgen y sollozó largamente...

* * *

Aquello había sido un asesinato. Todo el pueblo lo decía con indignación unánime.

La pobre Rosina había sido requerida de amores por un mozallón pinturero y jaque, que traía enca labrinadas con su apostura y sus resueltos decires a todas las chicas casaderas. Rosina, mocita inocente y tempranera, prendóse presto del galán. Flor de un día fueron sus ilusiones. Los padres del mozo tenían prisa por casar a su orgulloso unigénito, mas no fué Rosina la moza que le destinaron. La codicia terció en el negocio de la Loda, y Rosina, triste y callada como una paloma herida, hubo de sofocar el alboroto de su corazón y no osó disputar a otra mujer aquel amor que era tan suyo.

El orgulloso jayán andaba entretanto mohino y vidrioso, mal avenido con aquellos nuevos amores a que le había llevado la convenien-

cia paterna; disimulando, empero, este anónimo?—preguntó la novia su contrariedad, con falso alborozo del jayán.

—Yo, no — dijo Rosina temblando.



Sobre un sencillo túmulo reposaba el cuerpo de la muchacha.

las agonías de su corazón.

Un día Rosina topóse con los novios en la carretera. La muchacha bajó los ojos. Un turbulento aleteo alzóse dentro de su pecho. Rosina tuvo que apoyarse en la tapia de un huerto para no caer. Creció su sobresalto al ver que la pareja dirigíase a ella con un sarcasmo fiero y acosador en los semblantes.

—¿Eres tú quien me ha escrito

—Tú has sido, tú. ¡Por envidia!
—gritó la rival de la joven.

—Te digo que no... Yo no soy envidiosa.

El mozo, exasperado a la vista de la tímida y linda doncella objeto de sus escondidas ansias, lanzó una interjección brutal. Todas las heces de aquel amor sometido, de aquellas vehemencias tiranizadas, removiéronse en el fondo de su alma y brotaron de sus labios,

monstruosamente invertidas, desatándose en groseras injurias, en soeces amenazas de villano.

Rosina estaba pálida como una muerta. Sus labios no acertaban a articular una palabra. Trémula, doblegada por el dolor, agitada por el espanto, apoyábase de espalda contra el muro, los brazos caídos, nublados sus ojos sin lágrimas.

—Si vuelves a escribir a ésta— rugió el jayán con rabia homicida, —; te mato como a un perro!

Rosina vió cerca de su garganta unas manos crispadas, y cayó al suelo como una rosa tronchada.

Así la encontraron unos labriegos que por allí pasaron instantes después. Fué empresa difícil hacerla volver en sí. La muchacha confesó a su madre lo acaecido.

—Yo le juro, madre, que no he escrito ningún anónimo. Tan cierto como mi vida está acabándose.

* * *

Ruda batalla librábase en el espíritu del sacerdote. Todos sus impulsos viriles clamaban en su ser exigiendo la vindicación de aquella afrenta bárbara. Silencioso recorría la casa, deteniéndose en cada objeto que le recordaba los afanes domésticos de la pobre virgencita muerta. ¡Y pensar que el mozo desteal, el jaque, el asesino de su hermana, osaba todavía mostrarse arrogante con las gentes!

Alguien vió salir una noche al curita de su casa, en traje de se-

glar, destocada la cabeza, revueltos sus rizados cabellos. Presto llevaron la noticia al párroco, noble y bondadoso anciano, que desde su juventud venía ejerciendo la cura de almas en el pueblo. El párroco voló en busca de su subordinado.

—Pero, Félix, ¿qué intentas?

Había en sus palabras una ternura húmeda de lágrimas, que era como un rocío benéfico sobre su severidad.

—¡Desgraciado! ¿Olvidas que eres un ministro de Dios?...

Cogió de un brazo al joven sacerdote y le acompañó hasta su casa. El curita echóse a llorar como un niño, y entregó al anciano un cuchillo que escondía entre sus ropas.

El cura le miró horrorizado.

—¡Pensabas matarle!

—Sí; quería vengar a mi hermana, a la pobre inocente...

Los sollozos ahogaron su voz.

—Pero ya... nada—añadió.—Ha pasado la hora de la tentación. ¡Perdóneme!

Y cayó de hinojos ante el anciano, que elevó al cielo los ojos y extendió sus manos sobre la juvenil cabeza del tonsurado.

Al día siguiente, en la sacristía de la parroquia, hallábase don Félix preparando los ornamentos para decir misa, cuando se le acercó el párroco.

—Hoy se celebra una boda—le dijo.—Se casan... ya sabes quiénes... Yo quiero que seas tú quien bendiga esa unión...

El curita retrocedió con espanto.

—¿Yo?... Es demasiado...

El anciano repuso con unción solemne:

—Tienes que purgar tu espíritu de solicitudes terrenales. Tú has de ser quien bendigas a los que mal te hicieron. Indigno serías, si no, de elevar en tus manos la carne y sangre de Jesucristo.

—Los casaré, padre —gimió el joven eclesiástico.—Dios quiere que pase por esta prueba...

—El te bendiga, hijo mío.

Guardó silencio el párroco unos instantes.

—¿Sabes con quién se casa ese hombre?—preguntó después.

En el acento velado del anciano

adivinó el joven que un nuevo cáliz se acercaba a sus labios. De todas las mujeres conocidas, sólo una acudió a su memoria, como un eco brioso de su pubertad anhelante:

—¿También en eso quiere probarme Dios?—repuso con angustia.

—También. Es aquella, hijo mío; la mujer que estás obligado a olvidar.

Dos lágrimas asomaron a los ojos del cura mozo. El párroco le abrazó tiernamente.

—No en vano, hijo mío, la corona que llevamos en la cabeza simboliza la corona de espinas que ciñeron a las sienas divinas del Redentor...



Ilustraciones de TONA.



LAS DOS CASONAS

POR

Alejandro Frías Guiraud

El lugar y la hora, todo es soledad y quietud. Noche del mes de Junio en castiza tierra tropical; de puro intensa, la color azul del cielo rebasa los límites del tono y llega al negro, agobiando el ánimo en suspenso, si su lejanía no estuviera denunciada por millones de estrellas que relucen a poca altura, al parecer, cual si pendiesen de incommensurables hilos invisibles atados del altísimo toldo gigantesco. Lo arcano está remoto. Las estrellas están próximas. Ponen éstas dulcedumbres en la imaginación; pero

parece como que las transparencias negras de la atmósfera se comunicaran al pensamiento. El ensueño responde al sortilegio del éter y cabalga por el vacío, entre las estrellas, que mienten cercanías, y el cielo, que aparece tan distante... Don Pau (1) se dirige cachazudamente a la vasta galería, orientada a Levante, de su casa campesina, seguido de *Victoria*. A ésta, los nervios incontinentes de aquél arrebataron ha poco la vista por haber disparado, importunos, copiosa perdigonada en movido lance de caza.

Don Pau se arrellana en su amplia poltrona de vaqueta, enciende un puro y coloca con esmerado tiento sus pies en el regazo de *Victoria*. *Victoria* tiene por hábito ofrendar el cojín tibio y suave de su seno fecundo a los sólidos pies de su dueño. El le habla con mimo. Ella menea el rabo y gruñe cariñosa.

La casa, que se levanta sobre un altozano, mide sus mil metros cuadrados. Su construcción es muy recia y muy criolla. Casa de campo americana, de planta baja, genuina. Es una casa cuadrilátera y chata, como temerosa de elevarse mucho del suelo por miedo de acercarse al calor del sol. Circunscribe al espacioso edificio aireada galería de seis metros de anchura, cuyo techo, sostenido por ensambles exageradísimos de dimensiones y grotescos de forma, se apoya sobre gruesos horcones empotrados en macizo pretil de ladrillos de metro y medio de alto por uno de ancho, el cual limita el ámbito de la galería. De los ensambles, entre horcón y horcón, penden sólidas jaulas con canarios, "azulejos", "cardenales", amarillos como el oro, azules como el cielo, rojos como la sangre, que dicen a D. Pau de la bandera de su segunda patria y que igualmente le recuerdan el "rojo y gualda" de su primera. También hay jaulas que encierran pájaros verdes que semejan buhos y que hablan como los hombres. Sobre el pretil, allá y acullá, se ven aperos, enjalmas y bri-

dones. Guarece de la lluvia y del sol, tanto a los pájaros como a estos menesteres, el mucho vuelo del alero.

A la galería dan las habitaciones; si se penetra en ellas, sorprende el espesor de sus muros, como también los pesados aldabones que cuelgan detrás de puertas y ventanas. No tienen, por otra parte, más suntuosidad aquellas habitaciones que lo enorme de su tamaño. Las maderas ostentan poderosos clavos trabales, de abultada cabeza poliédrica, que van de la parte exterior a la interior, traspasando los macizos tablones de dureza fantástica. Se asegura que para labrar dichas maderas se precisa el cortafrios o el fuego, y que si se las soterra se petrifican. Es lo cierto que substituyen con ventaja las ruedas férrreas dentadas de las máquinas agrícolas, sin miedo a que se desdienten, cual acontece a las metálicas.

Realmente, la casa no tiene almenas, fosos ni puentes levadizos; pero la pesadez de su construcción y su austeridad la imprimen cierto sello feudalesco. Sin embargo, no es más que una casa americana, campesina, de los tiempos coloniales españoles.

Don Pau espera a D. Manuel, propietario vecino, hijo del país, viejo amigo, a quien cuarenta años atrás, cuando D. Pau desembarcó emigrado, comprara dos fanegadas de tierra de su extensa finca. En

el transcurso de estos largos años, el trabajo tesorero de D. Pau ha logrado adquirir la vieja atalaya del americano e irle comprando, fanegada tras fanegada, su casi total hacienda, hasta el punto de verse D. Manuel reducido a vivir sobre dos fanegadas.

Don Manuel estima en mucho a D. Pau y le admira como hombre fuerte que ha vencido. Le visita cotidianamente antes de irse a dormir y se fuma en su compañía un rico veguero habano. D. Pau, a su vez, gusta de charlar con D. Manuel hasta el filo de la media noche, mientras saborea un modesto puro del país. Conoce D. Pau sus montañas del Montseny; antes de abandonar sus lares oró en Montserrat a "la Moreneta", y paró pocas mientes en el puerto de Barcelona cuando embarcara de mozo para Costa Firme. D. Manuel, por el contrario, ha recorrido todo Europa y todo América, estuvo en el Japón y fué huésped de un maharajah en la India.

... ..

Victoria azota los ladrillos con la cola, mostrándose inquieta; olfatea, de seguro, a alguien conocido que se acerca, porque no ladra. D. Pau lo comprende y pregunta:

—¿Quién viene?

Don Manuel aparece, pasándose la mano derecha por la frente y sosteniendo en la izquierda su enorme sombrero negro de fieltro afelpado, lleno, de bollos.

—Soy yo, don Pau—contesta—, que vengo de lejos; vengo del "Puerto" y traigo calor.

—Bien venido, amigo—le responde don Pau y añade—: Le creía en el baile; antes no perdía usted ocasión como ésta.

Don Pau rie con una risita de anciano.

La noche cristalina, de diáfana quietud, embarga a D. Manuel, que, extático, mira las crestas del Avila (2), coronadas por nubes blancas.

Un vientecillo sutil trae los aires de un *joropo* (3) entre las notas de un cuatro acompañado por el repiqueteo de unas *maracas* (4). Los vecinos del pueblo de Caraballeda están de holgorio. Caraballeda es un caserío reducido, diezmado de continuo por el paludismo, pero rico en ejecutorias de conquista hispana, y enclavado en la propiedad de don Pau, a un tiro escaso de fusil distante de su casa.

Don Manuel se sienta en la poltrona compañera de la de don Pau y enciende su veguero. Victoria se le acerca, le lame la mano y vuelve a ofrecer el cojín de su vientre a los pies de su dueño.

—Es cierto—dice don Manuel, contestando la observación que cinco minutos antes le hiciera su amigo—; cuando yo era señor de Caraballeda iba al *joropo*; pero ahora, que vivo de dos fanegadas de tierra y que pago hospedaje en casa que fué propia, cuyos actuales propietarios, nietos de los esclavos



— Soy yo, don Pau. Vengo del Puerto y traigo calor.

de mi abuelo, fueron mis criados, prefiero irme a ver el mar... Allá, encima del peñasco negro, me estuve sentado tres horas largas. Contemplaba el mar... También el camino de Santiago, que lucía en el firmamento, miraba de hito en hito; lo vi transformarse en puente colgante, puente maravilloso, del que un extremo se apoyaba en La Silla (5), y el otro no sé dónde, muy lejos, en Europa, seguramente. En los Pirineos, quizá... Admiré desfilar en fantasmagórica visión aquellos hombres esforzados, hispanos conquistadores de Costa Firme, que plantaron la cruz y el pendón de Castilla en el sitio que ahora vemos desde aquí, apenas amojonado por los tres paredones en ruinas del primero y único templo que ha tenido Caraballeda... Transcurren de pronto trescientos y más años y le veo venir a usted, mozo, enérgico, en busca de fortuna y "de justicia en la democracia americana". Fueron sus palabras. Siempre lo recuerdo. ¡Hace ya cuarenta años, don Pau, que me contó usted la historia del *Mas Balaguer*, de las faldas del Montseny...!

—¡La casa pairal!—exclamó don Pau.

—Sí, de aquella casa, solar *de todos los Balaguer* mientras viven los padres, pero que, muertos éstos, sólo es de uno, del hijo mayor. ¡Una iniquidad!, como me decía usted, nervioso, cuando me habló con motivo de comprarme los chaparrales.

—Exacto, exacto; hoy, viejo, lo califico de absurdo... Sin embargo, siempre fué así. Antes, cosa de siglos, era por ministerio de la ley; ahora, cosa de años, es, por mandato de la tradición, vieja ley abrogada pero vigente sólo entre cónyuges catalanes nacidos en Cataluña. Por esto, cuando el *Arvi* (6), el pastor más anciano de casa, me descubrió el secreto de mi madre la noche que velábamos su cadáver, dejé de pronto de llorar. Mi madre no había nacido en Cataluña; mas sus padres, ricos hijos de mi pueblo, lograron inscribirla en ella. ¡No debía haber *herau* (7) entre nosotros... y lo había, no obstante...! Al día siguiente me embarqué para Costa Firme. ¡Y aquí he fundado mi solar!

—Pero la casa pairal le reclama a usted, y con ella el mayorazgo—replicó don Manuel—. Soltero y viejo como es usted, su cuantiosa fortuna, amasada en la democracia americana, irá, empero, a reforzar la rancia heredad del *Mas Balaguer*, cual los ríos desbordados vuelven a la madre. En el caso suyo, la justicia y la democracia que usted vino buscando por estos trigos favorecen la tradición, porque respetan la sangre. Es una ironía americana respetuosa, don Pau.

En el cristal sereno de la noche, los dos viejos, abstraídos, hunden sus miradas... Lo quimérico responde, y cabalgan por el espacio...

Don Manuel piensa quizá en su

recia casona... Don Pau, de fijo, contempla el camino de Santiago, por donde regresarán sus viejas cenizas a la orgullosa casa pairal que le ha vencido...

(1) Pablo, en catalán. (2) Elevadísima montaña de la cordillera de la

costa, ramal de los Andes, que separa a Caracas del mar Caribe. (3) Baile popular venezolano. (4) Calabazas vacías, secas, en las que se introducen chinias, para que, al agitarse con viveza, produzcan un sonoro golpeteo, con que se marca el compás del joropo. (5) Pico muy elevado del Avila. (6) Abuelo, en catalán. (7) Mayorazgo heredero, en catalán.

Ilustraciones de LONGORIA.



LOS HORRORES DEL MAREO

—; Manolín, se acaba de recibir a bordo un radio, comunicándonos que ha muerto el tío Gaspar y que nos deja un millón!

—Di al capitán que se lo regalo íntegro si me deja saltar a tierra ahora mismo.



Cuentos de pasión

por

Carlos Rahola

I

FIDELIDAD

El escultor Mario Montes aquel año instaló un pequeño estudio en su ciudad natal, realizando al fin un deseo acariciado durante largo tiempo. Como amaba el contraste, transcurridos unos cuantos años en

París viendo trabajar a los grandes estatuarios, entregado en cuerpo y alma a su arte, anhelaba vivir con recogimiento algunos años en su querido rincón provinciano, a la sombra de la venerable Sede, oyendo aquellas campanas que arrullaron sus ensueños de infancia. Alquiló en los alledaños de la Catedral una casita de aspecto austero,

a propósito para albergue de un benedictino o un filósofo, en la que reinaba un silencio santo. El estudio daba a una plazuela conventual, y en el interior había un pequeño jardín donde florecían rosales blancos y rojos; en torno de un estanque, los lirios immaculados reflejábanse en el verdor del agua quieta; y por un ventanal gótico entra, sigilosa, la reluciente yedra, cual si quisiera envolver los desnudos castos y luminosos del improvisado taller.

Mañana primaveral. Con la luz, palpita la bondad divina sobre los campos. Hay una sonrisa en cada corola de flor y en cada boquita femenina. Mario también sonríe a la dulzura de las cosas; en vaga *revêrie* está aguardando a María Consolación, la gentilísima amiga de los prístinos años, que en las primeras entrevistas del retorno, cuando el antiguo cariño ha juntado sus almas, ha prometido ir a verle, sorprenderle en su tarea, sola.

Consolación es una damisela menuda y blonda, de inmensos ojos azulinos. Hay una perenne sonrisa de alegría en sus labios bermejos y finos. Para ella la vida es hermosa y es buena; las sombras de la duda jamás se han posado sobre su tersa frente de purísima blancura, bajo la cual los pensamientos han de ser ligeros y armoniosos. Parece una de esas mujeres destinadas a las plácidas abnegaciones, al heroísmo

simplicísimo de todos los días, que saben dulcificar con su ternura inagotable las vidas más atormentadas, que con sus manos sonrosadas ponen unciones sobre los cabellos blancos de los poetas tocados de melancolía cuya juventud se ha deslizado entre placeres y blasfemias. Ella posee ese sentimiento intuitivo que sólo poseen las almas candorosas, para llegar a las cuales no encuentra ningún obstáculo la luz ignota...

No se hace esperar mucho María Consolación, y al llegar detiéndose un momento en el umbral, sonriendo con gracia giocondina, como un niño que prepara una sorpresa. Mario alza la noble testa, corre hacia su amiga y devotamente estrecha sus manos pueriles.

Dorada luz acaricia tibiamente los contornos de las estatuas, y en el ambiente propicio se entabla entre las dos almas el siguiente diálogo:

—María Consolación, por fin has venido, como yo esperaba, a animar con tu alegría mis humildes creaciones. Al entrar tú dijérase que ellas palpitan con más vida.

—Huyendo casi he venido, amigo mío, pues no habrían permitido que viniese sola..., y me hubiera gustado sorprenderte trabajando, abstraído, enamorado de tus propias obras.

—Imposible trabajar, María. En mis manos había estremecimientos, pero no eran esos estremecimientos

que espiritualizan la materia y nos hacen crear ángeles o monstruos... Yo pensaba con agustia: "¿Y si no viene *ella*? ¿Dudará de mí?..."

—Eres como un milagro, Mario. Como no comprendo la grandeza de tu obra, por todos aclamada, tampoco comprendo tu vida, la transformación que se ha operado en ti... Ayer mismo eras un niño... ¿Te acuerdas?... Nosotros jugábamos siempre, inseparables... Más tarde fuiste un adolescente desconocido.

—Sí, amada mía. El recuerdo perfuma todavía mi alma. Los dos, siempre juntos, cogíamos rosas en los jardines y cuando podíamos escaparnos nos íbamos por los campos a buscar florecillas humildosas. Como de algunas ignorábamos el nombre, se lo poníamos caprichosamente. Al llegar a casa tú agitabas el ramo en alto como un trofeo. Una gritería por los corredores, por las estancias sumidas en la penumbra, por el patinillo lleno de sol. Nuestros padres tenían que llamarnos al orden. "¿Pero es que os habéis vuelto locos, muchachos?"

—A ti entonces ya te gustaba contemplar extática, durante largas horas, la Catedral, y te encantaba la luz que descendía en colores del rosetón y te apiadabas de los santos de piedra del atrio, que los hombres no protegían contra las injurias del tiempo.

—¡Habla, habla!... ¡Cómo reviven las cosas pasadas! Yo en aquella época era un niño con ensueños,

con vagos ensueños de creación y de gloria.

—Y yo veía cómo esas ilusiones se iban adueñando de ti, y no las comprendía bien y parecíame que te ibas alejando de mi lado. Tú me comunicabas, balbuciente, tus proyectos y tus fantasías.

—Tu alma érame atenta. Mientras los demás se burlaban de mis primeros ensayos y padre exclamaba: "Ya le pasará", y todo eso me hacía llorar quietecito, tú permanecías pensativa... Pero éramos unos niños todavía, no éramos más que unos niños.

—De pronto, ignoro cómo, desapareciste. Ya no se reían tanto de ti. Ibas al extranjero. ¡Cómo sufrió al saberlo mi pobre alma!

—Una voluntad indomable se revelaba en mí. Yo había experimentado inconfesados anhelos de gloria muy a menudo, al contemplar, en nuestro viejo museo, las obras escultóricas que atesoraba. Yo tenía largos coloquios con ellas, parecían conocerme y sonreírme animándome para realizar grandes empresas. Todas eran de un mismo autor, el maestro Daniel. Igual que su obra me inspiraba devoción la vida de aquel hombre tan extraordinario. ¿Recuerdas? Procedía de clase humildísima; era muy pobre; hijo de la montaña, que recorría con los pastores, tras los rebaños, no la había abandonando nunca, y revelóse súbitamente, sin el apoyo de nadie. Después, lo de siempre...

el éxodo, el calvario, y el triunfo al fin, la magna consagración... El hombre y su obra fueron, pues, para mí, fatalmente, desde el primer momento, los ejemplos a seguir, el norte de mi ruta incierta...

—Yo recuerdo perfectamente, Mario, de qué manera las cosas te maravillaban. Tus ojos deteníanse beatamente delante de toda forma noble.

—Comencé a dibujar... Tú debes de guardar algunos de mis primeros dibujos... En mis manos había inquietudes...

—Muchas veces tus dedos habían acariciado, con adoración religiosa, mi rostro. Yo te decía: “¿Te has vuelto loco?”; pero no me enfadé jamás—¿me comprendes?—porque en tus dedos—¿cómo lo diré?,—parecía que hubiese luz, sí, eso es, luz, una especie de claridad que yo sentía en mi rostro embelleciéndome, como la que vemos en las imágenes.

—Aun conservas ese halo, María Consolación. Tal como te dejé vuelvo a encontrarte. Pero entonces eras más delgadita y tus áureos cabellos caían desatados sobre tus hombros perfectos.

—Yo también te veo igual, Mario. Tus ojos son todavía diáfanos, inocentes, y mueves los brazos como entonces, terminando con gestos la frase inacabada, como si tus manos supieran dar mejor que la palabra el matiz de las cosas.

—Tú ya me habrás perdonado,

¿verdad, almita mía? En plena actividad, sediento de perfección, yo no te había escrito. Me había aislado en absoluto de mi tierra, pero tú estabas siempre presente en mi espíritu, visión de la infancia sonrosada, y después de tantos años parecíame que si hubiese querido *efigiarte* te habría adivinado tal como eres: iba siguiendo desde lejos las transformaciones de tu rostro de la gracia ingenua.

—A pesar de tu mutismo imperdonable, yo sabía constantemente de tus éxitos, pues no faltaban buenas almas que mostrábanme en las Ilustraciones tus obras. Yo entre mí decía, al leer tu nombre escrito en lenguas extranjeras: “Es él, es Mario, es mi amiguito de la infancia.” Me dirás tonta, pero yo tenía cierto orgullo de tu celebridad y figurábame participar humildemente de ella desde este rinconcito ignorado. A veces me preguntaba: “¿Quién sabe si volverá, *un día?*...” ¿Por qué no me escribías nunca, Mario?

—Porque tenía como un presentimiento. Pensaba: “Es preciso encomendarnos al destino. Cuando yo vuelva a la pequeña ciudad, si *ella* es la misma que me acompañó ingenuamente en mis primeros años, en seguida volverá a ser mía, porque ni un solo instante habrá dejado de serlo. Y si es de otro...” Este pensamiento, almita, desvaneciase apenas iniciado.

—Y yo jamás amé a hombre alguno. Vivía para tus obras y para



— Yo jamás amé a hombre alguno.

tu gloria. En cuanto a ti... París, París... ¡Siempre me ha dado miedo París! Me hablaban de la gran capital como de una ciudad condenada sobre la que pronto caerían todos los castigos del cielo.

—Yo he sido un adorador de la forma gloriosa, pero tampoco he amado a ninguna mujer. La elegida estaba lejos de mí y muy cerquita. Mi corazón esperaba...

—Nuestros corazones esperaban...

—Y se han encontrado en gloria y en amor... Mira: te hago el don de todas mis obras, de las que he creado y de las que crearé; que son como tu carne y dentro de ellas palpita un alma serena y fuerte como tu alma. ¡Amada mía, querida amada mía!...

—¡Mario! Sí, son demasiado serenas tus obras para que hayan podido anidar en tu corazón pasiones turbulentas. Yo no podría dejar de creer toda palabra tuya, y no sabría ver nuestra unión más que como una prolongación de nuestra infancia. Te amo. Toda mi ternura y mi alegría te pertenecen, amado Mario. En nuestro hogar florecerá la belleza.

—María Consolación, te amo... Te siento mía cual si también fueses una creación mía.

—Y a mí me parece ser la criatura que encarna tu ideal.

—Ven a mi jardín. Hablaremos de mis proyectos; te describiré mi taller, allá en París, donde eres esperada como una criatura divina. Quiero coronarte de rosas, María Consolación.

Ambos salieron al jardín cogidos de las manos, como cuando eran niños, y mirándose a los ojos, con la misma dulzura.

En el patio de un convento cercano las educandas cantaban. Las campanas conocidas, cuyo son no olvidara Mario, estremecieron los aires. Las rosas ofrendábanse a los dos enamorados. El amor triunfaba una vez más sobre la tierra.

Dentro, en el estudio improvisado, entre bajos relieves y estatuas ardidadas, gloriosa luz futura acariciaba el esbozo de la última obra de Mario Montes: una figura de Prometeo que se retorció con un gesto de sereno heroísmo, devoradas sus entrañas por el buitro invisible de una inquietud dolorosa y fecunda.

II

CONFESIÓN DE AMOR

Aquel verano, al llegar al pueblecillo blanco, Noemi Sanz sintióse enferma, pero supo resistir durante algunos días, con verdadero he-

roísmo, el dolor, porque, nostálgica del mar, su "viejo amigo", quería abandonarse largamente a la delicia de su contemplación.

das interminables de invierno aquel momento de emoción inefable en que, al detenerse la diligencia en lo alto del collado, se veían allá abajo las casitas deslumbrantes bañadas por el mar..., y encontrarse con que al llegar a la tierra prometida le era forzoso estarse encerrada en su cuarto días y días, parecíale una crueldad sin nombre y todo su ser se rebelaba contra ella.

Así, luchó con la enfermedad, corriendo, como una niña, por la playa, yendo a sumirse con sus compañeras en el misterio de las calas de aguas esmeraldinas o perdiéndose entre los pinares armoniosos. Aquí y allá hacía revivir miriadas de pequeños recuerdos, agradables o tristes, del último verano. Sobre la roca negra, Marta, que las buenas gentes del pueblo creían maestra en arte de brujería, la había contado una conseja; en el camino de los alciones, ¡cuántas veces había entrado, para guarecerse de la lluvia, en la cabaña del tío Ramón, que le repetía llorando las tristezas de su soledad, desde que se le murió la "vieja"! Y ahora el tío Ramón tampoco estaba; también había muerto y su casuca de pescador abandonada era refugio de ayes agoreras en la noche.

Noemi procuraba mostrarse valiente; quería que la naturaleza la curara; con esta esperanza aspiraba el olor del mar y el aroma de los pinos. Cuando mamá Valentina le decía: "¡No seas loquilla! Te con-

viene reposar. Vendrá el médico", ella sempiternamente contestaba: "El mar cura, mamá. No es menester el médico. Ya sabes que tengo horror a las medicinas."

Mas el círculo violáceo de sus bellos ojos negros, los pómulos encendidos y los labios pálidos denotaban los sufrimientos de Noemi; hasta que una tarde silenciosamente dorada en que ella, poderosa, engrandecida por una bravura de virgen legendaria, habíase obstinado en remar sobre las aguas encalmadas cual las de un lago, tuvieron que conducirla a su casita que, como todas las del pueblo, como la misma iglesia, era blanca, de una blancura impoluta.

Éra un cuadro de una belleza emocionante; entre su hermano Eugenio y el poeta Pepe Ayala, a quien mamá Valentina consideraba como un hijo, Noemi apenas tenía que caminar; aquellos dos seres eran dos fuerzas que la conducían con suavidad, como a una colegialita. Pero ella de tiempo en tiempo deteníase burlándose del dolor, y decía palabras de travesura y de gracia a sus amigos, en cuyos rostros juveniles veíase pintada la tristeza. Parecía como si quisiera abrazar al crepúsculo y llevarse a su cuartito, donde adivinaba que estaría encerrada muchos días, aquel azul transparente y nítido y aquellas sutilísimas gradaciones rosadas que se diluían en el horizonte hasta confundirse en vaga sinfonía

Salir de un largo cautiverio en la ciudad de muros negruzcos, bajo un cielo siempre gris, sin diversiones ni placeres, esperando en las velas de color con el morado milagroso del cenit.

Cuando llegó al zaguán de la casita, ¡pobre Noemi!, dos lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas, y en un gesto de silenciosa desesperación, volvióse, extendiendo los brazos hacia la gran maravilla azul.

Después tuvo que pasar días y días en su cuarto, cuyo balcón daba al mar. Desde su lecho, a veces, en la lejanía de agua, adivinando el paso majestuoso de una nave, pensaba en aquellos seres que navegaban y sentía deseos de ir lejos, hacia tierras de ensueño...

El mal iba cediendo por sí solo; era una enfermedad hecha de inquietudes indefinibles, de dolores guardados en la urna del corazón, de tristezas sin fundamento que la producían un cansancio mortal; angustias del pasado y presentimientos de un futuro que quién sabe lo que escondía en sus entrañas enigmáticas. Porque Noemi siempre se imaginaba las cosas más desconsoladoras y sufría sin causa aparente; su alma sensible era como una lira magnífica que vibraba al más leve dolor. La fealdad la horrorizaba y las miserias la atormentaban en lo más vivo de sus entrañas.

Pepe Ayala, enfrascado toda la mañana en sus estudios de Dere-

cho y Filosofía, se pasaba todas las tardes al lado de Noemi. Como le habían prohibido musitar una sola palabra, permanecía callado "como un santo", al decir de mamá Valentina, a la cabecera del lecho, atento a la más ligera indicación de la enferma. Pero ésta, que tenía la clarividencia de los calenturientos, veía plasmarse en el silencio el canto de aquella alma infantil y beata, que, siendo canto ella misma, no podía dejar de cantar nunca. Indudablemente *algo* hablaba en los ojos del poeta que sólo Noemi podía comprender.

De esta manera las horas se deslizaban como segundos, y frecuentemente ella pensaba que era una felicidad estar enferma, pues en compensación sentía el influjo divino de una mirada cariñosa y pura y recibía la ofrenda de una vida noble para la cual el amor se convertía en sacrificio.

Un día hablaron. El misterio de la tarde moribunda había entrado, aladamente, en la estancia, y ambos a un tiempo exclamaron:

—¡Cuánta belleza!...

Pepe Ayala cogió entre las suyas la mano que Noemi le abandonó, y hablaron, hablaron de cosas inefables, de estrellas, de versos. Ella le dijo:

—Mira; hace algunas noches, antes de venir al pueblo, descubrí, en la constelación de Orión, una nueva estrella. Está en una laguna de sombra, y más que verse se pre-



Tuvo que pasar días y días en su cuarto

siente. Es invisible y solitaria. Es otra amiga mía, Pepe, es una "hermana". Yo la quiero mucho, y como sé que carece de nombre, quisiera ponerle uno.

—¡Pero si ya lo tiene!—exclamó Pepe.— Se llama... Noemi..., tu nombre. También tú, hasta hace poco, eras para mí como esa estrella hermana, invisible y solitaria. ¡Quién sabe! Acaso ella no ignora que tú la quieres.

Noemi, sonriendo inefablemente, contestó:

—Tal vez tienes razón..., aunque seas poeta, o precisamente porque eres poeta me figuro que estás en lo cierto... En algún libro he leído que quizá los poetas son los únicos seres de nuestro mundo que no van equivocados y que los soñadores son los dominadores de las realidades eternas... Yo, cuando esté buena, contemplaré todas las noches a la estrellita que está en Orión... Lo ignoramos todo, todo y acaso así sea mejor... Quizá por una especie de afinidades que todavía se han de descubrir, que tal vez no se descubran nunca, la estrella... Noemi... sabe de mí.

La enferma, exaltándose, casi deliraba. La fiebre ponía un fulgor extraño en aquellos ojos tan dulces y tan oscuros. Bajo el cohector de seda carmesí, Pepe Ayala adivinaba la idealización sublime de la forma.

En aquel momento entró mamá Valentina y con su simpática gravedad ordenó silencio.

—Nena, nena; volverás a ponerte malita... Y tú, Pepe, yo me figuraba que tenías más cordura...

—¡Si no hemos hablado, mamá!

—¡Si no hemos dicho nada!

—Si no eres juicioso no entrarás más—dijo seriamente la venerable dama, saliendo.

Pepe aun tenía entre sus manos, religiosamente, aquella mano de una blancura casta, perfumada como una rosa.

Súbita, una idea acudió a su mente y se apresuró a ejecutarla; allí cerca, en la sombra invasora, estaba el Pleyel. ¿Por qué no podría decir en el Pleyel aquella intensidad definitiva del momento? Ayala miró a Noemi y sintió en su corazón la lumbre de sus bellos ojos. Noemi era una abúlica que sabía infundir voluntad a los demás; una indicación suya era un estímulo al heroísmo.

Pepe corrió al piano, pero al poner sus manos sobre el teclado oyóse una queja, un gemido, un sollozo... El Pleyel añoraba las evocadoras manos de Noemi, sabias para hacer vivir poderosamente las más exquisitas melodías.

El poeta volvió a la cabecera del lecho, y muy quedo musitó:

—Mira, Noemi; lo sabré decir todo, todo. Siento en mi alma como un enjambre de estrofas de oro que quieren revelarse en la luz inmortal. Por ti, por tu bondad y tu belleza, yo siento..., ¡amada mía!..., el mandato de la creación. Es un

pasmoso florecimiento en mi alma, en esta alma que, gracias a ti, es un jardín de lo más selecto, donde las flores se abren enamoradas de la claridad que tú irradiás.

Y, ávidamente, tornó a apoderarse de la mano amada. Las dos manos se transmitieron un estremecimiento divino... Fué la unión santa de dos almas.

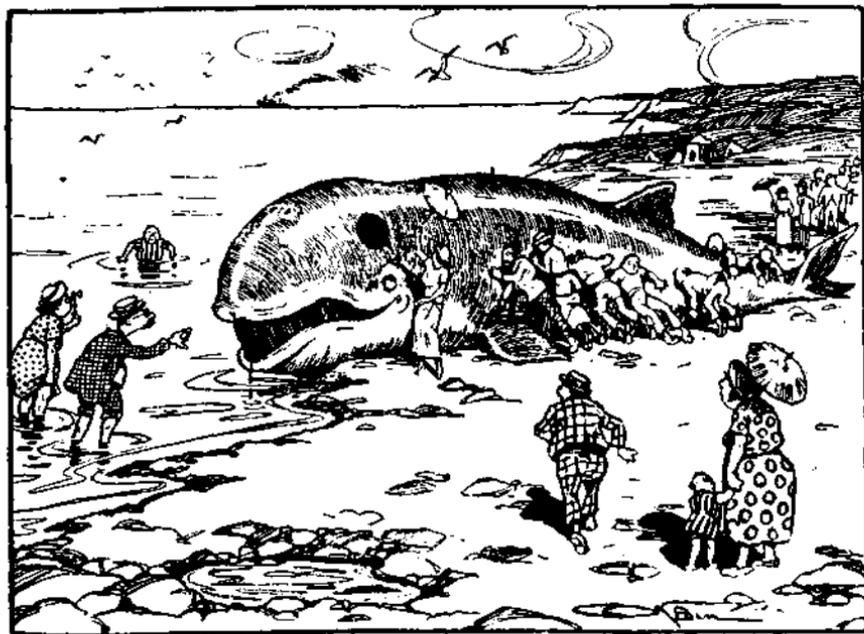
Mamá Valentina entró con una tacita de leche. Pepe quiso dársela él mismo a Noemi, que la sorbió dulcemente. La dama presintió la atracción de aquellos dos seres y sonrió. Pepe era bueno; su porvenir era brillante; sin duda sabría

hacerla feliz. Y con su espíritu bendijo aquel amor.

Allá fuera, tras los cristales, cielo y mar confundíanse en una sombra rumorosa. Oíase el rítmico palpar de las olas sobre los peñascos.

La obscuridad había invadido la estancia. Todos los objetos quedaban monocromizados en la penumbra. Sobre el piano, entre graciosas figulinas de Sevres, dos ramitos de retama eran dos manchas de oro claro; y como en los cuadros del gran Eugenio Carrière, sólo se destacaba luminosamente la frente de Noemi coronada de oscuros rizos y la blancura inmaculada de la mano.

Ilustraciones de Ochoa.



LAS BUENAS ALMAS

Las aguas han arrojado a la playa de N... una ballena de gran tamaño. Casualmente estaba en aquella población una delegación de la "Sociedad Protectora de Animales", la que, fiel a los principios de su asociación, ha hecho desesperados esfuerzos para echar de nuevo al mar al infortunado cetáceo.



LA VIDA ESTÉRIL

POR MIGUEL TOLEDANO

Soñando en lo imposible, buscando una quimera
hice mi vida estéril e inútil mi dolor
y soy astro que toca al fin de su carrera
sin nombre, sin historia, sin luz y sin calor.

Ansioso, con los bríos osados y arrogantes
que da la generosa y loca juventud,
soñé un corazón virgen, busqué labios que amantes
le dieran fe a mi alma y aliento a mi inquietud.

En el vergel florido de mi alma de poeta
las más hermosas flores las cuidé más bien,
morianse agostadas, porque mi musa inquieta
no hallaba a quién brindarle las galas de mi edén.

Para adorar mi diosa, cantado noche y día,
habíale en mi pecho alzado un albo altar;
mas falta de una hermosa que amase su armonía,
mi lira dormitaba guardando su cantar.

A veces, alentado por una voz amiga,
sentía sed de gloria y afanes de ideal,
mas luego me entregaba al tedio y la fatiga
rompiendo el empezado e inútil madrigal.

¿A qué lanzar al viento las notas de mi lira
sabiendo que a perderse iría mi canción?
¡Qué triste y qué risible el alma que suspira
sin que su queja arranque un eco a un corazón!

¡Feliz en sus fatigas el pobre peregrino!
yo envidio sus jornadas y su existencia ruin,
que él hallará descanso y meta en su camino,
mientras que yo sucumbo en mi esperar sin fin.

Un día fui dichoso creyendo haber trocado
en realidad mi ensueño, en carne mi ideal,
y alegre y orgulloso, juzgándome ya amado,
pensé en alzar el vuelo como águila caudal.

Gocé con toda el alma de paz jamás sentida,
y alegre y animado por loco frenesí,
gusté por vez primera lo dulce de la vida
y un ansia de ser grande se apoderó de mí.

Soñé hacer a mi amada un canto de oro y fuego,
y libre de miserias y ajeno al interés,
luchar sólo por ella, ganar un nombre y luego
tomar toda mi gloria y echársela a los pies.

Pensaba yo en lo hermoso que para mí sería,
rezarle arrodillado mi erótica canción,

oír cómo su boca mi canto repetía
y recibir un beso por todo galardón.

En sus pupilas bellas mis ojos se clavaban
y su alma descubrían como a través de un tul,
y mis tristezas rudas en ella se miraban
como se espeja el sauce en el estanque azul.

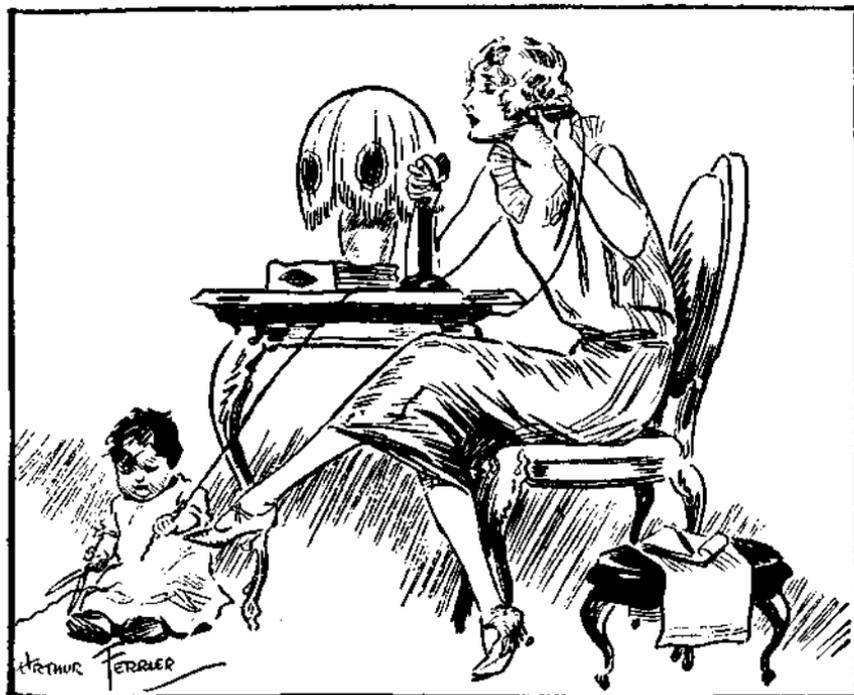
Veíame en su seno, buscando palpitante
a mi aterido pecho un poco de calor,
y que ella, temblorosa, me rechazaba amante,
y yo era al mismo tiempo su esclavo y su señor.

Mas ¡ay! duró mi dicha lo que la dicha dura,
y toda mi quimera hundióse al aprender
que a veces la falsía se viste de hermosura,
que la mentira nace de boca de mujer.

Y desde entonces, muda está la lira mía
callando bellos cantos que ya nadie ha de oír,
pues morirán conmigo cuando la muerte pía,
me libre bienhechora del duelo de vivir.

¡La muerte!... Yo la espero como a una fiel querida,
como única esperanza, como postrer favor...
La muerte es ya mi amada, que muerte es esta vida
sin ansias ni ilusiones, sin gloria y sin amor.

Ilustración de LONGORIA.



DEFECTO PROPIO

—; Es inútil insistir!... De seguro algún mal educado nos ha quitado la comunicación.



(Un saloncito elegante, muy elegante, acaso demasiado elegante. Los muebles, salidos todos de la "fábrica de antigüedades" más recientemente montada, son todos antiguos, téticos, con algo de inquisitoriales. El suelo está materialmente cubierto de cojines; no se puede dar un paso. Ni un paso. Perezosamente acurrucada en un diván oriental, muy *modern style*,

LUISA da muestras de impaciencia, mientras ANTONIO, de codos en una mesita salomónica, bajo el ancho círculo de luz que proyecta una lámpara improvisada en un jarrón de Talavera, con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el periódico abierto que tiene delante, cuenta, reflexiona, gruñe y murmura palabras ininteligibles. Luisa viste rutilante traje de noche cuyas

escamas de lamé dan a su figura apariencia de sirena auténtica, y Antonio cómodo pyjama, de auténtico sello Paquín.)

Antonio. — El diez y ocho horizontal... horizontal... “Una religión de origen asiático... de origen asiático...” Si no recuerdo mal, ¿no son todas las religiones de origen asiático? ¿No fué Asia la cuna de las religiones? No; fué la cuna de la humanidad... ¡vaya un lio! ¡cualquiera se acuerda! ¡Luisa!

(Luisa no contesta. Canturrea, contemplándose las puntas de los zapatos de lamé de plata.)

Antonio. — ¡Luisa! No es de buena educación no contestar cuando nos preguntan. Y canturrear, menos. Además de que pareces un grillo... Me levantas dolor de cabeza y... y no me dejas trabajar.

(La carcajada de Luisa debe oírse en el quinto piso. Estamos en el principal.)

Luisa. — ¡Trabajar!

Antonio. — Trabajar, sí. Trabajo intelectual, que es el que más desgasta, el que más atención requiere... ¿Qué culpa tengo yo, si tú no comprendes?... Las mujeres no comprendéis... Bueno, Luisa, Luisita: ¿conoces tú las religiones de origen asiático; tienes noticia de alguna que tenga doce letras, de las cuales la séptima sea una *t*, y?...

Luisa. — ¡Eres insoportable!

Antonio. — ¡Bonita contestación! Un modo como otro cualquiera de ocultar tu ignorancia... ¡Ignorante!

Porque es lo que yo digo: aparte la ciencia de pescar un novio y convertirlo en marido, ¿qué os enseñan en los colegios? No sabéis nada, nada, nada...

Luisa. — Dentro de poco estaremos iguales. ¡Tú habrás olvidado lo poco que sabes en ese juego estúpido!

Antonio. — ¿Lo ves? Es la lógica lo que os falta a las mujeres. Y la comprensión. No hay tal juego estúpido. Trátase, por el contrario, de un entretenimiento científico y sabio, que agudiza todas las potencias de la inteligencia, que enriquece el léxico y descubre nuevos horizontes de cultura. Las palabras cruzadas — recuerda, Luisa querida, estas palabras mías... sin cruzar — salvarán a la humanidad del analfabetismo y de ese analfabetismo de la cultura tan extendido entre nuestra sociedad elegante, y que es mil veces peor que el otro. Las palabras cruzadas... Bueno; no perdamos el tiempo en palabras inútiles... Luisa, Luisita: ¿quieres ayudarme?

Luisa. — ¡Vamos, hombre! ¡A cualquier hora! ¡Déjame en paz!

Antonio. — ¡En paz, en paz! La paz es lo que yo busco... Sólo que vamos a ella por caminos distintos. Tú, por la pasividad; yo, por el conocimiento... Y claro; el conocimiento es lo que a ti te falta. Como si tu mente fuese un libro abierto, estoy leyendo en él que desprecias mi actual trabajo por insubstancial

y frívolo. ¡Frívolo! No, adorado montoncito de adorables frivolidades, no. Las palabras cruzadas...

Luisa. — Salvarán a la humanidad del analfabetismo. Ya me lo has dicho una vez y no estoy dispuesta a dejártelo decir la segunda. Cuando tomas ese aire pedante de maestro de escuela, te pones insoportable. Y feo. Te crece la nariz un palmo...

Antonio. — ¡Maestro de escuela! ¡Vamos, mujer!... Para la resolución de los problemas de palabras cruzadas se necesita conocer las ciencias exactas... y las otras, las Artes, la Historia, la Mitología, las Literaturas, la paleontología, la prehistoria, el ocultismo, la...

Luisa. — ¡Stop! Por lo que más quieras...

Antonio (imperturbable). — ...el lenguaje de los sueños, el de las plantas y el de los astros...

Luisa. — ¡Antonio, por Dios!

Antonio. — (Cogiendo un puñado de aire, como si cazara una mosca. No es una mosca; es una idea.) ¡Calla! Creo que ya lo tengo... No me distraigas. ¡Calla! Astro... astro... "Zoroastro..." ¿No vino Zoroastro de Asia? La *t* en el séptimo lugar... Coincidiendo exactamente con la *t* del tercer lugar de la capital de Siria del cuatro vertical... "Antioquía." Eso es: uno dos, tres; la tercera. Zoroastro: la séptima. ¡Ya está! Zoroastrismo; Zoroastrismo! Luisa, Luisita, ¿no hay un beso para el vencedor?

Luisa (levantándose de un brinco y volviendo la espalda al vencedor). — ¡Eres insoportable!

Antonio. — Luisa, Luisita: no me falta más que una línea. El veinte horizontal. Ayúdame. Dame el Toro.

Luisa. — ¿El qué?...

Antonio. — El Toro. El Diccionario... Aunque mira, no. Mejor será que tú... El veinte horizontal es muy sencillo... Cinco letras nada más. Y sin embargo se me está resistiendo hace dos horas. ¡Dos horas! Es algo muy femenino. Acaso tú... Si se tratara de Historia, de Prehistoria, de Paleontología... Pero esto... ¡esto! ¡Esto sí que es una frivolidad!...

Luisa (intrigada, a pesar suyo). — ¿Una frivolidad?

Antonio. — ¡Figúrate! Horizontales. Número 20. Cinco letras. Voluble heroína de la literatura francesa. ¡Vaya unas señas! ¿No son en la literatura francesa volubles todas las heroínas?

(Por encima del hombro de Antonio, Luisa contempla un momento, nada más que un momento, las caprichosas figuras que forma el casillero blanco y negro. Tropieza con el veinte horizontal, hace un guiño picaresco, reprime un borbotón de risa, y dignamente vuelve a apartarse de su preocupado esposo para ir a apoyar su frente en los cristales del balcón.)

Antonio. — ¡Luisa! ¡Eso no vale, Luisita! Yo creí que ibas a ayu-

darme... Vosotras entendéis más ¿para qué te has vestido tanto?
de estas cosas... ¡Luisita!... ¿Sa- *Luisa* (irónica). — Para esto;



bes que llevas un traje precioso? ¡Y qué bien peinada! Pero... para escuchar tus discursos y ayudarte a buscar heroínas volubles...

Antonio. — No te rías... Mira, te lo confieso; es ya una obsesión... ¡Ah, ya sé! ¡Ibamos a ir a la Opera! Perdona, chica, pero... Ya ves cómo estoy... Si al menos acabara a tiempo esta combinación, aun tendría tiempo de vestirme y mandando a buscar un taxi... De otro modo no puedo, no podría, me obsesiono, y...

Luisa (volviendo al guiño malicioso primero e interrogando con cómica gravedad después). — Si aciertas... o acierto con la heroína voluble, ¿me llevarás a la Opera?

Antonio (encantado). — Sí, Luisa.

Luisa. — ¿Te vestirás en un vuelo?

Antonio (cariñosísimo). — Sí, nena.

Luisa. — ¿Enviarás a buscar un taxi... de lujo?

Antonio (derretido en mieles). — Sí, nenita.

Luisa (triumfal). — Pues a ver si con el vago dato de la volubilidad de la heroína buscada y el concreto detalle de que su tercera letra coincide con la segunda de Antioquía del cuatro vertical... A ver si puede ser *Manón*.

Antonio (a un tiempo anonadado y radiante). — ¡Luisita! ¡Eres admirable... y desconcertante! Lo que yo te decía... ¡la intuición de la mujer! Y el conocimiento de la frívola literatura francesa.

Luisa. — Y el conocimiento del cartel de la Opera que se canta esta noche... y que era *mi* obsesión. "Manón"; ya lo sabes. Mientras yo telefono al garage, vistete el smoking; no hagas aguardar a la "frívola heroína" que tanto te ha dado que hacer.

Por la indiscreción,

MARÍA LUZ



Ilustraciones de OCHOA

Gran Concurso de palabras cruzadas del ALMANAQUE ROSA

Premios que se otorgarán a todo el que acierte aunque sólo sea uno de los problemas

Pesetas

Los que acierten uno o dos problemas de los cuatro de que consta este concurso, obtendrán como premio un ejemplar de colección «Aventura» y a los que envíen soluciones exactas de tres o los cuatro problemas se les regalará dos ejemplares de la misma Colección. Valor aproximado de estos premios 600

Premios extraordinarios (a sortear entre los que acierten los cuatro problemas)

- 1.º Quinientas pesetas en metálico. 500
- 2.º Un reloj-pulsera para caballero, de oro de 18 k, marca «Elección» 350
- 3.º Un ejemplar de la Enciclopedia COLUMBUS, el más moderno y uno de los mejores diccionarios enciclopédicos de la lengua castellana. Cinco tomos lujosamente encuadernados 160
- 4.º Diez premios consistentes cada uno en una suscripción gratuita por un año de la colección «Aventura» 500

TOTAL. 2110

ALMANAQUE ROSA

Condiciones del Concurso

Quiénes podrán tomar parte en el Concurso.

En este concurso, el más importante de los que hasta el día se han hecho en España, pueden tomar parte todos los compradores del ALMANAQUE ROSA, los cuales demostrarán su cualidad de compradores acompañando del cupón que se inserta en la página 200 las soluciones que remitan.

Cómo y cuándo deben enviarse las soluciones.

La solución debe enviarse poniendo las palabras en los cuadros blancos del diagrama, utilizando a este objeto los cuadros blancos de la figura del ALMANAQUE ROSA o copiando exactamente en otro papel el diagrama que nosotros publicamos.

La solución debe enviarse a Editorial Juventud, calle de Provenza, 216, acompañada del nombre, apellido y dirección detallada del remitente, todo escrito con letra bien legible. También es indispensable que se envíe adjunto al correspondiente cupón. (Véase pág. 200.)

El día 15 de Febrero finaliza el plazo de admisión de soluciones.

Como en los cuatro meses que se conceden de plazo hay tiempo bastante para que puedan remitir soluciones los lectores de América, se darán por no recibidas las que lleguen a nuestro poder después de la fecha señalada.

Adjudicación de los premios.

Todos los que remitan la solución exacta de los cuatro problemas de que consta este concurso, tendrán derecho a entrar en sorteo para recibir uno de los trece premios extraordinarios.

He aquí la forma en que se hará este sorteo, en combinación con la Lotería Nacional del día 11 de Marzo del año 1926:

Dividiremos el número total de billetes del sorteo mencionado entre los que nos hayan enviado las cuatro soluciones exactas, asignándole a cada uno la cantidad determinada de números que le corresponda.

A cada interesado le escribiremos, del 25 al 28 de Febrero, para manifestarle qué números le han correspondido.

Al concursante que tenga el número que resulte agraciado con el premio mayor se le adjudicará el premio en metálico de 500 pesetas.

Al que tenga el mismo número agraciado con el premio segundo en la Lotería Nacional, le adjudicaremos el reloj-pulsera de oro, marca Elección, de 18 k.

Al poseedor del número igual al agraciado con el tercer premio de la Lotería, le corresponderá en nuestro concurso el ejemplar de la Enciclopedia Columbus.

Las diez suscripciones anuales de la "Novela Rosa" y Colección "Aventura", se distribuirán a los que tengan números iguales a los premiados en la Lotería Nacional con premios de 2.000 pesetas.

Los favorecidos con estos premios recibirán, además, dos ejemplares distintos de la Colección "Aventura".

Premios ordinarios.

Para estimular a los lectores a formar parte de este concurso, se entregará igualmente un ejemplar de Colección "Aventura" a los que remitan una o dos soluciones exactas de los cuatro problemas de que consta este concurso, y dos ejemplares de la misma Colección a los que acierten tres o cuatro de los problemas.

Por lo tanto, en el presente concurso basta enviar una solución exacta para obtener premio, y los que acierten más de dos problemas, el premio será equivalente al precio del ALMANAQUE ROSA, ya que se le remitirán dos volúmenes de Colección "Aventura", cuyo valor es de 1'50 pesetas cada uno.

Finalmente, como ya se ha dicho en párrafos anteriores, los que acierten los cuatro problemas, además de recibir dos ejemplares de Colección "Aventura", entrarán en el sorteo de 500 pesetas en metálico, un reloj de oro y demás premios extraordinarios que se conceden en el presente concurso.

Advertencia importante

Para tomar parte en el presente concurso, es indispensable que las soluciones vengan acompañadas del cupón que se inserta más abajo. Queda entendido, pues, que ni tendrán opción a premio alguno ni serán siquiera examinadas las soluciones que se nos remitan sin haber adjuntado a ellas el correspondiente cupón.

Cupón para el concurso del ALMANAQUE ROSA

Año 1926

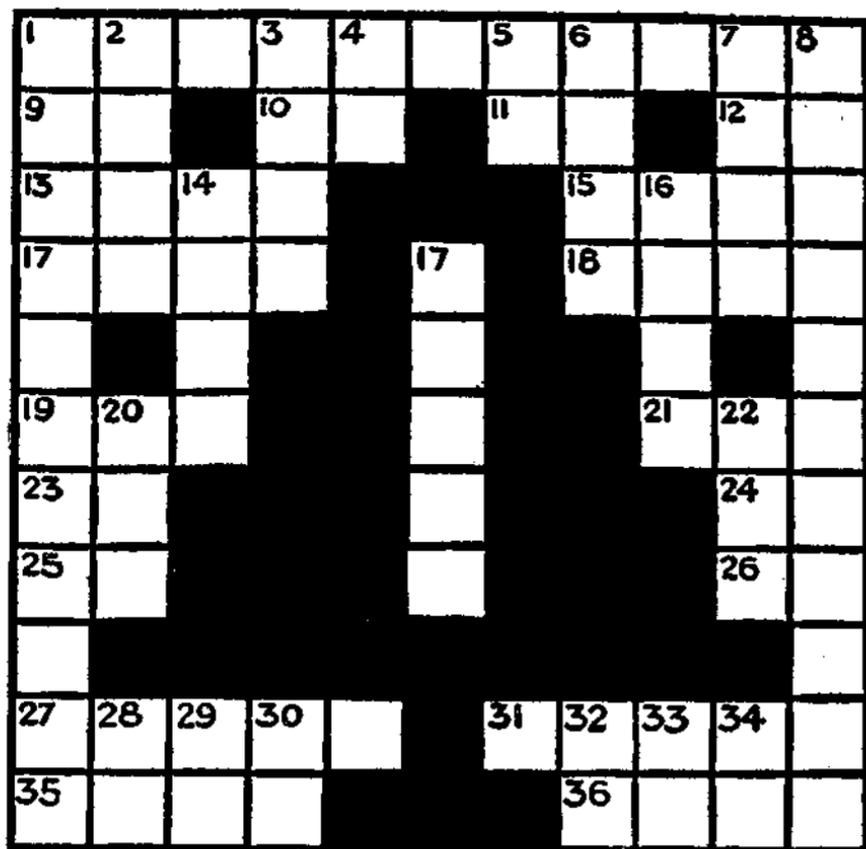
D. habitante
 en provincia de
 toma parte en el Con-
 curso del ALMANAQUE ROSA, enviando las soluciones
 correspondientes a los problemas

(Números de los problemas cuyas
 soluciones se nos remitan.)

..... a de 192
 (fecha en que se envía la solución)

FIRMA DEL CONCURSANTE,

PROBLEMA N.º i



CLAVES

HORIZONTALES

1. Villa de la provincia de Badajoz.
9. Antigua moneda romana.
10. Exclamación.
11. Forma de verbo.
12. Verbo.
13. Envolver.
15. Desmenuzar.
17. Instrumento.
18. Villa de la provincia de Guipúzcoa.
19. Atender.
21. Interjección.
23. Nota musical.
24. Preposición inseparable.
25. Preposición.
26. Afirmación.
27. Nombre de mujer.
31. Terreno erial.
35. De hueso.
36. Mujer griega del siglo V a. de J. C.

VERTICALES

1. Familia de insecto coleóptero.
2. Coger.
3. Parte del cuerpo humano.
4. Exclamación.
5. Forma de verbo.
6. Ciudad del Japón.
7. Número.
8. Propio para tirar.
14. Pasión.
16. Referente a la estatura.
17. Nombre del protagonista de la novela "El Bosque en Llamas", por J. O. Curwood.
20. Personaje mitológico.
22. Forma de pronombre personal.
28. Carta.
29. Nota musical.
30. Nombre mitológico.
32. Contracción gramatical.
33. Artículo.
34. Nota musical.

PROBLEMA N.º 2

1		2	3	4		5	6	7		8
		9				10				
	11					12			13	
14					15					16
17							18			
			19							
20	21	22					23	24	25	
26				27		28				
	29					30				
31		32				33				34
35						36				

CLAVES

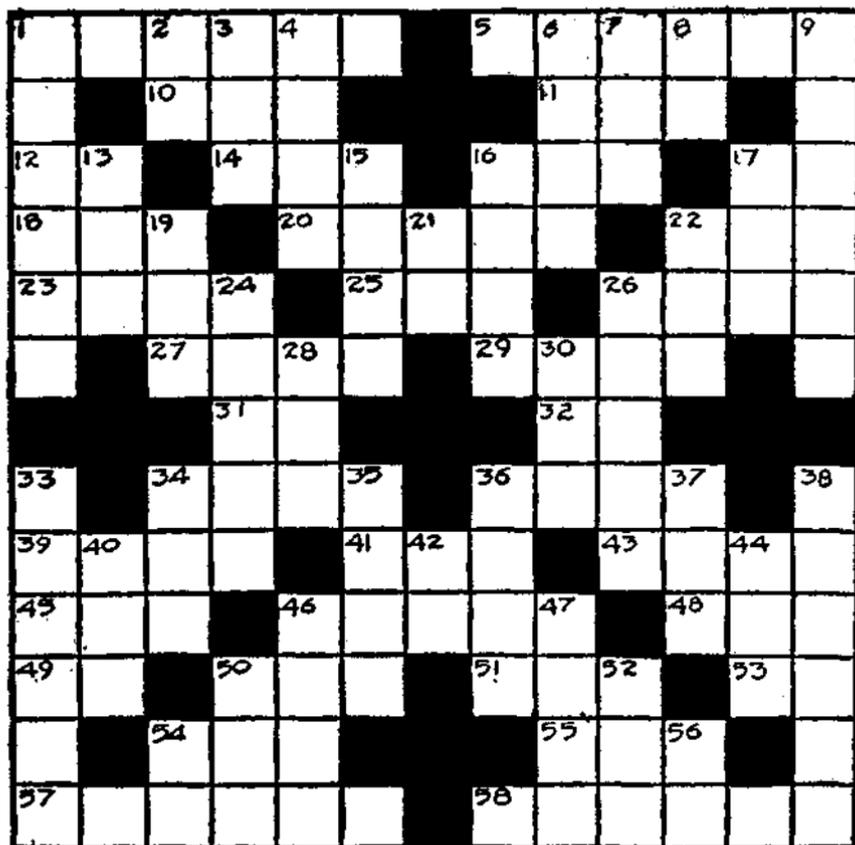
HORIZONTALES

1. Caldas, sing.
5. Arbol sapotáceo.
9. Verbo: de un sentido.
10. Forma de verbo auxiliar.
11. Municipio de Huesca.
12. Rey entre los antiguos indios del Perú.
14. Persona que examina e investiga.
17. Lugar de diversión.
18. Liso.
19. Ex ministro y financiero español.
20. Pueblo de la provincia de Gerona.
23. Pedazo de madera.
26. Adjetivo: botánica pl. f.
29. Isla griega.
30. Final de oración.
32. Forma de verbo: movimiento.
33. Pariete.
35. Decadencia.
36. En el desierto.

VERTICALES

1. Pronombre.
2. Forma de verbo: descantillar.
3. Nombre de célebre revista.
4. Nombre de historiador y literato japonés.
5. Continente.
6. Disección de los cartilagos.
7. Río de Chile.
8. Contracción gramatical.
11. Ruinas de la ciudad de las 1001 iglesias.
13. Municipio de Lérida.
14. Lactato de plata.
15. Nacido de negra y americano.
16. Acción de malograr una cosa; pl.
21. Forma de pronombre personal.
22. Reina de Francia.
24. Forma de verbo que significa limpieza.
25. Animal doméstico.
27. Miembro.
28. Nacido.
31. Preposición inseparable.
34. Carta.

PROBLEMA N.º 3



CLAVES

HORIZONTALES

1. Trenza de seda.
5. Adecuado.
10. Rozando.
11. Letra.
12. Pronombre.
14. Sacerdote y escritor español.
16. Forma de verbo que significa desprendimiento.
17. Un idioma en Francia.
18. Combustible.
20. Ayuntamiento de la provincia de Pontevedra.
22. Pintor español.
23. Atreverse.
25. Tejido.
26. Sensación.
27. Apellido español.
29. Lo que nos rodea.
31. Negación.
32. Forma de pronombre.
34. Ciudad de la provincia de Almería.
36. Río de España.
39. Cuerno.

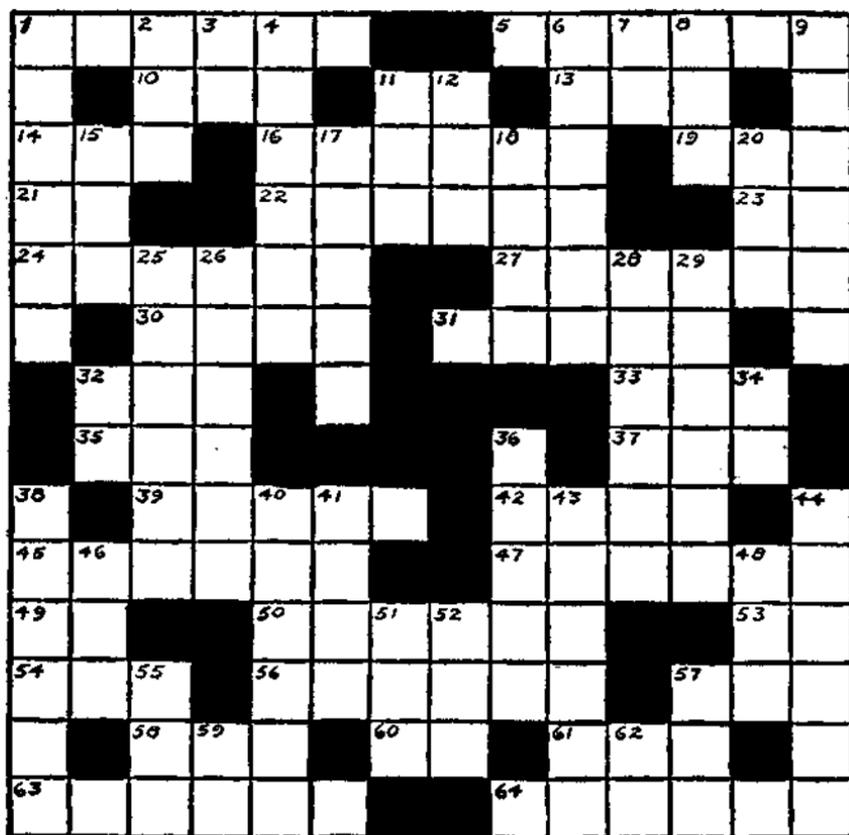
41. Río de España.
43. Cariño.
45. Corriente.
46. Penetrar.
48. Río de Asia.
49. Contracción gramatical.
50. Igual.
51. Interjección.
53. Forma de verbo auxiliar.
54. Artículo.
55. Agudeza.
57. Pueblo de la provincia de Navarra.
58. Copete del zapato.

16. Fondeadero.
17. Metal.
19. Substancia cristalina.
21. Forma de pronombre.
22. Pie.
24. Ciudad de la provincia de Málaga.
26. Pueblo de la provincia de Guipúzcoa.
28. Preposición.
30. Pueblo del Paraguay.
33. Bebida.
34. Arañido.
35. Unir.
36. Preposición.
37. Provincia del Japón.
38. Cuerpo geométrico.
40. Río de España.
42. Pronombre.
44. Baile andaluz.
46. Por poco.
47. Natural de una nación europea.
50. Preposición.
52. Donaire.
54. Forma de pronombre.
56. Nota musical.

VERTICALES

1. Promulgación pública.
2. Verbo.
3. Gran abundancia.
4. Poner al fuego.
5. Verdadero.
6. Verdadero.
7. Exclamación.
8. Letra.
9. Sombrio.
13. Artículo.
15. Apodo.

PROBLEMA N.º 4



CLAVES

HORIZONTALES

1. Bahía de Filipinas.
5. Hortaliza.
10. Dueño.
11. Capital moabita.
13. Flor.
14. Astro.
15. Nombre de varón.
19. Monte griego.
21. Contracción gramatical.
22. Pérdida del sentido.
23. Partícula inseparable privativa.
24. Recinto pequeño.
27. Mirada.
30. Valle.
31. Limpiar.
32. Cifra.
33. Aféresis que significa "por causa de".
35. Sonido del eco del tambor.
37. Caserío de la provincia de Vizcaya.
39. Hija de Tántalo.
42. Ruedor.
45. Región de Asia Menor; historia.

47. Montaña de Armenia.
49. Nombre mitológico.
50. Península adriática.
53. Preposición.
54. Constelación.
55. Municipio de Italia.
57. Tipo yanqui.
58. Tiempo de verbo que significa alabanza.
60. Preposición inseparable.
61. Patriarca hebreo.
63. Ayudante de campo.
64. Palo.

VERTICALES

1. Soldado ruso.
2. Parroquia de la provincia de La Coruña.
3. Preposición inseparable.
4. Célebre veneno.
6. Del mar.
7. Forma de pronombre.
8. De este modo.
9. Proceder.
11. Para volar.
12. En Marruecos.
15. Del mar.
17. Pequeño.
18. Compasivos.
20. Forma de verbo: desprendimiento.
25. Arbol frutal americano.
26. Figura retórica.
28. Casa en que se reúnen los jefes en Otahtí.
29. Perfumar.
32. Nota musical antigua.
34. Símbolo químico.
36. Título del reino.
38. Habitante de una región africana.
40. Serie de acontecimientos.
41. Demostración de cariño.
43. Indígena de una región de Bolivia.
44. Tela de seda.
46. Prenda militar.
48. Parte sobresaliente en ciertos objetos.
51. Prefijo numérico.
52. Pantano en el Indo.
55. Especie de cerveza.
57. Personaje bíblico.
59. Flauta turca.
62. Forma de pronombre.

INSTRUCCIONES

para resolver problemas de Palabras Cruzadas

Por si hubiera aún alguien — hay espíritus perezosos o faltos de curiosidad que se enteran tarde o mal de las cosas más vulgares — que ignore en qué consiste este ingenioso e instructivo pasatiempo, detallaremos cómo se resuelven los problemas de PALABRAS CRUZADAS

Se llama así porque las palabras se cruzan aprovechando unas las letras de las otras. Estas palabras van escritas en las casillas blancas de un diagrama semejante al siguiente:

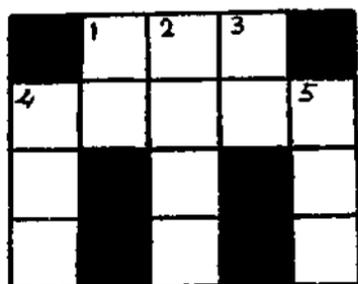


Fig. 1

Cada número indica el comienzo de una palabra y éstas, ocupando con cada una de sus letras una casilla, terminarán al tropezar con una casilla negra o con el límite del diagrama. Ya se comprenderá cuándo hay que escribir en sentido horizontal y cuándo en sentido vertical.

El diagrama va acompañado de una explicación que en este caso es la siguiente:

PALABRAS HORIZONTALES

1. Autoridad en el hogar.
4. Refugio para necesitados.

PALABRAS VERTICALES

1. Carta de la baraja.
2. Mamífero fácilmente domesticable.
3. Contracción de preposición y artículo.
4. Juguete para niños de ambos sexos.
5. Animal salvaje.

Con el diagrama y esta gráfica definición de las palabras que hay que escribir en él, vamos a solucionar el problema.

En el diagrama hay una casilla que está señalada con el número 1. Aquí, pues, empieza una palabra. ¿Horizontal? Sí, puesto que se define en la lista de las horizontales. La definición es la siguiente: "autoridad en el hogar". Y como la hemos de escribir en sentido horizontal y a la derecha de la casilla indicada con el número 1, no hay más que dos casillas blancas, la palabra no puede tener más que tres letras, una para cada casilla. Busquemos, pues, una palabra de tres letras y que defina a una *autoridad en el hogar*. Esta puede ser muy bien "ama". Escribamos "ama" en la primera línea horizontal de casillas blancas.

Vemos que el número 1 está también indicado en la lista de palabras verticales. "Carta de la baraja", di-

ce la definición. Y como debajo no hay más que una casilla blanca, ya sabemos que la palabra ha de cons-

4, horizontal, tenemos ya las letras del centro, SIL. Si ha de constar de cinco y ha de definir un "refugio

Là ENCICLOPEDIA COLUMBUS, el más moderno de los Diccionarios enciclopédicos españoles, facilita la rápida solución de los problemas de PALABRAS CRUZADAS

Vea anuncio de la Enciclopedia en las páginas 207 y 208

tar de dos letras, la primera de las cuales ha de ser la A, que ya está escrita en la casilla número 1. Esta palabra no puede ser otra que "as". Escribamos "as".

Pasemos al número 2. Esta palabra solamente puede ser vertical porque en sentido horizontal no empieza, como es regla del juego, en el borde del diagrama o después de una casilla negra. Teniendo la palabra 2 el límite arriba hay que escribirla hacia abajo.

Consultemos, pues, la lista de palabras verticales. "2: mamífero fácilmente domesticable". ¿Cuántas letras ha de tener? Cuatro, puesto que cuatro son las casillas blancas de que se compone la fila vertical. Sabemos, además, que la primera de ellas ha de ser M, pues una M dejamos colocada en la casilla número dos al escribir la palabra "ama". La palabra en cuestión es "mico".

La palabra número 3, es vertical por las mismas razones que la 2. En la lista de verticales hallamos "2. Contracción de preposición y artículo". Como es de dos letras y la primera ha de ser A, no puede ser más que AL.

Observamos que para la palabra

para necesitados" fácilmente pensamos en el ASILO.

Así llegaremos a la solución siguiente:

	1	2	3	
	A	M	A	
4	A	S	I	L
	R		C	S
	O		O	O

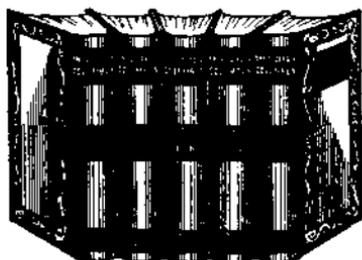
Fig. 2

Se habrá advertido que, conforme se van escribiendo palabras, va resultando más fácil la tarea de buscar las otras, pues va siendo mayor el número de letras que tenemos que aprovechar, como en ASILO que no tuvimos que escribir más que la A del principio y la O del final.

Así, pues, las palabras cruzadas constituyen un entretenimiento que presenta grandes atractivos y pocas dificultades.

ENCICLOPEDIA COLUMBUS

DICCIONARIO
ENCICLOPÉDICO
ILUSTRADO



POPULAR DE
LA LENGUA
CASTELLANA

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de
D. ALBERTO DEL CASTILLO
Profesor de la Universidad de Barcelona.

Es imposible saberlo todo Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias. Éste es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS. Todos los ramos del saber, todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Por esto podemos decir que es:

La más moderna: Se acaba de publicar y se han reunido en ella todos los adelantos y todas las materias están puestas al día según los más recientes datos.

La más completa: Se ha dado cabida a todas las materias que tienen positiva importancia en nuestros tiempos.

La más práctica: Está hecha con vistas a las necesidades de la vida moderna, no según normas anticuadas.

La más económica: Precisamente por ser esta obra tan útil hemos querido ponerla al alcance de todo el mundo y hemos fijado los precios más económicos.

COMPLETAMENTE PUBLICADA.

SE ENTREGA EN EL ACTO

UNA COMPLETA BIBLIOTECA

5 GRANDES TOMOS

ENCUADERNACIÓN ESPECIAL EN TELA Y RÓTULOS EN ORO

Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas, impresas a tres columnas, en conjunto varios millones de palabras, artísticamente ilustradas con miles de dibujos intercalados en el texto y láminas aparte, en negro y en colores, así como mapas fabricados especialmente en Alemania para la

ENCICLOPEDIA COLUMBUS

CONTIENE:

Todas las voces del Diccionario de la Real Academia Española. — Los americanismos más generalmente usados en la América de habla española. — Homónimos y sinónimos; galicismos y barbarismos. — Locuciones latinas, francesas, italianas, inglesas, etc., empleadas usualmente en España y en América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

140 ptas. al contado - a plazos, ptas. 160

Copie el adjunto boletín y mándelo a **SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.** - Diputación, 211 - **BARCELONA**
Valverde, 21, dup. - **MADRID**

FOLLETO ESPECIAL

Para que usted pueda convencerse prácticamente de las cualidades de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS, hemos editado un hermoso folleto que por sí sólo constituye una valiosa adquisición. Se reproducen en él páginas de la Enciclopedia para que se pueda apreciar la nitidez de la impresión y lo agradable de los tipos de letra, láminas en colores, grabados en boj, etc., etc. Pídale simplemente con una postal y se lo mandaremos

GRATIS

EN 5 TOMOS

Yo, el abajo firmado, declaro comprar una ENCICLOPEDIA COLUMBUS completa, en 5 tomos, obligándome a pagar al contado 140 pesetas (que remito por giro postal) o 160 pesetas en plazos mensuales de 8 ptas. el primero a la recepción de la obra, y los otros cada mes hasta completo pago. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder

Móvil
de
10 cts.

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Domicilio

Pueblo

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

Se ha puesto a la venta en la
NOVELA ROSA
la nueva edición de

El vuelo de la dicha

POR
GUILLERMO DÍAZ-CANEJA



Obra amenísima como todas las de este autor, y en la que a una trama muy interesante se mezcla el sentimentalismo, la gracia y la soltura en la expresión. Hay también en ella unas descripciones de los alrededores de Barcelona que son suficientes para acreditar a un novelista.

El volumen, 1'50 pesetas

NO EMPASTE SUS GRACIOSAS LÍNEAS...

de crema, fards grasos y espesos
que deterioran la epidermis y la hacen
«parecer pintada»

LOS NUEVOS
FARDS LÍQUIDOS

POURPRYS

elaborados bajo fórmulas médi-
cas aprobadas, constituyen un
verdadero bálsamo para la con-
servación de la epidermis.

SON TRANSPORTA-
BLES EN EL BOLSO

Ensaye el conjunto de productos pidiendo al Con-
cesionario: PEDRO SUÑER, Sicilia, 29 - BARCE-
LONA, el envío de una colección completa n.º 1,
contra 2 pesetas para el franqueo.

DE VENTA:

en su Peluquería, Perfumería o Bazar, o remitiendo su valor
a la dirección antedicha.



POURPRYS

El secreto de
la belleza es
la imitación de
lo natural.

NINON DE LENCLOS